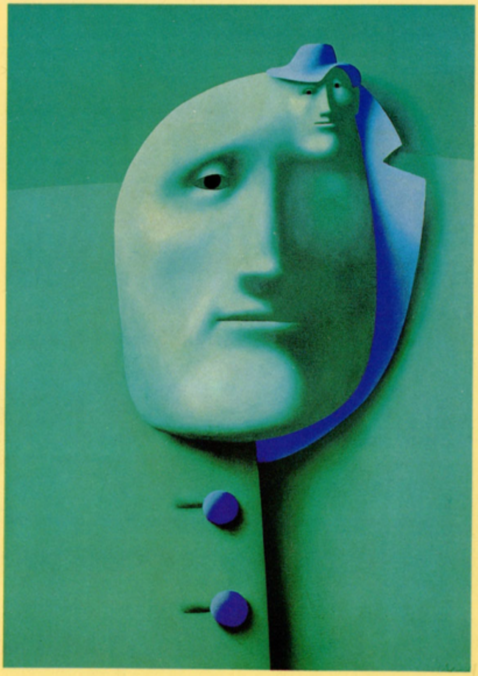
GESUALDO
BUFALINO

El hombre invadido



Este libro de Gesualdo Bufalino, después de dos novelas memorables, *Perorata del apestado* y *Argos el ciego*, recoge una veintena de relatos bastante distantes entre sí por lugar, época, humor y ocasión, pero ligados por un hilo común, casi como cantos de un poema narrativo o capítulos de una novela. De una novela histórica, si se quiere, a partir del momento en que los héroes de estas fábulas o «moralidades legendarias» son frecuentemente personajes históricos (de Baudelaire a Ferdinando I, de Georgias a Jack el Destripador) o parahistóricos (Noé, Eurídice, Giufà…), atrapados en un equilibrio entre sofisma y pasión, cábala y realidad; inscritos, cada uno de ellos, en el desfiladero del propio siglo (desde los orígenes del mundo a una segunda y supuesta hecatombe atómica, después del milenio…), y no sin que un aire de milagro irónico y triste acompañe cada uno de sus gestos y palabras.

En *El hombre invadido* se convocan los temas habituales y predilectos del autor: los hechizos y los fraudes de la memoria, la oscura y amenazadora fuerza de los libros, la trama de muerte y amor, la inverosimilitud y, al mismo tiempo, la terrible belleza de vivir, el dificultoso, tal vez prohibido, monólogo-diálogo con lo invisible. Todo ello en un estilo de extremada elegancia, a la que una pátina de antigüedad espera conferir, como a las piedras el tiempo, un dorado fulgor.

Gesualdo Bufalino

El hombre invadido y otras invenciones

ePub r1.0

Titivillus 02.12.2025

Título original: *L'uomo invaso e altre invenzioni*
Gesualdo Bufalino, 1986
Traducción: Joaquín Jordá
Ilustración: «Two-faced», Oleg Tselkov, 1980, M. Chemiakin, Nueva York

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

EL HOMBRE INVADIDO

Llevaba algún tiempo sospechándolo, aunque me faltara el valor para hablar de ello con alguien. Pero ahora la evidencia me abruma: yo, Vicenzino La Grúa, ya no soy un hombre sino un ángel, probablemente un serafín.

No tengo la más mínima idea de cómo ha sucedido. El hecho es que las pruebas de mi cambiada naturaleza son deslumbrantes, convencerían a un ciego. Dios sabe, sin embargo, cuánto me había aficionado a la mediocre carne (manos que sudan, aliento fuerte…) que hasta ahora ha protegido mis días. Al fin y al cabo, la condición humana —con todas sus espinas, sus estepas de amarillo aburrimiento— tiene de bueno que garantiza a todos, incluso con la firma del alcalde, una pacífica identidad; y mientras nos nombra dueños vitalicios del metro cúbico largo que ocupamos en la tierra, no nos quita por ello el alivio de sentirnos iguales a millones y millones de criaturas lejanas…

Yo me despierto por la mañana y, al despertarme, me hermano con todos los demás que abren los ojos en el mundo, titulares como yo de un olor, de una cara, de una memoria. No obstante, si al mismo tiempo me asomo a la ventana y grito «¡Vincenzo, Vincenzo La Grúa!», no hay nadie abajo que alce la cabeza y se reconozca en mi voz, las sílabas del nombre que pronuncio me pertenecen sólo a mí, a este humilde, solitario, exclusivo, irrepetible dios.

Pues bien, de ahora en adelante tendré que prescindir de una certidumbre tan imperfecta, un extranjero me ha invadido, de ahora en adelante quién sabe quién es «yo».

Comencemos por el principio. Tuve el primer síntoma en el cuarto de baño, hace seis meses. Estaba bajo la ducha, blanquísimo, castañeteando los dientes. Desaparecida, no sé cómo, el agua caliente, mil chorros fríos me habían asaltado a traición. Manipulaba, pues, con dedos ineptos los pomos de los grifos, en

arriesgado equilibrio en el borde de la alfombrilla. Y he aquí que de repente ya no la sentí debajo de mis pies, una ligereza me vació los huesos, levité graciosamente hacia el techo. Mi primer gesto fue de temor púdico: desnudo y blanco como estaba, la ascensión me llevaría a exhibir ante la claraboya que daba luz al cuarto el escaso matojo negro del pubis, con el peligro de que desde el balcón de enfrente la mujer del abogado temblase indignada por los ojos de sus niñas.

Por suerte la cosa no duró más de uno o dos instantes. Me encontré sentado y bastante maltrecho en el suelo, incapaz de entender de buenas a primeras si me había entregado santamente al vuelo o si sólo había incurrido en un infortunio pequeñoburgués, inherente a las resbaladizas abluciones dominicales…

Pocas semanas después comenzaron los estigmas. Al principio subrepticiamente, en forma de pequeñas gotitas rosas, cuyas huellas descubría, cuando me cambiaba la camiseta, a lo largo de las costuras de las mangas. Pero una medianoche, al regresar en tranvía de un estreno en la Opera (de vez en cuando intervengo en la claque; en mi familia todos hemos sido siempre o espectadores o músicos o cantantes), noté en los omóplatos, a derecha y a izquierda, una tibieza y humedad extrañas como si dos venas de gaseosa tibia se me hubieran abierto en el dorso. Me apeé en la primera parada, me desabotoné la camisa debajo de un farol, intenté alcanzar con las manos el doble manantial, las retiré rojas, eran las manos de un aprendiz de verdugo. En casa, retorciendo el cuello delante del espejo, pude descubrir en los puntos dolorosos dos recientes ulceraciones, en las que la sangre se había agrumado en costras ardientes y amoratadas, casi los rescoldos de una amputación. Me vino a la cabeza, así, por jugar, que mucho tiempo atrás, cuando estaba aún en la cuna, me habían cortado las alas, y que ahora los muñones querían brotar de nuevo, como les crecen a los bebés los dientes de leche. Tal vez aquellas llagas activas anunciaban una especie de parto, y dentro de poco, por entre los pelos que las cubrían, germinaría un espeso plumaje de pájaro…

Más razonablemente, mientras me desnudaba antes de meterme entre las sábanas, reproché a Amalia las mordientes efusiones de la noche anterior, y le mostré detrás de las axilas los indicios. Ella protestó, me reconvino, tuve que aceptar que lo mío no eran

estigmas ni travesuras amorosas sino otra cosa. A partir de entonces las alusiones a mi alrededor se multiplicaron, alguien, por lo que parece, quería darme a entender algo. La empuñadura de espada que encontré en el desván, por ejemplo, dentro del profesional baúl de Tespis donde la había abandonado tío Ettore, después de su desafortunado Manrico[1] en Parma, en 1949, podía, sí, ser únicamente el descuajaringado apéndice de un espadón de guardarropía, pero, en fin, como era rica y extraña, de una fosforescencia que inundaba la tiniebla, parecía, entre los andrajos que la envolvían, un trofeo o una diadema bárbara, salpicada de rubíes. Un día, finalmente, la Biblia de Doré, que recordaba no haber hojeado en varios años, apareció abierta de par en par en la mesilla de noche, y en la página que habla de Tobías y de su misterioso compañero de viaje.

Comencé a preocuparme. En mi cuerpo se había introducido un desequilibrio cuyas oscilaciones no conseguía calmar. Una mañana los cabellos se me caían a puñados, como segados por una categórica hoz; a la siguiente volvían a brotar, pero amables, finos, flexibles, de un rubio que no era el mío. «Cabellos de ángel», los llamó Amalia, con el nombre de un tipo siciliano de espaguetis, al tiempo que los acariciaba. Lisonjas improductivas, ya. Porque me había sobrevenido una inercia increíble hacia las mujeres. Mientras que, por el contrario, me sentía cada vez más blanco de la concupiscencia del prójimo: de damas y señoritas, que me guiñaban el ojo o me susurraban, rozándome, «¡Oh, rubio!»; pero también de señores peludos, que me importunaban en los ascensores o en los retretes de las estaciones. Uno de ellos insistió, se arrodilló, me besaba las manos, suplicaba. Tuve que forzarle a levantarse, y consolarle con un cachete en la mejilla.

Esta y otras insólitas señales me procuraron un cierto incremento de diversión. No sin algún sobresalto, sin embargo, como la vez que descubrí en el suelo, a los pies de la bañera, un puñado de plumas blancas y, al lado, apoyada en la pared, un hacha.

Ahora bien, yo no me canso de razonar sobre las cosas; ni me dejo trastornar por las primeras impresiones. Soy un tipo, como ya habréis entendido, de costumbres caseras y moderadas, con escasa propensión a las sublimidades metafísicas. Pero si me ocurre estar

una semana seguida soñando al amanecer con un inmenso espacio helado y negro, donde de repente surge un rayo incandescente; si oigo en sueños crecer a ambos lados del colchón un aleteo majestuoso, semejante al murmullo de un gran bosque; si me parece levantarme con eso cada vez más arriba, hasta asomarme por un umbral vertiginoso, engarzado en el ojo de Dios como una gota en el corazón de un inmortal diluvio; si, más prosaicamente, al subir a la terraza para broncearme, ahora que junio está en puertas, descubro que imprimo en el suelo con mis pies descalzos huellas que hierven y humean, como si trasudaran cucharadas de plomo fundido…, decidme, ¿qué debo pensar, qué debo decir de todo eso?

Me he informado cautamente por ahí, he ido a la biblioteca a documentarme. Dionisio el Areopagita escribe (tengo la fotocopia delante): «La Escritura no sólo representa ruedas encendidas, sino también animales de fuego y hombres por decirlo así radiantes, y sitúa en torno de las mismas sustancias celestes cúmulos de carbones encendidos y ríos que con irresistible ímpetu desprenden llamas, y muestra que hasta los sublimes Serafines, como su nombre indica, son ardientes…»

Y entonces, ¿qué? Si poso un dedo en el brazo de Amalia, lo abraso, si me pongo un termómetro en la boca lo reviento…

Amalia es incrédula, reduce todas las cosas a su medida. Me dice: «Tú eres propenso a la exageración, ves milagros en todas partes. Y además eres un poco obseso, seamos sinceros. Y por un resbalón en el cuarto de baño, por dos erupciones cutáneas, por alguna pluma de oca que has encontrado en la cocina, montas un alboroto de padre y muy señor mío. Pero vete al médico, vete… Verás como las llamas que sientes hervir en el cuerpo son únicamente calenturas de hipertensión esencial…»

Yo me enfado, le pego con un periódico, me lamento de su sordera. No se conmueve: «Si eres verdaderamente un ángel, dime los números de la lotería», dice ella, retadora. Entonces claudico, riendo. Pero de vez en cuando me vengo con una broma, bien escribiéndole en el espejo con su lápiz de labios una orden salaz, bien apareciéndome de noche en la cabecera, enmascarado, con un camisón blanquísimo y una trompeta, para ensordecerla con un terrorífico «Dies irae».

Chiquilladas. Con las que intento alejar las preocupaciones y

dudas más graves. Soy un ángel y basta, esto va a misa. Pero ¿un ángel que nace o que renace? ¿Padezco una metamorfosis o una intrusión? ¿Es un huésped desconocido, este que se aloja en mis miembros, o se reanima en ellos un bautismo antiguo y olvidado?

Cuando rumio estas preguntas, durante el insomnio, junto a Amalia que ronca, o bien, para vergüenza de ambos, las pienso en voz alta entre el primer y el segundo plato del mediodía, me sube una angustia por el pecho, tengo que intentar distraerme inmediatamente con un cigarrillo o un licor. Es tan flagrante, ahora, el trastorno en que me encuentro que la mujer, si bien de manera oblicua y malévola, comienza a desengañarse; la idea de que yo esté poseído ya no la asquea, en todo caso la halaga. Aunque desde que ha vuelto a ver en la tele *El exorcista*, tiende a creer en una posesión más comprometida. Hasta el punto de que la he sorprendido dos o tres veces, con la excusa de querer cortarme las uñas de los pies, en el acto de escrutármelos de cerca: sospechando, supongo, una bifurcación caprina. Del mismo modo, las veces que olisquea el aire y me pregunta si acabo de encender un fósforo de madera, está claro que percibe en la habitación, o finge percibirlo, un olorcillo a azufre. Tampoco me convence que haya invitado dos noches consecutivas a cenar al cura…

Yo, por el contrario, persisto en creer que la cosa que ha penetrado en mí es de buena naturaleza. Aunque me pregunto por qué precisamente a mí. Yo soy un hombre vulgar, no merezco visitas de consideración, mi cuerpo es una casa pobre, mis sentidos y mi mente desprenden escasa luz… No lo entiendo. A menos que el invasor sea un espíritu curioso de las costumbres del mundo, que ha venido a practicar en una tienda cualquiera, de la misma manera que los príncipes herederos son enviados a espabilarse a una corbeta de tres al cuarto o a los regimientos de guarnición. O bien se trata de un ángel díscolo, escapado del colegio, como algunos chicos aquí en la tierra, que toman sin billete el primer tren que pasa y vuelven un mes después de la mano de un solemne carabinero.

Está claro que yo me siento violado, ocupado, obligado a disputar a una fuerza agresiva las sobras de mí mismo… ¡Mira que si luego tuviera razón Amalia, maldita sea! ¡Si dentro de mí habitara un Luciferito de pasada, tan fatuo y cruel como para elegir

a modo de pasatiempo maltratar la suerte de un pobre hombre…!

En suma, hay una cosa irrefutable: sufro.

El incidente final data de anteayer, decisivo.

Me lo esperaba, pero no tan pronto. El hecho es que en los últimos tiempos una novedad amenazadora se había insinuado en mi lenguaje. Yo, que habitualmente pronuncio palabras correctas, educadas, acompañadas de gestos suaves, bueno, primero a intervalos espaciados, luego con mayor frecuencia, después cada hora o media hora, me he visto dominado por una especie de tic coprolálico, se me escapaba como si nada una grosería, peor aún un término marrano. Entonces, si estaba acompañado, de la misma manera que quien siente bullir en su interior una ventosidad impropia, me apartaba con una excusa, corría al cuarto de baño a escupir la indecencia, en un pañuelo de colores apretado contra los labios. Esto ha hecho dificultosa y escasa mi relación con el mundo, me ha aconsejado practicar la soledad. Sin embargo, si en algún lugar me parecía estar resguardado de mí, éste era el teatro, donde, gozando de libre entrada, me había elegido, al amparo de todo peligro, un sitio de pie detrás de una cortina, presumiendo que en cualquier caso habría sabido contener o disimular, si me llegaba, el acceso.

Esta vez no fue así. Había entrado a hurtadillas, ensayaban una de esas cositas que me gustan a mí, poco conocida, el oratorio que Carissimi dedica a la pasión de Job. Había acudido instigado por dos razones: ver de nuevo, por ternura y melancolía, a la contralto ticinesa Gertrude, furibundo amor de mi juventud (¿os habéis fijado en esas contraltos, qué roncas, tenebrosas, inolvidables mesalinas?), y ver, ya que en el fragmento hay un ángel que canta, si éste, de colega a colega, me transmitía un mensaje de los superiores. Conozco bastante bien el latín, así como las fusas y las corcheas. De modo que estaba saboreando palabras y música con talante afable e, incluso, lo confieso, con alguna lágrima entre pestaña y pestaña. Pero, cuando, después del «Audi, Job», oí por tercera o cuarta vez que la melodía replicaba, dulcísima, con su resignado e impertérrito «Sit nomen Domini benedictum», no sé qué convulsión de risa y rabia me invadió, estallé en una blasfemia increíble, que dominó

voces e instrumentos y de golpe los silenció.

Me echaron a puntapiés, fui expulsado, era lo mínimo que merecía. Luego fue necesario llamar al Neurodelirios.

Aquí y ahora estoy bien, Amalia me trae los periódicos, las mudas de ropa, el suplemento de las comidas. No es que la comida sea mala, pero yo tengo gustos precisos, y no pienso cambiarlos. En cuanto al resto, aire bueno, enfermeras de mediana edad pero graciosas, suaves calmantes que disuelven en agua, un búcaro de ñores en el antepecho…

Florezco de nuevo. Ya no digo palabras feas, sólo las pienso. A la presencia que tengo en mí me dirijo asiduamente, pero en términos muy corteses. Respecto a ella me he forjado una idea: debe de tratarse de una criatura abortada, que se ayuda como puede para no morir, y sorbe mis jugos humanos, usurpa mis recuerdos, para no morir. Tendremos que acostumbrarnos a vivir juntos. Como enemigos y como amigos. Frenándola o estimulándola, según el caso. Domesticándola. Creceré con ella, ella será yo, yo seré ella, permutaremos vicios y virtudes. Ya me veo guiar con su mano a paralíticos y ciegos por los vericuetos del tráfico; anunciar maternidades benditas de puerta en puerta con un lirio en el puño; velar con el dedo en los labios delante de las habitaciones de los moribundos; y un alba, con una espada flameante, vencer al dragón.

EL RETORNO DE EURÍDICE

Estaba cansada. Como tenía que esperar, se sentó en una joroba del terraplén, a la vista del poste donde el barquero ataría el cabo. El aire mostraba el habitual color azufrado, como de un vapor de roca arcillosa o de lava, pero en las orillas se agrisaba en copos algodonosos blandos y sucios. Había escasa visibilidad, hacía frío, el río parecía que no corría sino que se enrollaba sobre sí mismo, en su alquitrán pastoso, con una pereza de serpiente. Un inesperado revoloteo de alas, un destello negro, surgió en la superficie líquida y desapareció. El agua lo rodeó al instante, lo engulló como una gargantaˆ Quién sabe cómo había llegado el volátil allí abajo, debía de haberse metido bajo tierra siguiendo los pasos y ja música del poeta.

«El poeta»… Así era como llamaba al marido en la intimidad, cuando quería hacerle enfadar, o bien por mimo, despertándose a su lado y viéndole ocupado en solfear con grandes manotazos en el vacío una nueva melodía. «¿Qué haces, compones?» A él ni se le ocurría contestar, vaya importancia que se daba. Pero qué cosa tan tranquilizadora y querida era que se diera tanta importancia, que se dejara crecer tanto pelo en la nuca y que se lo alisara continuamente con el cálamo de junco que le servía para escribir; y que no supiera cocer un huevo… Cuando luego le bastaba con pellizcar dos cuerdas y modular a media voz el último de sus éxitos para hacer a todos tan pacífica, tan irremisiblemente felices…

«Poeta»… Con mayor razón, esta vez. Esta vez ella pronunció la palabra entre dientes con una pizca de resentimiento. Insensato poeta, adorable inútil… Volverse de aquel modo, después de tantas recomendaciones, a cincuenta metros de la luz… Se miró los pies, le dolían. Si es que puede doler el escaso aire de que están hechas las sombras.

Lo suyo no era desilusión, sino únicamente una tranquila y resignada amargura. En el fondo nunca se había tomado en serio que pudiera salir. La entrada —un callejón sin salida, un pozo de paredes de hierro— ya le había parecido decisiva. La muerte era esto, ni más ni menos, y, al precipitarse en su interior, en el mismo instante en que se había estremecido de terror bajo el diente del escorpión, había sabido que era para siempre, y que estaba naciendo de nuevo, pero a las tinieblas y para siempre jamás. Entonces se había aferrado a los inestables ganchos de la memoria, se había agarrado al propio nombre, colgado de un hilo en el extremo de la mente, y se lo repetía, Eurídice, Eurídice, en el remolino vertiginoso, mientras cada vez se hundía más, Eurídice, Eurídice, como un último óbolo de ayuda, sumado a la monedita que la mano de él le había ocultado en la boca en el momento de la sepultura.

> *¿Tú estás muerta, mi vida, y yo respiro?*
> *¿De mí te has marchado*
> *para no volver nunca y aquí yo sigo?* **[2]**

Así había gorjeado él con la cítara en la mano y esa monodia la había turbado. Le habría gustado agradecérselo gritando, mirarle una vez más amorosamente, pero ahora sólo era una estatuilla de mármol frío, con un cordero degollado a los pies, tendida sobre una pira de insolentes haces. Y ninguna orden que se esforzara en enviar a los párpados, a los lívidos labios, conseguía entreabrírselos siquiera un instante.

¿Qué decir de la nueva vida? ¿Y de los nuevos miembros que le habían hecho vestir? Tenues, ondeantes, evasivos como velos…

Podía estar mejor, podía estar peor. El juego de tabas, los juegos de cartas a dos, las charlas femeninas con Perséfone junto al telar; las recíprocas confidencias cogidas del brazo por los paseos del reino, mientras Hades dormía con la cabeza cubierta por un casco de piel de macho cabrío… Todo había servido, durante por lo menos la mitad del año, para mitigar el tedio de la vida de guarnición. ¿Pero mañana, y después?

Contempló el agua. Llegaba, ola tras ola (y parecían escamas, escamas de pez), a romperse contra la orilla. Agua oscura, agua

sucia, antiquísima agua de estanque, golpeada por remotos remos. Prestó atención: a lo lejos las palas golpeaban el agua a lentos intervalos, tenía que estar cansado, el marinero, de tanto ir y venir…

Miles y miles de almas se habían reunido, mientras tanto, y esperaban. Aunque se pusiera en fila, pasarían horas antes de que le llegase el turno. «¿No hay preferencias para quien regresa?», se preguntó sonriendo, aunque no tuviera prisa, ahora que estaba allí, en volver a casa. Había miles y miles de almas, y aguardaban temblando de frío, y sacudiendo los brazos, con una especie de hambrienta impaciencia. Vete a saber cómo habían conseguido encender el fuego que brillaba entre ellas, cómo lo atizaban, con qué pedernales y piñas. Y se calentaban a su alrededor, el aire del río es nocivo para los cuerpos desnudos.

Sonrió de nuevo. Como si los reumatismos siguieran en vigor entre los muertos. Aunque tal vez le habría gustado calentarse las manos en aquella llama, mezclar su voz —su piar— al piar de los demás. No lo hizo, no se acercó al vivaque, prefería seguir sola pensando. Ya que sentía un malestar, él mismo que deja una comida desacertada, debajo de una costilla, y sabía que no era pena por la vida doblemente perdida, por la resurrección fracasada, era una acritud diferente y curiosa, un pesar, incapaz por ahora de convertirse en preocupación, pero obstinado en presionar confusamente en sus entrañas, como presiona un niño no nacido, putrefacto en las vísceras, sin nombre ni suerte. Y ella no sabía cómo llamarlo, si presagio, sospecha, vergüenza…

Recapituló su historia, quería entender.

Recordaba que había tardado en enamorarse de él, y de mala gana. Al principio no le gustaba que las mujeres le corrieran detrás de aquella manera, a la par al igual que las bestias, que las ñeras. Aquel hombre debía de ser un mago, un seductor de oídos, un engatusador de mucho cuidado. Con el eterno instrumento en bandolera, la mirada indiscreta, la palabra fácil. Luego, una noche de mucha luna, mientras paseaba por un bosquecillo, ensimismada según su costumbre, con los pies que iban de un lado a otro, temerarios con tantas sierpes latentes en la hierba, hete aquí que de

pronto, dentro de la espesura donde se había buscado una madriguera de oscuridad, se había alzado un hilo de música, cada vez más tenso y robusto, hasta convertirse en un cordel invisible que tiraba de ella, le rodeaba los miembros, se los reblandecía en una miel húmeda y tibia, en un extravío y un abandono muy parecidos a la muerte. Se había recobrado sólo de ellas cuando los gruesos labios de él, su potencia, dejaron lentamente de cubrirla.

Así que le amó. Y las nupcias fueron espléndidas, con infinidad de manjares y cráteras de vino tinto. Turbadas por una única alarma irrisoria: aquella antorcha que, aunque Himeneo la agitara con ambas manos, no se avivaba sino que seguía eructando a su alrededor penachos de feo humo.

Después de lo cual hubo días y noches celestiales. Él sabía palabras que nadie más sabía y se las murmuraba entre los cabellos, en los dos pabellones de carne rosada, como una respiración recóndita, casi inaudible, pero que dentro de ella crecía inmediatamente en trueno y estrépito de amor. La Tracia donde vivían era una tierra de nubes y flores, y ella no recordaba nada más, ningún pedregal o calvero o yermo, sólo nubes corriendo sobre su frente y puñados de pétalos, cuando los arrancaba de la tierra con las manos, en el momento del placer. Yacía con él bajo una amplia copa de cielo, sobre un lecho de hojas y de viento, viendo oscilar entre las pestañas lacrimosas perfiles de árboles, oyendo como un oleaje lejano batiendo la escollera, una cierva que brama en el bosque. Se secaba los ojos con el dorso de la mano, volvía a abrirlos. Él se los cerraba con un dedo y cantaba. Mira, ya anochece, ahora en los huertos el oro del ocaso se oscurece, la luna dadivosa abandona los montes, palpita aterida entre los dedos verdes de lá araucaria… ¡Eurídice, Eurídice! Y ella le posaba la mejilla en el pecho, oía en él un susurro de raíces, y también latidos, prolongados latidos de un corazón de animal o de dios.

Le había amado. Aunque pronto había dudado de ser amada en igual medida. Con excesiva frecuencia él se eclipsaba por las laderas del Rodope en compañía de un tropel de muchachos que llevaban en la muñeca una cinta roja; o descendía al valle, pavoneándose de su cortejo de ruiseñores hechizados, hechizado él mismo por los

cantos que de él nacían. Sin decir nunca adonde iba, sin preocuparse de dejarla casi sin provisiones, desierta de afecto, expuesta a las salaces insinuaciones de un boyero de la vecindad. Si por lo menos se hubiera dignado ofenderse, hacer una escena. Nada de eso. Se limitaba, por guardar las formas, a entonar un lamento del amor celoso, del que, al cabo de un minuto, ya se había olvidado. Cuando ocurre eso, una se desenamora, se deja ir, tanto que, en los últimos tiempos, se había abandonado, se mostraba con la cabellera seca, sin arreglar, con la piel endurecida por las zarzas, por las tramontanas. Y aunque a Aristeo siguiera contestándole una y otra vez que no, no lo decía con la obstinación de antes, sino blandamente, aceptándole, incluso, bien una torta de cebada, bien un rústico ramillete. Pronta a escapar, apenas éste mostraba torvamente en los pómulos un púrpura de vino o de deseo. Hasta que había muerto así, mientras escapaba de él, pisando con pies veloces la malvada serpiente en la hierba.

Maldita hierba… Volvió a pensar en Perséfone. Una maravilla de muchacha, pero desafortunada. Porque también ella se había metido en problemas por querer ir de paseo por los prados. Una amiga temporera, lamentablemente, pero tan hermosa cuando regresaba de las vacaciones, bronceada, con los brazos colmados de primavera, con haces de ligustros, con jacintos, flores de amor, claveles… Y se los ponía en la cabellera durante la hora o dos que duraban; después en los búcaros, donde se obstinaba en rociarlos con agua del Estigio, imaginaos; decidiéndose a arrojarlos a la basura sólo cuando decididamente apestaban…

Desafortunada muchacha. Querida, sin embargo, por un esposo, por una madre. Y que podía permitirse viajar, alternar los asfódelos con los narcisos, los conyugales granos de granada con las fogosas naranjas terrenas, ser a un tiempo hielo y llama, órbita ciega y radiante pupila, ¡hembra una y diosa trina…!

Un clamor la sobresaltó. La barca había aparecido de repente, corría sobre la cresta de las olas como guiada por el repentino puntillo de un conductor con retraso. Y desde la orilla las almas aplaudían, chillaban, tendían los brazos, alguien hacía señales empuñando un tizón encendido. Eurídice se levantó para mirar. La escena era, por decirlo de algún modo, infernal. Con aquella proa avanzando sobre las olas grisáceas, y las reverberaciones de fuego

brumoso bajo las cuales la multitud parecía retorcerse, multiplicarse. Y todos se abalanzaban, dispuestos a saltar. La barcaza pronto estuvo llena, desbordada de pasajeros, hacinados, con los brazos hacia arriba para dejar más espacio. Un puñado de excluidos intentó un último asalto, aferrándose a una maroma. Cayeron al agua, reapareciendo con trabajo, fangosamente. Sólo había quedado libre un sitio, prohibido, un escaño de madera junto al viejo timonel. «¡Eurídice, Eurídice!», llamó el viejo timonel.

Abrió de nuevo los ojos. Una lengua de agua fría le lamía los tobillos. La barca estaba ahora inmóvil, se mecía en medio de la corriente. Vio delante de sí la espalda desnuda y curvada del viejo, hirsuta de pelos blancos. Por un agujero del fondo había penetrado una lengua de agua y el viejo estaba agachado para quitarla y calafatear la hendidura. Qué barca tan vieja. Cuántas cicatrices, en la vela, y remiendos de torpe aguja. «Yo cosía mejor», pensó. «He sido una buena esposa. Amaba al poeta. Y él, a su manera, me amaba. Si no, no habría llorado tanto, no se habría arriesgado tanto por abismos y precipicios, entre Manes tenebrosos y turbas de sueños con uñas negras. No habría vadeado aguas, escalado cimas, amansado monstruos y Moiras, llevando como única armadura una clámide de lino, y una simple cinta roja atada a la muñeca. Ni habría sabido expresarse con sonidos tan dulces ante el trono del invisible Hades…»

El peso en el costado dolía, ahora, pero ella ya no sentía ningún miedo, sabía qué era. Era un olvido que le dolía, de un detalle de la aventura reciente, una minucia que había visto o intuido o comprendido en un abrir y cerrar de ojos y que el Leteo se había llevado provisionalmente. Como una revelación que permanecería guardada y recordaría después. La recordaría de un momento a otro, claro, apenas el sorbo del Leteo hubiese acabado de disolverse, inocuo ya, en el dédalo de sus venas. Así era la ley, aunque ella hubiera preferido un olvido completo y para siempre en lugar de esta sucesión de vigilias y estupores, dé estas temporales vacaciones de la conciencia: como quien, sonámbulo, abandona su cama y se encuentra en el borde de una cornisa…

Volvió a pensar en su hombre, en su último encuentro. Volvió a

pensar en eso con orgullo. Ya que el poeta había venido aquí por ella, y había forzado las puertas con paso conquistador, y había doblegado a todos a la fatalidad de su canto. Hasta Menippo[3], aquel bufón, aquel *fio/*, había dejado de hacer muecas, se había cogido la calva entre las manos y lloraba, entre sus alforjas de habas y altramuces. Tántalo había dejado de buscar con la boca las linfas fugitivas, y Sísifo de mover el peñasco… empujando fatigosamente con el pecho… Y la ventosa rueda de Isión, ahí estaba, inerte en el aire, como un aro de inútil plomo. Un héroe, un héroe amo había aparecido. Y Cerbero se había acurrucado a sus pies, lamiéndole con sus tres lenguas las sandalias cansadas… Hades desde su nube había dicho que sí.

Volvió a ver la continuación: la carrera por la cuesta detrás de él, un trayecto de guijarros y espinas, trastabillando con el pie todavía cojo por el veneno viperino. Contenta de poder verle sólo de espaldas, contenta de la prohibición que aumentaría la alegría de volverle a abrazar dentro de poco…

¿Qué Erinias, qué abeja funesta le había punzado la mente, por qué, por qué se había vuelto irreflexivamente?

«¡Adiós!», había tenido que gritarle, «¡Adiós!», al notar que la vara dorada de Hermes le golpeaba suavemente en el hombro. Y así, reabsorbida por la oscuridad, le había visto alejarse hacia la hendidura del día, desvanecerse en un polvillo dorado… Pero no hasta el punto de no sorprenderle, en aquel instante de aflicción, en el gesto de acudir con dedos urgentes a la cítara y de pulsar sus cuerdas con entusiasmo profesional… El aire aún no había acabado de separarlos cuando ya su voz entonaba decididamente «¿Qué haré sin Eurídice?», y no parecía que improvisara, sino que hubiese estudiado prolongadamente ante un espejo aquellos quiebros y arpegios, a punto ya para ser ofrecidos al público, a los aplausos, a las luces de la escena…

La barca había vuelto a avanzar, ya se vislumbraba el atracadero entre jirones espaciados y sucios de bruma. Las almas seguían calladas, apiñadas como murciélagos de caverna. No se oía más ruido que el golpe monótono y solemne de los remos en el agua. Entonces Eurídice sintió de repente que se le disolvía aquel nudo en el pecho, y triunfalmente, dolorosamente, comprendió: Orfeo se había vuelto adrede.

GORGIAS Y EL ESCRIBA SABEO

Algún tiempo después de su regreso de Atenas, Gorgias el leontino recuperó la costumbre de hablar a solas. Salía cada día muy temprano de la ciudad, seguido paso a paso por el joven escriba que le había regalado Cálleles, y se ejercitaba largo rato en declamar a solas. El escriba era un joven de carnes oscuras, de corazón sencillo y mente impulsiva, tan solícito con el nuevo amo como para seguirle afectuosamente en sus excursiones, sin dejarle nunca la ocasión de apartarse y encerrarse en sí mismo. Así que Gorgias ya se había acostumbrado a ver sobre la tierra, junto a la propia, la sombra vecina del otro, en aquellos mediodías de sol a plomo en el campo mientras todos dormían, a excepción de los centinelas de la fortaleza Briquinnia, y las aguas del río parecían inmóviles, un estanque de luz fundida.

Era la hora que el filósofo elegía para salir a pasear fuera de los muros, imprudente, conviene decirlo, con tantos exploradores siracusanos en los alrededores, pero ya se sabe que los filósofos no son prudentes. Acostumbraba caminar hasta el gran algarrobo solitario de la zona de Ceramia —tanta distancia necesitaba para producir un discurso entero— arengando a las piedras de los muros como a una condescendiente platea y dirigiendo con el chasquido de los dedos la música de la voz. Curioso hombre. Porque, si no hubiese merecido con creces el aprecio de la ciudad al propiciarle la alianza de los atenienses y la ayuda de la flota de Laquetes, de nada le habrían valido el magniloquio ni el aire inspirado ni el resplandor intelectual de sus ojos para salvarse, a lo largo del camino, de las burlas de la canalla.

Así son las cosas: en la ciudad era respetado, admirado, le querían consejero y embajador en las circunstancias más desesperadas; pero nadie le amaba. A menos que fuera amor la devoción canina de este joven bárbaro, de raza sabea, que, quién

sabe cómo, de la nativa tribu del desierto había ido a parar al servicio de Calicles, primero, y ahora al de él. Alguien que hablaba dificultosamente nuestra lengua, mezclándole sílabas oscuras de su idioma remoto y pretendiendo que tenían un sentido; aunque la entendía y escribía a las mil maravillas. Un oyente ideal, en suma, ya que a Gorgias no le servían objetores sino cómplices; ni le acuciaba tanto expugnar por la fuerza un ingenio, como enamorarle y sujetarle atónito al yugo. Sin otra espada que la aguda lengua ni otro lazo que la retorcida cuerda gordiana de su palabra.

—La palabra —dijo Gorgias, secándose con un lienzo blanco el sudor de la frente— es un gran dominador, que con mínimo e invisible cuerpo sabe realizar gestas divinas: calmar el miedo, suprimir la pena, suscitar la alegría, aumentar la piedad…

Habían llegado al viejo árbol y estaban sentados, con las piernas cruzadas, bajo el follaje. El joven había sacado de un bulto la sencilla colación de olivas negras y la jarra de agua de pozo; después una tablilla de cera, en la que escribiría como todos los días, lo que le gustase al amo. Suplicándole, claro está, que se contuviera, que dictara lentamente, hasta tal punto se sentía arrastrado por aquel torbellino de melodiosos conceptos, donde unas veces aparecía, y otras desaparecía, como en un espejismo de dunas, una controvertida, demediada, duplicada verdad.

—Toma el ejemplo de Helena —dictó Gorgias—, cuya audacia los poetas no se cansan de reprobar, y de la que dice Esquilo que escapó por adúlteros caminos y llevó a Ilion la muerte como dote nupcial. Mientras que yo me atrevo a proclamarla inocente con la fuerza de mis labios. Ya que ella hizo lo que hizo o por decisión del Hado, voluntad de los Dioses, ley de Necesidad, o robada por manos violentas, o inducida por palabras de amor. Si es cierto el primer motivo, no se debe inculpar a la mujer, sino al Hado, los Dioses, la Necesidad; si lo segundo es verdad, al ladrón corresponde la carga del ultraje, no a ella que lo sufrió; si finalmente lo que la sedujeron fueron las palabras y los hechizos del amor —sea lo que fuere el amor, estro divino o enfermedad de los mortales—, pues bien, ¿con qué corazón podréis condenar a la indignidad a una mujer que actuó obligada y no libre, que fue desventurada y no rea? ¿Cómo

podríais considerarla infame por esto?

Ante el dedo tieso, apuntando directamente a su cara, el criado se emocionó. Llamado a hacer dé juez, cuando hubiera preferido el papel de simple alabardero, saltó en pie gritando: «¡Divina Helena, has vencido!», mientras enrojecía y, añadiéndola al nombre, balbuceaba una frase en su lengua, en la que a Gorgias le pareció entender no sólo un veredicto de absolución, sino un sentimiento de leticia y de fresco deseo viril. Sonrió y agradeció la oliva que el joven le ofrecía, la masticó lentamente.

Una mariposa se le había posado mientras tanto en una rodilla. Confiadamente. Con alas irisadas de sol, aunque, contemplándolas de cerca, brotaban de un corpezuelo de gusano, gris, peludo, intocable; como el de algunos minúsculos monstruos que la mano exhuma bajo una piedra y aportan pronósticos de desgracia. Un temblor de repugnancia sacudió al filósofo. Bastó, para que el insecto se asustara y alzara el vuelo al instante. Inútilmente el criado persiguió el vuelo, o lo que así le parecía y no era más que un destello de polvillo fugaz; después se resignó, volvió a agazaparse con el punzón de escribir en ristre, dispuesto una vez más a escuchar.

Fue en ese momento cuando descubrió la sandalia. Era una sandalia de bronce, que parecía adherirse con alguna dificultad al pie izquierdo del hombre, y no era idéntica a la derecha, sólo análoga. Con la misma suela de bronce, atada con correas de cuero, pero de planta ligeramente más plana y ancha y de color más oscuro, por lo que se vislumbraba de los bordes y entre los dedos. Un color de brea, ahumado: como si la sandalia hubiera pertenecido a un guerrero derribado por un rayo; o la hubiera abrasado prolongadamente un herrero en su forja.

El joven levantó los ojos e interrogó en silencio a su dueño.

—Es una reliquia de mi maestro —explicó Gorgias—. Lo que quedó de él cuando fue asumido por el fuego. Y desde entonces la llevo en el pie, a veces los objetos tienen más memoria que los hombres.

Se inclinó confidencialmente hacia el esclavo. Sabía que no le entendería, pero le gustaba confesarse así a alguien que no entendía, a un oído sordo y fiel, donde se escondería a sí mismo sin que nadie lo supiera.

—Escucha —divagó en voz baja—. Dos veces he padecido envidia en mi vida, yo, que soy el más grande de todos y mi estatua de oro está en Delfos como la estatua de un dios. Dos veces. La primera fue de Empédocles, por cómo supo morir. La segunda en Atenas, este año, de Sócrates, por cómo vive y sabrá un día morir. Tú también conociste a Sócrates en casa de Calicles, le serviste agua varias veces, aquel día tenía la garganta seca de tanto hablar, y estaba Calicles, tu viejo amo, y el joven Polo, tan parlanchín, y un jovencito silencioso cuyo nombre no recuerdo. Y yo hablé de mi arte, de para qué sirve el arte que profeso, la persuasión… Pues bien, lo que no dije aquel día, lo que no me atreví a confesar, es que esta riqueza que poseo aquí, en la punta de la lengua, mi orgullosa retórica, sólo es un poco de viento que agita las copas de los árboles y parece subyugarlas a su capricho, pero pronto amaina y las copas vuelven a erguirse inmóviles contra el turquesa del cielo. Mientras que morir, saber morir, es la única cosa que nos justifica en la tierra. Mira, yo sé que moriré viejísimo, me lo ha predicho Empédocles, que era adivino y mago infalible, y a quien vi resucitar a una mujer sin aliento, que llevaba treinta días exánime en la cama… Sí, sé que moriré viejísimo, pero temo no saber morir, temo que mi retórica no sabrá inventar, en el momento del tránsito, ni el silencio de Empédocles ni la palabra de Sócrates…

El joven ya no escribía, escuchaba. Siempre apasionado, y contento de no entender, pero curioso por aquella sandalia negra.

—Es su última noticia, quién sabe qué secreto cuenta… —dijo titubeante Gorgias, hablando consigo mismo. Se sacó la sandalia y la sostuvo en las manos, escrutándola como a un hallazgo procedente de las entrañas de la tierra. Y, en efecto, el bronce eructado parecía sucio de espesos grumos de lava, señalado por los mismos jeroglíficos que graba sobre cada pedazo de lava la oscura quemadura del fuego.

La mariposa tornó de improviso sobre Gorgias, evitó sus manos, y fue a posarse en la punta de la sandalia, a semejanza de una joya o del pétalo de una flor.

—Pssst… —exclamó el filósofo, reteniendo con una mirada al muchacho, que se disponía a levantarse para reanudar la caza—. Tal vez es él que vuelve…

—¿Él?

—Empédocles que vuelve. Fue en un tiempo chiquillo y chiquilla y arbusto y pájaro y serpenteante pez en el mar. Y quiso morir para ocultarse en las cosas y resurgir de ellas dios. ¿Por qué no podría haberse convertido en mariposa? Yo sé cómo le gustaban las especies más ligeras…

No era la primera vez que el siervo oía a Gorgias hablar de su maestro, de cómo caminaba solemnemente por las calles dé Agrigento vestido de púrpura, ceñido de ínfulas sacras y coronado de flores. Y le invocaban las madres desde los umbrales para que sanara a los hijos enfermos, los campesinos para que los protegiera del mal tiempo, y una vez encerró al viento en odres de piel de asno y fue llamado «carcelero del viento…» El siervo sabía todo esto, pero le gustaba oírselo repetir una y otra vez y bebía la perorata de Gorgias como si fuera una fábula. Pero la sentía invadida por una profunda tristeza, como sucede a un discípulo huérfano que para curarse de la orfandad consiente en hacerse a su vez maestro…

—La Concordia, la Discordia —volvía a decir Gorgias—, rigen el mundo. Esto me enseñó él, esto te enseño yo. Ni la una vive sin la otra, ni la una vence nunca plenamente a la otra. Ayer veías asomar de la tierra cabezas sin cuello, y brazos errantes carentes de hombros, y pupilas solitarias vagaban lejos de las frentes. Pero he aquí que hoy los miembros dispersos se juntan para formar nuestra miserable máquina humana. La cual tiene, sin embargo, breve destino. Y tan miserable parte de la vida es capaz de discernir…

Se levantó, contempló delante de sí un invisible ejército de sombras:

—Hombres —dijo—. Vosotros como humo en el aire os disipáis y creéis conocimiento lo poco que encontráis e insistís en creéroslo todo…

Había colgado la sandalia por un cordón de una rama del árbol y estaba así, descalzo a medias, frotando el pie desnudo contra el suelo, como hacen a veces las acémilas. La mariposa había desaparecido, y él parecía haberse olvidado de ella.

Trazó con los brazos un gran gesto circular que abrazó el cielo, la hierba de la tierra, el agua del río, el calor del sol.

—Esto —dijo.

Y una lágrima asomó entre sus pestañas, le recorrió lentamente la mejilla, se detuvo en un pequeño matojo de pelos del mentón.

—Esto. El nacimiento y muerte de esto… Y nuestro exilio, la maldita escisión. El nacimiento que separa, la muerte que reúne. Y nosotros, yo, tú, todos, lacerados y expulsados del reino de los Dioses, fugitivos por los caminos del mundo, así para siempre, eternamente, culpables de haber seguido la loca Discordia…

Se secó con un dedo la mejilla.

—Muchacho, dame un poco de agua —dijo.

El silbido de la flecha pareció un graznido de golondrina. Alcanzado de lleno, el jarro se desmenuzó, esparció su escaso líquido por las ramas del entorno, salpicó la túnica del filósofo. Se le. quedaron los fragmentos en la mano y el estupor en la cara. El esclavo se había incorporado de un salto con un aullido aterrorizado, había protegido con su cuerpo el cuerpo del amo, pegándose ambos al tronco rugoso del árbol. Pero no se veía un alma. Fuera del árbol, de su mancha verde oscura, sólo se veía la despedazada claridad, sobre los rastrojos de la llanura, de un sol errabundo. Ninguna presencia animal en el horizonte. Sólo que de un seto lejano hubo un destello, de yelmos sorprendidos por el sol en su pasar de una nube a otra. Después los arqueros salieron al descubierto, avanzaron hacia ellos.

Eran pocos, una patrulla. Y miraban a su alrededor, sospechando que los dos no estaban solos sino que eran la punta visible de una avanzadilla enemiga. Así que andaban lentamente, con los arcos preparados y la mirada intranquila. Cuando llegaron al árbol, uno de ellos rio.

—Vaya, el filósofo —dijo—. Una buena y cómoda presa. Un charlatán desarmado. Es Gorgias.

Gorgias le reconoció.

—Hermócrates —exclamó—, te han dado el mando de un ejército muy minúsculo. ¿Así te aprecian los siracusanos?

Hermócrates se enfurruñó. Era joven y agitaba sobre los gruesos músculos del cuello una melena de largos cabellos negros. Pero las precoces arrugas en las comisuras de su boca suavizaban la arrogancia juvenil del soldado.

—Tú vete en paz —dijo al escriba—. Y tú sígueme, Gorgias de Leontini. Aunque tendría que llamarte ateniense, por la manera

como adulas a la ciudad de ultramar. Y mejor harías en quedarte en ella, Sicilia es demasiado tosca para ti…

Gorgias le había reconocido al instante. Años atrás, cuando todavía no había querella entre ambas ciudades, habían comido y conversado juntos largo rato en los banquetes sobre la Acradina.

—¿Seguirte? ¿Por qué no?

Sonrió al siervo, señalándole con la cabeza la sandalia que colgaba de la rama.

—Es tuya. Junto con ésta —dijo, y se sacudió del pie la otra sandalia—. Eres libre, vete.

Después, descalzo y contento, echó a andar con los cuatro arqueros. Pero el criado no les dio tregua, mugiendo y gimiendo les seguía de lejos.

Les acogió una pequeña gruta, donde los siracusanos; habían dormido la noche anterior y las piedras del vivac mantenían aún el calor de la llama. Pocos sarmientos bastaron para reavivarla, se comió, se bebió, se habló. La gruta era pequeña, colgada sobre el valle del Alcántara, del que subía un temblor de agua y parecía repetir una frase infinita y soñolienta. Los cinco estaban sentados ante el fuego y hablaban; la oscuridad se había tragado al siervo.

—Así que eres mi prisionero —comenzó a decir Hermócrates—. No me gusta, pero, debo hacerlo. ¡Has traicionado la isla en favor de los atenienses, has llegado incluso a alzarles en armas contra nosotros!

Gorgias levantó con dos dedos una punta de la clámide, se cubrió por un instante la cara, luego volvió á contemplar la luz.

—Tienes como prisionero a nadie —exclamó, y sonrió.

—No soy un cíclope, para que puedas engañarme con tu nadie —protestó impetuosamente Hermócrates, y le puso la mano en el brazo.

—No, Hermócrates, lo digo de veras. Y tú, que aspiras a filósofo, puedes seguir el hilo del argumento. Para que tú puedas tenerme prisionero, es preciso que yo sea alguien, que mi ser sea otra cosa que el no ser; es preciso, sobre todo, que el ser sea…

Hermócrates torció el gesto.

—No me seduzcas. Tú existes, te toco. La punta de mi lanza no

está acariciando a un fantasma…

Le clavó la lanza en el costado. Poco, pero la tela se desgarró, una gota roja recorrió lentamente la pierna.

—Una de tres —prosiguió, sin embargo, Gorgias—, O el ser es generado y finito, o ingenerado e infinito, o generado e ingenerado al mismo tiempo. En el primer caso, sería generado por lo que no es, por tanto por la nada. Comprueba tú mismo lo absurdo que es pensarlo. En el caso de ser ingenerado e infinito, no tendría límites de tiempo ni encontraría lugar capaz de contenerlo. Piensa tú mismo si es posible concebir existente lo que en ningún momento y en ningún lugar existe. Finalmente, ¿cómo puede una cosa ser al mismo tiempo generada y no generada? ¿No te hiere la contradicción?

Hermócrates se echó a reír.

—Como quieras, pero si tú eres nadie, yo también soy nadie. Deja, pues, que nadie se divierta matando a nadie.

Y empujó un poco más el hierro en la carne del otro.

Gorgias se encogió de hombros:

—¿Matarme? Como si la naturaleza no hubiera ya ordenado mi muerte, la tuya y la de todos, con una orden manifiesta a todos los mortales, el mismo día que salimos a la luz… Si es que quieres llamarla muerte, y no mera separación de las partes. Ya que, mira, nada de lo que aparece es simple, todo está mezclado, confuso, compuesto. La muerte con la vida, Zeus con Hera, Nestide con Aidoneo… Y lo justo participa de lo injusto, lo falso de lo verdadero, lo hermoso de lo feo, el mal del bien. Esto es lo trágico y lo estupendo de nuestro ser no-ser aquí en la tierra. Y esto es lo que mi palabra denuncia y canta. Mi palabra, que continuamente discrimina y congrega a los contrarios, y hace centellear unas veces esto y otras aquello ante los ojos, según la conveniencia. De modo que lo grande parezca pequeño y lo pequeño grande, y lo antiguo nuevo y nuevo lo antiguo… No sin una música, dentro, para endulzar la mente…

Hermócrates no le escuchaba, hacía rato que se había tapado los oídos con dos bolitas y se limitaba a mirarle desde un rincón, en el fondo de la gruta, donde se había preparado una yacija. Pero no por ello callaba Gorgias, que seguía hablando, siempre a su modo, cuidando el ritmo secreto de su discurso, y que cada sílaba se rizara

astutamente sobre la otra o muriera voluptuosamente en ella.

Cuando llegó la hora de dormir, establecieron los turnos de guardia, de dos horas, fuera de la gruta, y que cada soldado saldría a relevar al otro, después del breve reposo. Ingenuidad militar, de la que Hermócrates se avergonzaría durante el resto de sus días. Ya que, agazapado en la oscuridad, el siervo de Gorgias abatió a los tres, uno por vez, a medida que salían fuera, tambaleantes de sueño, a sustituir al compañero. Y les pillaba desprevenidos por la espalda, sombra veloz y ligera, armada únicamente de una sandalia broncínea, más sólida que un martillo.

Cuando con las primeras luces Hermócrates se despertó, porque se había reservado el último turno de guardia, tenía su propia lanza apuntada contra la garganta. De pie, imponente (¿quién habría pensado que fuera tan alto?), la blandía el escriba, con un triunfo sereno en los ojos, mientras el filósofo, despierto y también de pie, observaba la escena apoyado en el muro de la caverna.

—Hermócrates, eres mi prisionero —exclamó, ayudándole con un brazo a levantarse, pero no pudo menos que asentir cuando el siracusano, frotándose los ojos, replicó:

—Gorgias, tú tienes prisionero a nadie.

Regresaba Gorgias en compañía del siervo a Leontini. Hermócrates se había ido, con su permiso. Y el filósofo caminaba ágilmente, ahora que había vuelto a calzar sus pies. Triste, sin embargo, y finalmente silencioso, ante la idea de que alguien había perecido por su culpa y que llevaba bajo la sandalia su olor, en grumos de negra sangre y cabellos. Finalmente se volvió hacia el siervo:

—Siervo —dijo—, mantengo mi promesa, eres libre. De ahora en adelante vivirás en mi casa como un amigo. Pero dime, ¿con qué nombre quieres que te bautice, a cambio del otro que tuviste una vez en la libertad del desierto?

—Empédocles —contestó el escriba—. Llámame Empédocles.

Y le mostró sonriendo en el puño abierto una mariposa ensartada en el punzón para escribir.

DOS NOCHES DE FERDINANDO I

Primera noche

La noche del 25 de abril de 1824, ocho meses antes de morir, Ferdinando I de Borbón, por la gracia de Dios rey de las Dos Sicilias, de Jerusalén, etcétera, Infante de España, duque de Parma, Piacenza, Castro, etcétera, etcétera, Gran Príncipe heredero de la Toscana, etcétera, etcétera, etcétera, aquejado de reumatismos y gota en la pierna derecha, pero capacitado todavía para cabalgar y cazar, se acostó en su villa de Persano, después de haber pasado en los bosques una jornada serena.

No tenía ningún motivo para temer una mala noche, él, que habitualmente dormía sin esfuerzo, incluso cuando había perdido cien o doscientas monedas de oro al revesino con el general Naselli o con el príncipe de Ruoti, don Giuseppe Capece Minutólo. Se sabe que Ferdinando era un hombre de sentimientos impulsivos pero de mente débil y carnal; teatralmente convencido de su privilegio, convencido de que su reino era un gran coto vedado, en el que jabalíes y súbditos sólo pastaban para ofrecerse como blanco a su fusil o a los caprichos de su gracia. Un hombre grueso y engreído, con algún repentino estallido de extravagancia y de humor, cuando el loco Polichinela que llevaba oculto se despertaba un instante y le hablaba al oído. No había razón, pues, para que tuviera que temer una mala noche, y sin embargo, después de acostarse a las diez y media, pasó horas neurasténicas y torcidas, «habiendo soñado continuamente cosas extravagantísimas», como escribió a la mañana siguiente a la segunda mujer, la duquesa de Floridia. Y son palabras reticentes, insólitas en una persona efusiva, habituada, al escribir, a dar meticulosa cuenta de cualquier comida y evacuación. Esta vez, por el contrario, sea porque la sucesión de las visiones había sido tan desordenada como para resultarle indecible, sea porque le

retenía un espontáneo decoro, el hecho es que no pasó de esa alusión, permitiéndonos —a semejanza de los filólogos que se esfuerzan en subsanar las lagunas de un papiro— corregir su silencio, y conjeturar, por ejemplo, que aquella noche, en su duermevela, a medias soñó y a medias fantaseó la siguiente mescolanza de muerte y felicidad.

Le parecía hallarse en Sicilia un día de mediados de agosto de veinticinco años antes, inmediatamente después del sangriento crucero a Nápoles para los juicios sumarísimos. La noche anterior había comido y bebido desmedidamente, celebrando el cumpleaños de su consorte Maria Carolina, mientras ya urgían en la ciudad los festejos de Santa Rosalía, graciosamente diferidos hasta el regreso de los viajeros reales. Había bebido demasiado, hasta el punto de soltar delante de lord Nelson algún despropósito de los suyos, que acompañaba con un fragor de risas y un estornudo de la fuerte nariz. «Señor duque de Bronte —le había dicho—, lástima de ese ojo y ese brazo que faltan. Puesto que con lady Hamilton harían falta cuatro ojos, cuatro brazos… En suma, ¡el doble de lo normal!»

Nelson no parecía haber oído, sólo había palidecido un poco. Levantando después el monóculo delante de la pupila ofendida, había murmurado: «No os veo, Majestad. No os veo en absoluto». Y, dándole la espalda, se habla ido. ¡Tuerto y manco inglés! ¡Si no hubiera sido tan querido por la reina, tan útil para los destinos inciertos del trono! Un marinero insolente, que para ganar el puerto de Palermo durante una tormenta había debido confiarse a un oficial borbónico; y en cuanto a pilotar naves con el viento en contra no valía ni una hebilla del zapato del almirante Caracciolo.

Caracciolo… Un cuerpo hinchado y tieso comenzó a bailotear bajo sus párpados, hundiéndose, emergiendo del agua negra del golfo: un tentetieso insumergible, con las señales violáceas de un nudo corredizo en torno al cuello. Y miraba con ojos azul celestes; era extraño que se pudiera ver su color, pues permanecían cerrados… Después, cerca de aquella cabeza, una nueva ronda de cabezas pululó y llenó la escena, una ronda de cabezas muertas que se zambullían, afloraban, le observaban con órbitas vacías: la cabeza del Correo del Gabinete Antonio Ferreri, descuartizado por

la canalla bajo los balcones del palacio real, la cabeza de la Sanfelice con los cabellos viscosos de sangre, una lívida rosa de cera dentro del cesto; las cabezas emparejadas de Michele Morelli y de Giuseppe Silvati…

El rey se lamentó, murmuró no sé qué en sueños, luego se giró a dormir del otro lado.

Ahora vuelve a verse en un lugar verdísimo, grandes nubes pasan sobre su cabeza. Reconoce los paseos de boj, los acebos, las palmeras de la Favorita, su jardín de las delicias. El arquitecto Venanzio Marvuglia extiende sobre un improvisado banco los diseños, se alisa con la mano los cabellos agitados por el siroco, explica, interroga, se responde a sí mismo. El rey no le escucha, mira a diestra y siniestra, distraído. Sombras azules cubren el monte Billiemi, pero el sol, un sol negruzco y ardiente, chorrea sobre las calas del Pellegrino y parece jugo de sepia. Cómo se deja sentir la canícula, Ferdinando chasca ruidosamente los labios, un gesto que el palafrenero coge al vuelo. Despoja del paño que la protege una vasija de cobre, llena de la excelente agua del Garraffello, se la sirve en un vaso de cristal claro, uno solo, que Marvuglia sude cuanto quiera.

El rey levanta la mirada al palacete que está surgiendo, intenta deducir su silueta de la selva de andamios. Las voces de los trabajadores sobre el pontón llegan suavizadas por el viento. Se distingue una de ellas, más osada, que entona los versos de Meli sobre la caída de los jacobinos partenopeos:

Sagra Real Famiglia,
la cosa è già finita,
stà Libertà abbattuta,
paura 'un ci n'è cchiù [4].

Un homenaje al soberano, claro está, también porque para hacerse oír el muchacho se inclina peligrosamente sobre un andamio inseguro. Bravo, muchacho, bravo. El rey le da unas palmadas desde lejos y respira contento. Está contento de estar vivo, de ser rey, en una mañana que parece una alondra en vuelo;

está contento de no tener que firmar condenas, hoy, de poderse permitir este armisticio del corazón en un lugar tan verde, frente a una casa que nace, cuya punzante y sinuosa belleza ya se adivina, aun viéndola todavía niña. Un villano de mérito este Marvuglia, habrá que pagarle con mano generosa. Lástima que no sea napolitano… Porque los sicilianos… Tiene razón Carolina en detestarlos. Gente con el corazón lleno de víboras, de sofismas. Arrogantes, irreflexivos. ¡Como aquel fray Diego, hace años, que estranguló el inquisidor! Y el otro, cómo se llama, Valla, Villa, el nombre le cosquillea la punta de la lengua, aquel abate llegado de Malta (sicilianos, malteses, ¡vaya razas!) con sus falsos códigos árabes… O, en fin, Giuseppe Balsamo, el diablo Cagliostro, que el diablo se lo lleve… El rey farfulla en sueños. Malas bestias, los sicilianos, auténticos caníbales. Pero qué cielo, qué mar poseen. Y aman a su rey. Como ese muchacho que canta:

Cantamu tutt'a coru,
tutti allegri gridannu:
Evviva Firdinannu,
l'invittu nostru re! [5]

El barbián debería estar más atento a su faena, sin embargo. ¿A qué aguarda el maestro Marvuglia para reñirle? Pero Marvuglia sólo piensa en magnificar la obra, no deja de hablar, de loarla desde los cimientos hasta las veletas: aquello es el mirador, con una vista paradisíaca; aquí en la planta baja está el salón de baile, más allá el salón de audiencias… Con ornamentos y estilos soberbios, los más soberbios que sea dado ver en la tierra: a la pompeyana, a la turca, a la china… ¿Faltan las estatuas? Llegarán. ¿Por qué no proponer una Canova, una prosopopeya del rey en figura de Minerva pacificadora?

El rey ríe, ahora. Graciosa idea, disfrazarle de mujer, de Minerva además… Minerva le sentaría bien a Carolina, en todo caso, aunque Carolina se sienta más inclinada hacia Venus…

El rey ríe con mayor fuerza, enumera con los dedos las «finuras», como las llama en su cuaderno secreto, experimentadas entre los brazos de la reina la última semana. Le convendrá de ahora en adelante frenarse en casa si quiere correr veloz fuera, en las

próximas vicisitudes amorosas… Está aquella princesa de Partanna, por ejemplo. Una carne de requesón y miel, ojos renombrados… Con tal que don Venanzio se acuerde de practicar en la alcoba del primer piso una portezuela de seguridad…

Cantamu tutt'a coru,
tutti allegri gridannu…

Pero ¿aquel barbián no piensa callar?

Evviva Firdinannu,
l'invittu no…

Un grito, un ruido sordo: un tablón revolotea blandamente en el vacío, parece que nunca tocará tierra. Pero más veloz, aferrando el aire con brazos ciegos como alas de espantapájaros, más veloz un cuerpo se ha precipitado, manchando encima de la rodilla, con una salpicadura escarlata, el raso blanco de un pantalón.

Segunda noche

La noche del 3 de enero de 1825 Ferdinando I se acostó de malhumor. Un poco por el tedio y el remordimiento, de haber recibido el día antes a un famoso cenizo, el canónigo lorio; otro poco por un resfriado en la nariz y en el pecho que no quería curarse. Dijo al ayudante de cámara don Cario Ciavarria que al día siguiente le dejara en paz, que no acudiera como otras veces a despertarle de buena mañana. Luego se puso el camisón, se envolvió en las mantas y sopló sobre las llamas del candelabro que le acompañaba. No consiguió pegar ojo, la tos, el catarro no le concedían tregua; y junto con las incomodidades del cuerpo le molestaba un delirio de la mente, una mixtura de semblantes y voces perdidos, como siempre sucede a un viejo que no consigue conciliar el sueño.

¿Cuántos años llevaba reinando? ¿Sesenta y cinco, setenta? Había comenzado niño, cuando casi todavía no sabía leer. Y desde aquel entonces habían pasado innumerables veranos e inviernos,

días felices e infelices. ¿Mas éstos que aquéllos? ¡No! Intentó, para dormirse, hacer un juego, no el de contar hileras de ovejas, sino el de recordar sus momentos más agradables. Los había habido, y tanto, y bastaba un breve relámpago bajo los párpados para reavivarlos. Viajes, fiestas, cacerías, amantes… Y revanchas, venganzas, clemencias soberanas… Se encendió una luminaria, un espectáculo de horas antiguas volvió a fulgurar en la noche. Vaya teatro de títeres que había sido su vida, un «barracón de pantomimas», como aquel palermitano de Piazza Marina, adonde solía ir de incógnito hace tantos años para ver actuar al gran Marotta en el papel del faquín Nofriu…

Un dolor le comenzó detrás del occipital, blando, una arborescencia blanda y dolorosa que desde aquel punto empujaba sus ramas hacia dentro, pero titubeando, como si estuviera indecisa respecto a la dirección que tomaría.

Las mujeres, pensó en las mujeres. Cuántas, damas de la corte, villanas de San Leucio, bailarinas del Teatro San Cario: gordas como codornices, voluptuosas como palomas.

Pensó en los viajes. Por tierra, por mar; por montañas blancas de nieve, por anchos y largos caminos reales. El silbido de la tramontana entre las jarcias de la *Vanguard* se mezcló en sus oídos con el chirrido de una litera en lo alto de los malos pasos del Leybach.

Pensó en las noches de juego, al *piquet*, a la *primera*, vociferantes entre tintineos de copas y de monedas.

A medianoche llegaban los sirvientes vestidos con calzones a media pierna y medias hasta las rodillas para el recambio de las velas, Maria Carolina espiaba de vez en cuando entre dos puertas… ¡Largo de ahí! Sin lugar a dudas Carolina le traía desgracia. ¡Ay de ella si durante la partida se hubiera permitido presentársele delante sin cubrirse la cara con un abanico!

El dolor se había puesto ahora en marcha, parecía haber tomado una decisión. Era como si un ejército de minúsculos ciempiés se le paseara bajo la piel del cráneo. Se había puesto en marcha, quién sabe adónde quería ir. Pero los diamantes, los rubíes… Había sido hermoso verlos resplandecer esparcidos en el fondo oscuro de un joyero, antes de regalarlos. Alhajas, adornos… Recordó, se esforzó en recordar el tesoro que se había llevado consigo en la época del

primer embarco, muebles, perlas de la corona, las cosas más hermosas del Reino. Y recordó los espejos, las sedas, los perfumes, las porcelanas. Intentó, en el recuerdo, volver a asomarse desde un balcón sobre una multitud extasiada, mientras se alejaba fragoroso sobre los adoquines el galope herrado de los caballos bereberes lanzados a la carrera…

Ahora las tropas del dolor habían acampado en un punto, estaban excavando una trinchera…

¡Qué joven era cuando, después de una cacería, enumeraba las cabezas abatidas, liebres, faisanes, perdices, becadas, antes de convertirse en un crápula e irlas a ofrecer en la plaza pública como un vendedor! Buena vista se precisa para disparar. Hay que darle a la pieza en el comienzo del lomo, nunca en el vientre. ¡Bien lo recordaría el príncipe de San Cataldo, que a partir de entonces dejó de frecuentar las cacerías del rey!

El rey abrió los ojos de par en par en la oscuridad. Cuánta gente muerta, qué solo estaba. Menos mal que se había calmado la tos. Pero el dolor persistía, condensado en una especie de globo de luz, una araña de mil fuegos sobre un torbellino de cosas danzantes. Se adormeció durante medio minuto y fue entonces cuando volvió a ver el poste de la cucaña, uno de aquellos, untados de grasa, por los que el populacho trepaba en el carnaval para coger en su cima trofeos comestibles o de cenizas. El mismo pensó un par de veces en trepar. Las manos y las piernas perdían sostén, se sentía caer como aquel mediodía en la Favorita el barbián que cantaba. ¿En aquella caída —pensó—, en aquella derrota, estaba la imagen de su vida?

Y la historia, ¿qué diría de él la historia?

De pronto el dolor se hizo intolerable.

La pobre, la estúpida historia… Una vena se le rompió en la cabeza. Sintió, antes de no sentir ya nada, una crepitación dentro del ojo, como cuando un cuchillo desgarra un velo. Luego por mil puertas irrumpió y le invadió una ola enorme de oscuridad.

Don Cario Ciavarria había oído toser dos veces al rey a eso de las seis de la mañana. A las ocho, no viéndole levantarse, llamó discretamente. Al no recibir respuesta, se atrevió a entrar.

El rey —palabras de Pietro Colletta— yacía entre las mantas y

las sábanas desordenadas, envuelto en ellas de tan extraña manera que parecía haber sostenido un prolongado combate. Una sábana le cubría la cabeza, y aquel embrollo se ocultaba debajo de la almohada; las piernas, los brazos retorcidos; lívido y negro el rostro, los ojos abiertos y terribles; la boca abierta de par en par como en busca de ayuda o para recoger las supremas auras vitales…

MUERTE DE GIUFÀ

Historias de Giufà sé a montones. De aquella vez que vendió una pieza de tela de Holanda a una estatua… Y cuando su madre, al irse al sermón, le dijo que cociera cuatro habas, y él lo tomó al pie de la letra y puso cuatro en el fuego; luego, para probarlas de sal, se las comió… Y cuando una noche, mientras protegía el granero de los ladrones, les puso en fuga hablándose y replicándose a sí mismo, que parecía un ejército de carabineros a caballo…

Os contaré su muerte…

Giufà entornó los ojos, los cerró. Así sentiría menos hambre. Conocía desde hacía mucho tiempo el secreto de adormilar el hambre, desde cuando, de muchacho, había comenzado a sentirla como una bestia intrusa, una zorrita que le roía por dentro, aunque hubiera bastado un silbido para alejarla. Un silbido o bien una nana a sí mismo:

Giufà, dormi. Giufà, fa' «a vovo».
Stu figghiu è beddu e dormiri vò… **[6]**

hasta que le cayera sobre la cabeza el peso del sueño, una capa de pez negra, algo desgarrada aquí y allá por los resplandores de una visión: bien de un puchero de habas, bien de una anchoa salada, bien de un higo chumbo que coger al paso, esquivando las espinas, con mano astuta y callosa como mano de viejo…

Así durante años y años, alimentándose de aire. Pero ahora es realmente viejo, Giufà. No hay espejismo que valga para engañar a la zorra gris que le mordisquea la barriga…

¿Qué esperas, pues, Giufà? ¿No acabas de oír el revoloteo de un gallinero aquí al lado, detrás de esa tapia? ¿No has oído alzarse en

la sombra el halago de un cacareo?

Giufà se desliza fuera de su refugio. La oscuridad es todavía densa, por lo que se ve desde el ventanuco del pajar. Es la hora en que en la granja todos duermen, propicia a los robagallinas, pero Giufà procede con prudencia, un pie tras el otro, con fatiga de las rodillas y una falta de aire en el pecho. Hace mucho tiempo que le pesa esta vida peregrina de subir, bajar y arrastrarse, y comer polvo de senderos, y beber agua de artesas como los cerdos; con dormidas a la buena de dios, que no sabes cuándo comienzan y cuándo las romperá en el mejor momento una horquilla de campesino. ¿Cuántos años? Al contar, Giufà se hace un lío con los dedos. Serán más de tres ventenios, sus años, todavía era un muchacho cuando pasó Garibaldi…, todavía andaba por la primera barba cuando vio matar a tiros al bandido Salibba entre los alcornoques, con un bastón de cerezo en el puño y un perro al lado, que le lamía la sangre de la cara… Bueno, a fin de cuentas tampoco ha sido una mala vida, tal como le ha tocado vivirla, de estación en estación con lluvias y soles, calores y hielos, por eras de los campos y callejas de los pueblos, con tantas voces de hombre que ahora vuelven a susurrarle familiarmente en el oído. Qué amoroso sonido tiene la voz humana, qué concierto amoroso es la vida, ejecutado por una banda de miles y miles de instrumentos, susurros de alas, gorgoteos de torrentes, viento nocturno entre las casas…, un concierto de crepitaciones, bramidos, jadeos, gañidos, un concierto que es de hombres y bestias, de tierra, aire y mar, pero que finalmente es la música misma, inefable, del vivir… Sólo las estrellas no hacen ruido, refulgentes y exangües, en lo alto, como las alhajas en el cuello de la Virgen de los Dolores, cuando se alza sobre las cabezas del pueblo enlutado y balanceándose las surca como una barca entre las olas.

Dicen que Giufà es corto de entendederas, pero no es verdad, o sólo es verdad a medias. Es que él cree a pies juntillas en la evidencia y en la inocencia de las palabras: si designan una cosa, para él es eso, ni más ni menos. Sin los viciosos ropajes con que el hombre lleva siglos revistiéndolas. Así que, cuando le ordenan «cuatro habas», cuece precisamente cuatro, cuando le recomiendan

que tire de la puerta al salir, obedece gustosamente, y tira, tira, hasta el punto de arrancarla de los goznes y llevársela consigo…

Lo mismo con las causas y los efectos, de los que sólo descubre los nudos contiguos, mientras se le escapa la trama: si lleva el asno a beber y ve la luna que se reflejaba en el pozo desaparecer dé repente, culpa al asno de habérsela bebido y le pega hasta que la luna se libere de su nube y vuelva a brillar en el agua. «¡Ya te decía —se pavonea entonces con el asno— que te la haría escupir!»

¡Cruel, irónica juventud! Son fábulas, éstas, que las muchachas se cuentan para reír mientras tejen hilos de esparto en los umbrales de las casas. Porque si ven pasar al viejo con su uniforme harapiento de soldado sin bandera, le llaman, le azuzan, escandalosas, con discursos de amor y besos, le regalan al final, como única indemnización, una rosca o una torta de miel. Lo justo para matar el hambre por una noche, pero que no le ahorrará tener que volver mañana a su antigua guerra de engaños contra guardianes privados y capataces. Sin saber, Giufà, que guardianes y capataces fingen ahora no darse cuenta de sus menudos latrocinios de vagabundo y le dejan realizar a placer sus correrías durante la benévola ceguera de la noche…

Como esta noche en que todos se han quedado en vela, en espera de que pasen los corredores de la Carrera. Grande, aquella de la que quien sabe leer se ha informado sobre los muros, de Termini a Buonfornello. Con las más fulminantes advertencias de no dejar por la carretera ningún ternero suelto, ningún niño sólo, de no exponerse en las curvas al paso de los coches; de preparar vendas para los infortunados y auxilios de pan y vino para los soldados ciclistas.

Giufà no sabe leer, no sabe nada de la carrera. Su sentimiento se dirige por entero a una gorda gallina y a un huevo caliente en la oscuridad. Se arrastra por el terreno hacia ellos, penosamente, deteniéndose cada vez con mayor frecuencia a medida que se acerca al gallinero. Con el corazón latiéndole como un tambor, ahora que una silueta de guardián se ha recortado contra el cielo, fantasma inesperado en cazadora de rústica lana, con el fusil bajo el brazo y una cantimplora en bandolera.

Pasa media hora y a Giufà le parece jugar a policías y ladrones. Luego el guardián se aleja sobre una mula enjaezada. A partir de ahora conviene apresurarse, aprovechar el armisticio. Un dedo de azul más suave que ha asomado por el borde del horizonte significa que la mayor parte de la noche ya ha pasado. Hay que darse prisa. Giufà da dos saltos más, de pocos pasos, luego el último que parece eterno, con un jadeo de cansancio y alivio. Ahora ya está, los dedos sabrán ser silenciosos como siempre, terribles, veloces.

Ya no es noche, día todavía no es. En el mar, doblando el diente de Punta Scorsone, se despliegan grandes velas en la lividez del crepúsculo como pálidas alas de arcángel. El ojo apenas las divisa sucias de escarcha y de niebla como van, a ras del agua. Giufà reposa detrás de una zarzamora, con tres huevos en un pañuelo y el peso de una faraona estrangulada que le hincha la pechera. Mientras descansa piensa, e invaden su pensar figuras lejanas, las muchachas de su juventud, cuando iban de dos en dos, ceñidas en capas de sayal, y cuchicheando como gorriones; y las otras, más maduras, con la mirada penetrante, como una lezna en la rendija del chal. La viuda Arcidiacono, por ejemplo, le viene a la mente, la noche que le llamó a segar la cizaña delante de la cancela y al final le cogió de la mano, le quiso en casa encima de ella, le regaló incluso una onza de plata. Una diablesa desnuda y blanca, Giufà todavía tiembla pensando en ella, aunque con languidez, ahíto de placer en la sangre, por aquel resplandor de su carne, gorda y desnuda en la cama como una vaca, y majestuosa en la tajada de luna que entraba por la claraboya, mientras a él se le cerraban los ojos, *Giufà, dormi. Giufà, fa' «a vovo»*, y ella balbuceando le besaba toda la cara y le daba golpecitos en la espalda con el puño…

Había una luna sobre Girgenti, aquella noche, había una luna…

Ahora el viejo Giufà está echado detrás de un arbusto y ya no sabe qué hacer, ahora que ha repasado por entero el jubileo de su vida. Esperando que despunte el alba, la carretera, detrás del arbusto, es invisible, pero parece habitada, sacudida por cascos extraños. Quién sabe qué, algo pesado, de vez en cuando la hace vibrar. Giufà ha oído hablar de esos carros de hierro que corren solos sobre cuatro ruedas, sin mulo o caballo que tire de ellos; y

hacen ruido, y despiden relámpagos. Una vez vio uno, un día de feria, bajar como una exhalación por las curvas de Biddini, una reata polvorienta y llameante, que llevaba en su interior una cabeza llena de gafas y coronada de cuero: el diablo, ¿quién sino él?

Un mismo fragor y luces iguales cree ahora oír y ver Giufà, apoyando en el suelo la oreja y espiando entre el follaje, aunque de su oído y de sus ojos se fíe muy poco, de un tiempo a esta parte…, él, que sabía cada primavera, echado cuan largo era en el prado, advertir el crujido de la hierba que crece, acertar de lejos con una piedra al serpenteo de una lagartija. Pero los días pasan, la barba ha encanecido, cómo has cambiado, Giufà…

Giufà se asusta del alba que tarda en nacer, de la noche feroz que zumba y se resiste. Bebe las tres yemas, una tras otra, acariciándolas primero entre la lengua y el paladar; pero el suelo que salta bajo los pies de las máquinas móviles, la corriente de torvo calor que despiden y llega a este lado del arbusto como una breve respiración de fiera, y el silencio estupefacto del campo entre una y otra pasada… Bueno, a Giufà le parece que toda la tierra está mal y grita por los dolores de un parto que llega. Peor que el terremoto del pasado año, que fue cosa de la naturaleza. Mientras que hoy son los hombres quienes se hacen daño a sí mismos…

Giufà nota que la gallina robada está perdiendo calor contra su pecho. Para desplumarla y cocerla hacen falta un cuchillo, unas cuantas ramas para arder, dos varillas cruzadas que sirvan de espetón. Un armamento que el viejo, aun con la cabeza llena de pájaros; sabe dónde encontrar: en la caseta abandonada de peón caminero, allí enfrenté, al otro lado de la carretera principal. Se incorpora entonces, soñoliento, para dirigirse a ella. Salta el arbusto, posa los pies descalzos en el firme de la carretera, para asombrarse y detenerse de repente, cegado por dos faros que se le echan encima, surgidos de la curva vecina, inesperadamente. Entiende que debe escapar y por un instante lo quiere, pero se siente cercado por aquellos ojos, buscado. Entonces corre hacia el enemigo y no sabe por qué, corre hacia el diablo con los brazos abiertos (Giufà, párate, ¿adónde vas?, ese ingenio de hierro no te pertenece, lo han inventado los otros contra ti, contra tu felicidad rústica…), corre hacia el diablo sin santiguarse, siente con ira y estupor que las cuatro patas se le suben encima y le aplastan el

pecho, le quebrantan los huesos, le desmigajan, junto con las costillas, el botín de una gallina, oculto entre la piel y la camisa…

Era el 6 de mayo de 1906, día de la primera Targa Florio, pero Giufà ¿qué sabía?

LA VENGANZA DE «PINZAS»

Que don Vincenzo (Vincenzulu, ’Nzulu) Incardona, llamado «Pinzas», hombre enteco, feo, y de pocos caudales, se hubiera casado con la hermosísima Aida, era un hecho. Uno podía asombrarse, escandalizarse, pero el hecho ahí estaba. Sólido, imborrable. Legitimado por los fatídicos actos religiosos y civiles: intercambio de anillos, bendición del padre Giustino, certificado del alcalde para exhibir a petición de las más incrédulas recepciones de hotel, insulares y peninsulares. Un pacto todo lo dispar que se quiera, pero en paz con César y con Dios. Como tantos otros que se hacen en el mundo.

«’Nzulu», llamó Aida, y se asomó a la habitación con toda la soberbia de sus miembros, 57 kilos de carne suave y blanca, radiantemente rosada aquí y allá por un ímpetu de la sangre que la irrigaba, pero coronada por un bosque de feroces rizos color ala de cuervo. Él levantó la mirada del café con leche: miope, adoradora, brillante de sacrificio y pasión. Así la había persuadido en su momento: con esa mirada de perro, implacablemente servil. Como si a cada instante le ofreciera sobre una bandeja el alma, la vida entera. Dispuesto a saltar al vacío sin preguntar por qué. Y a matar, naturalmente, sólo con que ella le susurrara un nombre al oído. Aunque vaya espectáculo, «’Nzulu» Incardona empuñando un arma, él, que era tan torpe en todas las acciones de su jornada… Salía a primera hora con la bolsa del correo en bandolera, sobre una bicicleta desprovista de cubrecadena, e inmediatamente necesitaba que alguien le desenredara de los dientes de la cadena el borde de los pantalones. Hasta que se le ocurrió sujetarlos con unas pinzas de ciclista, con el resultado de que los niños le corrían detrás gritando sin respeto: «¡Pinzas, pinzas!», indiferentes, como es propio de los

niños, a la mueca de pena que le asomaba bajo el sudor y el polvo de las mejillas.

Una auténtica vergüenza, en suma, y en menoscabo de la seriedad del servicio, como deploraba en el Círculo, desde su nube de humo, el jefe de correos Sciveres, el cual, después de haberle trasladado una semana a la ventanilla de los telegramas, y haber recibido contra el sedentario muchas más reclamaciones que contra el itinerante, había tenido que decidirse finalmente a devolverle, con el uniforme viejo y una bolsa nueva, las funciones de antes.

«'Nzulu», llamó pues Aida, y él alzó la cabeza, le juró con los ojos obediencia, le dijo con los ojos: «Estoy aquí, soy tuyo, haz de mí lo que quieras». Y no quería poco, Aida, o por lo menos lo habitual, que era bastante: poder elegir en el montón de cartas que él llevaba a casa antes del reparto los dos o tres sobres que le parecieran más prometedores; y abrirlos al vapor, leer, cerrarlos en un santiamén. Por diversión y locura, venenoso placer del espionaje. Y con un sentimiento, ante la idea de poder ver y saber sin ser vista, tan arrobador, como para dejarla atónita todo el día, como después de un delirio amoroso, uno de aquellos en los que caía cada sábado en los bracitos de él, cerrando poéticamente los ojos en la oscuridad, y transformándole en sus adentros en un hombre más hombre, un actor, por ejemplo, que había admirado poco antes en la pantalla del cine Odeón: Nils Asther, Ronald Colman… Hasta que descubrió, durante un paseo bajo las palmeras de la avenida, una más sabrosa y próxima correspondencia en las miradas y en los bigotitos del guardia municipal Nené Bocchieri.

«'Nzulu», volvió a llamar Aida. Esta vez el nombre sonó una octava más alto y solicitaba más obediencia, de acuerdo con un ritual ya establecido desde hacía meses entre ellos: que él desapareciera, dejándola a solas con su vicio. «Porque —explicaba la mujer— ojo que no ve, corazón que no siente. Tú no debes ver nada. Tú, si se descubriera cualquier cosa, tienes que poder jurar que no sabes nada, no has visto nada». «Vete al baño», ordenaba enfadada, cuando el marido permanecía, excomulgado, mirándola, con el café con leche intacto delante. Porque «'Nzulu» se sentía en cierto modo celoso de aquellas emociones exclusivas y habría deseado participar apaciblemente en ellas, no tanto por curiosidad de secretos como por una ingenua necesidad de connivencia con

ella.

Pero también esta vez obedeció sumisamente, salió de la habitación. Contento porque al rato Aida volvería a llamarle y él volvería a ver en sus ojos el habitual resplandor de leticia y triunfo, y aquella llamarada escarlata en las mejillas, como después de un beso robado. No sabía «'Nzulu» qué comercio estaba en marcha en perjuicio suyo, a través de sus propias manos. Un engaño fácil y tranquilo que había inventado Aida, limándolo empecinadamente en el pensamiento hasta llegar a convertirlo en un engranaje infalible: el guardia municipal metería en el buzón, dirigiéndolas a sí mismo, misivas destinadas a la mujer. Ella sustituiría las hojas con otras suyas de respuesta, apasionadísimas, y empapadas de lágrimas, gemidos, risas, juramentos en nombre de Dios. Y a «'Nzulu», ay, le daría el papel del ignorante correo amoroso. Sin despreciarle, sin embargo, porque, a su manera, Aida no dejaba de tenerle afecto. Como a un objeto o indumento que ha envejecido con nosotros, un despertador, un jersey, y que, cuando lo tiramos, nos deja una espina de pena clavada en el corazón.

Pues bien, ¡qué encendida carta había escrito Aida al guardia esta vez! Y con qué estremecimientos de paloma volvió a cerrar el sobre, mientras en el camarín contiguo se oía el honesto enjuague, los carraspeos y el *Rigoletto* silbado que eran los estribillos de la *toilette* de «'Nzulu». Con qué estremecimientos. Puesto que esta vez se había decidido a dar el paso decisivo y en su mensaje daba al hombre una cita. Mañana, en su casa, después de la salida del marido, que no regresaría de su periplo antes de la familiar campanada de mediodía.

Quiso la fatalidad que «'Nzulu» en una curva cerrada frente al portal del molino de San Giuseppe, resbalase sobre el agua de la lluvia reciente y fuera a dar con el velocípedo, contra un parapeto de sacos. Gran fortuna, gran infortunio. Se levantó ileso, en efecto, apenas algo lastimado en la rodilla y enharinado, pero la bolsa se abrió en la caída y todas las cartas se esparcieron. Gran gracia, gran desgracia, ya que una irónica mano las recogió del charco y quiso la fatalidad que la más perjudicada y enfangada de todas ellas resultara la enviada por Nene Bocchieri al señor Bocchieri Nene; y que «'Nzulu», creyese conveniente remediarlo sustituyendo el sobre por otro nuevo, después de haber calcado con su mano la dirección;

y que, al realizar la operación, del primer sobre escapara un rizo, de un color que el cartero se sabía de memoria; y que una rápida investigación descubriera no sólo en aquella prenda de amor, sino en la familiarísima caligrafía, y en la firma descarada de Aida, las pruebas de una traición que habría hecho ruborizar a los ángeles del cielo…

Cuentan (en los pueblos del Sur no hay verdad que no se asemeje a una fábula ni fábula que no sea verdad) que «’Nzulu» Incardona pasó una hora paseando arriba y abajo por el patio del viejo molino, hablando y gesticulando a solas. Que después, montado de nuevo en la bicicleta, efectuó de calle en calle su reparto con singular y discretísima calma. Que después volvió a casa y fingió hasta la mañana siguiente mansedumbre e ignorancia. Pero que al alba, apenas salió para su recorrido, se apostó detrás de una esquina, esperando a que el guardia se metiera en la trampa. Y que, armado de clavos, tablas y martillo, selló férreamente la puerta de la casa, al tiempo que convocaba a grandes voces a vecinos y lejanos, para que no dejaran de ver a los dos amantes prisioneros, que habían salido al balcón a pedir piedad. Y que finalmente, riendo y llorando, más agazapado sobre el manillar que una Binda o un Learco Guerra, salió disparado del pueblo, pasando por Mazzarrone y Dirillo, hasta el dique de Licodia, a arrojarse al agua como una piedra, no sin haber dejado antes en el pretil del puente una pobre pinza de ciclista.

CIACIÒ Y LOS TÍTERES

El cementerio de los paladines estaba en un rincón del desván, en el almacén de doña Ignazia. Yacían amontonados allí arriba, con los yelmos de lado como gorras de mafiosos, las narices mostrando el cartón piedra, los esqueletos de madera asomando por los desgarrones de las ropas.

Nuevo en el lugar, Ciaciò adelantó cautelosamente un pie, manteniendo el otro en reserva, pegado al escalón superior, mientras aguzaba la vista para vencer la oscuridad del recinto. La vela con que se ayudaba no le bastó, sirvió más un resplandor de luna, que se colaba por una rendija del techo, para desvelarle los cuerpos y los rostros, toda una confusión de poses acrobáticas y trágicas, la misma escena, casi, de poco antes en el teatro, en el valle de Roncesvalles, sólo que ahora no se trataba de muertes dolorosas, manipuladas por el impulso de los hilos, sino de una catástrofe inerte, sin gloria y sin remedio.

«Títere yo también», se apiadó el muchacho, sintiendo en la nuca el pinchazo del gancho de un hilo invisible…

Le distrajo un ratón, salido de un turbante de sarraceno, un atrevido ratón dotado de bigotes grises, que se detuvo a tres palmos de su zapato y comenzó a observarlo con crítica condescendencia. No había por qué darle facilidades y Ciaciò se decidió a entrar, no sin antes haber olisqueado el aire para catar su calidad.

Era bueno, perfumado por un aroma de melones tan punzante como para dominar el hedor del animalito. A melón, pues, olerían esta noche sus sueños, ya que, con ratones o sin ellos, aquí era donde le tocaría dormir, mientras el maestro Rutilio ya roncaba en la cama de doña Ignazia…

Aguzó el oído: el estruendo de aquel ronquido subía por la oscuridad y parecía el rugido de una fiera. No le parecía bien que lo oyera también Ninfa, desde su exilio en el hueco de la escalera;

doña Ignazia habría hecho mejor, en aquellas circunstancias, enviando a su hija al campo…

Una gota caliente le quemó la mano, ya era hora de descansar. Dejó en el suelo la vela, pegándola con un poco de cera, luego se echó vestido sobre el jergón de crin, subiéndose la manta hasta más allá de la barbilla. No era la primera vez, había dormido muchas noches así, desde la época del orfanato, entre ratones y sartas de melones colgadas, en los desvanes, graneros y cuchitriles de todas las circunscripciones de la comarca…

Miró al ratón, que había seguido inmóvil sus movimientos. «Malacarne», le llamó en voz baja, en memoria de aquel otro, una oveja blanca, que le había acompañado durante años, cuando decía la buenaventura de puerta en puerta, antes de hacerse aprendiz del titiritero Billirè…

«Malacarne», repitió una vez más suavemente, para iniciar una conversación, pero el ratón no pareció oírle, dio una breve media vuelta y corrió sobre sus patitas a ocultarse bajo la capa del rey Agramante.

Rutilio e Ignazia, Billirè él, Badalamenti ella, se conocían desde niños, servían en la misma finca. Y había sido ella, que todavía no tenía trece años, la que le azuzó, le encaró, contoneándose delante de cada seto, vestida a medias, polvorienta, risueña e insolente, con aquellos dos membrillos de carne que le endurecían el pecho, y una flor amarilla entre los dientes. Hasta que él se le echó encima, «¡Ay madre, ay madre!», en busca del placer se retorcía de pies a cabeza sin saber qué hacer, mientras que ella, que no sabía más, extraía no obstante gestos, palabras y gemidos de su remota despensa de ciencia infusa, instalándose justo debajo de él, en un duelo y entrelazamiento y aleluya de la sangre de los que no podrían recordar después ni la duración ni cuándo había comenzado y terminado. Sólo que, a partir del día siguiente, al encontrarse, intercambiaron miradas de hiel, comenzaron a evitarse, se arrojaban piedras desde lejos. Después Rutilio se fue al servicio militar, Ignazia se casó precozmente. Se reencontraron, treinta años después, un mediodía, ambos viudos, porque él había llegado a Spaccaforno a ofrecer un espectáculo con sus títeres, y buscaba un

almacén para alojarse durante la noche, y la había reconocido en la puerta principal, en actitud de dueña adusta, pero con los flacos miembros oscuros, el movimiento de caderas y los mismos ojos negros de antes, por lo que, mientras todavía estaban en la calle, sin fijarse en la hija de ella que miraba, le había metido la mano bajo el vestido…

A partir de aquella vez adoptó la costumbre de dejarse caer en su casa siempre que podía, por una noche o dos, para reponerse del cansancio, de los calores y los fríos, de viajes por ferias y fiestas, de una punta a otra de la isla; y para dejarle en depósito los muñecos rotos, las cabezas de recambio, las piezas sueltas. Arriba, en el desván del almacén, como en un arsenal de retaguardia, una especie de depósito auxiliar a lo largo de la ruta de una caravana. Ahora las mujeres esperaban estas etapas con avidez. No sólo Ignazia sino también la hija Ninfa. La cual crecía furiosamente día a día, con miradas y gestos maliciosos, cada vez más parecida a la madre, labios y narices entreabiertos ante cualquier ventolera de olores y pasos masculinos que le llegara por la ventana.

Ciaciò se revolvió en su jergón de crin, se frotó con un dedo ambos párpados. La cena había sido abundante, pasta con jugo de sepias y empanadas de conejo. Y un pastel, al final, chorreante de chocolate, que parecía disolverse en la boca junto con la lengua, reforzando en cada bocado el recuerdo del anterior. Sin contar aquel vino añejo, un Cerasuolo oscuro y fuerte, que ahora, sin embargo, pesaba en los miembros de Ciaciò, mientras daba vueltas y vueltas, con la película de la velada en los ojos: los dos viejos, golosos de la comida, pero más aún el uno del otro, que se tocaban bajo la mesa, y Ninfa, excitada también ella, que bebía como una persona mayor y no se cansaba de preguntar: «¿De dónde venís, dónde habéis estado, cuándo vais a Catania?»

Después el maestro Rutilio había comenzado a contar el nuevo episodio que estaba preparando para el estreno en la ciudad, y había mostrado el cartelón pintado en ocho casillas coloreadas, con la historia de la dama Rovenza, de cómo juró vengar la muerte de su hermano Oldauro y asedió París, y era invencible, hechizada en todas sus partes, salvo (el titiritero había bajado la voz, y miraba de

reojo a Ninfa, con el tardío escrúpulo de turbarla), salvo en su naturaleza de mujer, en la inalcanzable ingle; y de cómo Rinaldo se fingió cadáver en el campo de batalla, esperando que ella pasara revista a los enemigos muertos, y de abajo arriba le hundió de repente el arma en aquel punto. Brotando de él gran meada de sangre negra y de muerte… Y aquí Rutilio se había echado a reír a mandíbula batiente, sin poder contenerse, mientras Ninfa bajaba los ojos e Ignazia le golpeaba el vientre con el puño y le decía: «¡Qué gracioso eres, qué gracioso! Vamos, vayamos a dormir que es tarde».

Esto, ahora, provocaba un alboroto en la mente de Ciaciò, entre vigilia y sueño, y sueños agitados, intercalados de efusiones de aire liberadoras, que al olor de los melones, delicadito, mezclaban un ajo más vigoroso y en cierto modo calentaban la apelmazada frialdad del desván.

Con este ánimo pasaba las horas el muchacho, cuando un trompetazo le llamó por su nombre. Desorbitó los ojos en la noche: una claridad de amanecer, semejante a una lividez de luna que manara de las resquebrajaduras de la bóveda, flotaba sobre su cabeza. Tibia agua, tibia luna, sin embargo. Aunque ya fuera mediados de septiembre y él ya hubiese sentido antes el aguijón precoz del otoño, como una finísima punzada de cuchillo entre las costillas.

Tibia agua, tibia luna. Y Ciaciò nadaba en ella con débiles brazadas, tan débiles que le parecía no avanzar un metro sino quedarse allí, entre dos aires, en un torbellino tierno y tranquilo, oscilando como uno de sus muñecos, encadenado al mismo hilo. Había paz, ahora, aunque turbada por un ligero crujido, como de pies descalzos que subieran con cuidado una escalera. Un soplo de nada, una respiración cautelosa. ¿O era más bien un suspiro?

No tuvo tiempo para dilucidarlo, la trompeta había pronunciado de nuevo su nombre, y él comenzó a seguirla, corriendo por los infinitos pasillos de nubes, rozando con los pies los copos lanosos, los blandos racimos de los cirros, apartando saetas y estrellas con una mano. Una barba de Padre Eterno apareció y desapareció por una claraboya de azur, como un letrero de estación por una ventanilla. Ciaciò justo acababa de recoger la sonrisa cuando la trompeta volvió a atronarle los oídos, le empujaba evidentemente a

una cita.

«¿Qué sucede?», se preguntó, aunque deseara confusamente quedarse sin respuesta, le gustaba resbalar así, sin encontrar aristas ni durezas, por el interior de un embudo de húmeda y misteriosa felicidad.

Duró poco. Ahora el terreno era firme: un sendero de bosque que sus pies percibían sólido bajo los montones de hojas caídas. Un bosque bueno para cacerías, para singulares contiendas. Donde la trompeta resonó con mayor fuerza, insostenible, más un anuncio del Juicio que un son de caza. Y Ciaciò vio descender muy lentamente y tomar tierra en el centro del calvero, gigantesco, enjaezado de oro y de plata, y tocado como un soberano, al caballo llamado Hipogrifo.

Una bestia. ¿Sólo una bestia? Ya que, bajo el trofeo del penacho y de las historiadas anteojeras, los ollares languidecían con una melancolía casi humana, mientras los coletazos en los ijares, y las coces contra el suelo, querían, a su manera, expresar sin duda un pensamiento.

Qué hacer, Dios mío, Ciaciò no sabía qué hacer. El caballo parecía interesado precisamente en él, querer decirle algo. Quedó claro cuando, removiendo a su alrededor el aire con paso majestuoso y pacífico, acudió a arrodillarse a sus pies, dando a entender que le quería sobre el lomo como conductor y dueño.

Qué hacer, Dios mío. El Hipogrifo se había engalanado mejor que un santo patrón, refulgía de tachuelas, tintineaba de cascabeles. Plumas de faisán le enriquecían, rojas y verdes, el occipucio; una gualdrapa con arabescos le caía de la grupa; clavos de cobre, estrellitas, galoncillos, dentículos, rosetas, cintas, chapas, esparcidos por todas partes, del cabezal a la cincha, le sepultaban casi los miembros. La crin, ahora que se había arrodillado, flameaba con un movimiento que parecía de león; mientras las alas, aunque plegadas y flojas como velas de embarcación, tremolaban de vez en cuando bajo la mano que las acariciaba, instigadas bajo la piel por una eléctrica impaciencia de vuelo.

Ciaciò no sabía qué hacer, la tentación era grande. Acariciaba al corcel, le hablaba, le sentía dócil, voluntarioso. Pero apenas se había insinuado su pie en el estribo cuando un grito de socorro le detuvo, de una Angélica desmelenada que escapaba entre las plantas, perseguida por un infiel de negra insignia, el famoso

Gattamogliere. «¡Caballero cristiano! —gritaba la bella a Ciaciò—. ¡Ten piedad de mí, mísera cristiana de muy gentil linaje!» Y así diciendo cayó delante de él, mientras el moro se aproximaba. Ciaciò le esperó a pie firme, con los labios ya henchidos por una parrafada que se sabía de memoria, la de Rinaldo, que había escuchado tantas veces en la voz del maestro Rutilio, mientras él le sostenía el taburete bajo los pies e iba aceitando las poleas tras las bambalinas del barracón. Y la había canturreado y cantado hasta la saciedad, en los atardeceres de junio y de julio, cada vez que el titiritero desenganchaba los mulos del carro y se adormilaba bajo las varas, después de un atracón de sardinas y pan. Mientras él, Ciaciò, prefería quedarse sentado en medio de la familia de los títeres, abrillantándolos, hablándoles, pidiéndoles inútilmente una fábula, a menos que él mismo, interpretando todos los papeles sucesivamente, se la inventara…

«Gattamogliere —declamó pues, empuñando una rama que había recogido del suelo—, eres muy fuerte con las mujeres, pero te desasosiega, presumo, combatir con un hombre». Y a la doncella: «No temas, damisela, que, aunque fueran cien como él es uno, no te tocarían un cabello, de esos tuyos de oro». Pero Gattamogliere reía: «Este quiere morir —dijo, y luego, yendo a su encuentro, exclamó—: ¿Cómo te atreves, vil marrano, a cruzarte en mi camino?»

Ciaciò se puso en guardia y el silencio creció en el bosque. El Hipogrifo, que parecía disponerse a dormir, dejando que una perezosa ondulación de los músculos ahuyentara las moscas, irguió de repente como un chopo blanco la cola y arañó tercamente con el pie el tronco de un alcornoque. Una serpiente enroscada abrió los ojos entre las espiras, y en el elevado mirador de una rama se posó un pájaro.

«Encomiéndate a tu Macone», dijo Ciaciò, poniendo en ristre la rústica pica y plantándose con las piernas abiertas en medio del camino. Pero el otro ya se le echaba encima con alegre porte de justa, como cuando se rompen lanzas contra el estafermo en las jornadas de fiesta, y desde el palco mira la hija del rey.

No le sirvió de nada: con un quite villanesco el muchacho esquivó la lanza, e inmediatamente después, con la punta de su arma, buscó el hoyuelo del cuello, donde una exigua golilla de encaje dejaba al descubierto bajo, el mentón la carne, encima de la

gorguera. No sin que el moro, sin embargo, en el instante de exhalar el alma por el gaznate, le alcanzara la mejilla con un golpe de través. Caen ambos al suelo, el muerto y el herido, pero sobre el segundo ya se inclina amorosamente la doncella, le incorpora entre sus brazos, le inunda con la lluvia de los rubios cabellos, le sorbe con los labios la herida, sin separarlos ni siquiera cuando el exánime muestra en su jadeo más rápido y en la nueva púrpura del rostro el brío y el entusiasmo de la recuperada salud…

Ciaciò se sobresaltó: una muchacha de carne verdadera estaba acurrucada contra él bajo la manta y el rayo de luna brillaba sobre su frente. «¿Me dejas dormir a tu lado?», susurró la voz de Ninfa. Había llegado sin hacer ruido, en su camisón blanco bordado de grecas rojas, que la hacía parecerse a una colegiala, y se había acurrucado a su lado. Quién sabe cuánto tiempo llevaba allí mirándole sin hablar…

Ciaciò se impresionó. La inundación de luna le mostraba una carita entre dos gruesas trenzas anudadas y colgantes a lo largo de los hombros, de donde nacían unos brazos aniñados y desnudos. Pero la voz era de mujer, ronca y gorgoteante, como para hacer pensar en las pavas que picoteaban por el corral del marqués de Scordia en los años de su infancia.

«Ninfa, ¿qué haces aquí?», sólo supo preguntar, mientras con las manos casi intentaba detener sus palabras y sustraerlas a los oídos distantes de doña Ignazia y Rutilio. Por tanto, se le acercó más, le habló con los labios entre los cabellos, en un susurro que ya era casi un beso. Ella le eludió, selvática, arisca, y al mismo tiempo consentidora, en el mínimo espacio que le restaba, entre el cuerpo del joven y la pared. «Tengo frío —repitió—, pero no me toques. Sólo quiero estar aquí al calor, lejos de aquéllos». El rencor le alteró la voz, no debía, pues, gustarle del todo la intrusión de Rutilio en la familia, aunque siempre se mostrara exaltada y contenta. Quizá, quién sabe, estuviera algo celosa de la madre…

Esto pensó el muchacho, pero de manera confusa, como confusas eran siempre sus razones, recorridas por un estremecimiento de malicia carnal, un movimiento de exultación física que subyugaba a la inteligencia, pero ahora, de todos modos,

dominado por una aprensión. Si debía arriesgarse a perder, al descubrirse la audacia de la niña, su puesto de aprendiz, volver a sus vagabundeos y ayunos de zíngaro, de una cárcel a un aprisco, sin tener nunca arte ni parte, siempre al servicio de su miseria o de amos peores.

«Vete», le suplicó con las manos. Pero ella no se alteró, le conminó por el contrario: «Cállate y duerme», con tal acento imperioso que Ciaciò cerró los ojos, hincándole únicamente el codo en el pecho para conocer su tibieza, y recayendo inmediatamente en el mismo sueño de antes: en el mismo instante y lugar, ni más ni menos. Como les sucede a las mentes inocentes, que caminan por la cresta insegura del tiempo y confunden de buen grado las fábulas falsas y las verdaderas.

Ya le tenemos, pues, de nuevo en el bosque, en brazos dé la doncella perseguida. Mientras el sol viene y va entre las frondas, simulando un deslumbramiento de doblones de oro que una mano ofrece y retira. El Hipogrifo no se ha movido, parece un dragón de guardia ante el cadáver de Gattamogliere, pero el silencio no dura, roto interminablemente por el creeeee de cigarras enfurecidas.

Ciaciò se deja coger por la música, que le mece de rama en rama, en un oleaje cada vez más manso, como cuando cesa el viento y de la resaca sobreviven apenas restos de espuma contra los escollos, debilitadas caricias de una mano innumerable…

Pero ¿entonces? ¿Esto es lo que llaman amor? Dos juntos, con los alientos mezclados hasta convertirlos en uno solo que es la misma respiración vagabunda del mar… Y este temblor, este almibarado morir y renacer y morir de nuevo de todas las raíces del corazón, este zureo de voces y lenguas en el desorden de los cabellos…

¿O bien es otra y más dura cosa, el amor: un golpe de espada ciega, el golpe traidor de Rinaldo a la dama Rovenza…?

Ciaciò se tendió en el suelo para entenderlo, pero la doncella ya se había apartado de él, se había ido junto al animal yacente, de golpe lo montó, ni siquiera miró hacia atrás. El Hipogrifo chascó las alas, no esperaba otra cosa. Ciaciò lo vio abrirse en el aire como un inmenso abanico, tuvo que inclinar la cabeza ante el soplo de su paso. Tuvo apenas tiempo de vislumbrar, arriba, los cuatro cascos que ascendían entre las copas de los árboles y refulgían al sol.

Luego el pájaro fue sólo un punto, en lo alto, que una nube acogió y se tragó.

Cuando Ciaciò abrió los ojos, Ninfa se había ido. Habían quedado los títeres, en su rincón, un pelotón de fantasmas lívidos y despatarrados. Estaba Astolfo, sin penacho y manco; Orlando, torcido de ojos y de piernas; Gano, descuartizado en tres trozos… ¡Oh, Gano, te pareces al maestro Rutilio, los mismos mostachos y la misma mirada! Pero también vosotros, Fioravanti y Rizieri, también tú, Guerino el Mezquino, cómo habéis caído del trono de vuestro valor, qué guerreros sois ahora sin guerra y sin valor…

Ciaciò recordó el osario que en cierta ocasión había visto en la iglesia de los Capuchinos de Comiso, con los santos padres y los eremitas tendidos en sus sayos de paño gris, pero convertidos en polvo de hueso, cenicientos guardianes de la nada. Así termina el valor, la palabra. Así los paladines de Francia. Así, mañana, Ninfa y Ciaciò… ¿Adónde se había ido Ninfa…? ¿Había llegado realmente a subir…? El muchacho buscó en el colchón algún hueco tibio, un cabello, una señal cualquiera. No encontró nada, el aire seguía oliendo a melón dulce y a ratón. Se pasó la lengua por los labios para reconocer en ellos una saliva extranjera. Sintió únicamente que le volvía el agror de la cena de anoche. Ahora también le dolía la cabeza, le pesaba como plomo, mal pegada al débil soporte del cuello. «Títere yo también, peor que ellos», volvió a decirse, mirando por última vez la tropa de títeres dispersa y derrotada. Luego dejó el desván, alcanzó a tientas, en la escasa luz del alba, la voz que le llamaba. El maestro Rutilio ya se había lavado y vestido, tenían que partir de nuevo, y por delante otro día que vivir.

LA SALIDA DEL ARCA

o bien

EL DESENGAÑO

A través de la rendija del casco la luz a ras del agua apareció oscura, viscosa, un fango tan denso como para poderlo tocar, si no se hubiera desparramado y roto sólo de palparlo con el ojo. Luz…, pero ¿qué luz es una luz que no es de sol ni de luna, sino una grasienta evanescencia verdeoliva, un ondeante aceite gaseoso coagulado en torno al casco de la embarcación? Daban ganas de golpearla con un remo, de pincharla con un arpón: una cosa enemiga, entre tantas nubes que surgían de los remolinos, flotando indecisas sobre ellos, desapariciones que no acababan de aparecer: pardos troncos de árboles, flotas de hinchazones ahogadas, jirones de nube negra prisioneros entre dos crestas, amenazadores espejismos…

Noé estaba cansado de abrir día y noche las pupilas entre los derrames de la tronera como en un segundo estuche de párpados; cansado de tener que mirar siempre el mismo recuadro de cataclismo desde su escarel de centinela, sin dejarse distraer nunca por el pandemónium de voces de animales y humanas que tronaba a sus espaldas…

Se había desentendido de ellos desde un principio, sin mezclarse con la descomunal chusma, ni siquiera con los más íntimos, que eran carne y sangre suyas; y menos aún con las naturalezas más extrañas, Que comieran, copularan, durmieran a placer, abajo, en la

panza del arca… Él se había acurrucado en una cofa, con sólo una escudilla al lado, adonde silenciosamente acudía cada mañana su mujer para dejarle la ración de comida y de bebida. Aquí se había alojado y velaba, grabando con un hierro una muesca en la madera, por cada día de diluvio que la Voz había anunciado. Hoy, al final de aquella noche, las muescas llegarían a ciento cincuenta.

Aunque no hubiera modo en tal circunstancia de pilotarla, la embarcación estaba hecha con todas las de la ley y Noé se sentía humildemente orgulloso de ella. Tan ágil como robusta, calafateada por dentro y por fuera, con trescientos codos de longitud, cincuenta de ancho, treinta de altura… Y despedía, azotada por el huracán, un aroma dé resina tan penetrante que convencía al corazón a persistir. Le bastaba a Noé, cuando más tenebroso estaba el aire, y más soplaban los vientos, y más parecía aproximarse el final, con echarse en el fondo de la nave, donde apenas un breve espesor resistía entre su carne y el abismo, le bastaba con respirar a pleno pulmón aquel olor de madera, que era olor de bosque y de altitud, y de vida todavía viva, doméstica e inocente, para que su corazón se regocijara. El arca era una casa, y sobrevolaba el río de tinieblas, irrisoria e insumergible como una pluma de pájaro.

Más que una pluma, a decir verdad, ante sus ojos de capitán. Más bien un espolón de montaña flotante, una fortaleza de varios pisos, con un techo de vigas cruzadas, y una puerta doblemente sellada con pez. ¡El arca! El hombre casi la amaba después de tantos días. Y para adueñarse mejor de ella, se había construido una escalera de cuerda, para trepar de un piso a otro, ágil a pesar de sus años, que eran innumerables, y siempre en movimiento, arriba y abajo, aquí observando desde una tronera la ola, cómo rugía y se movía turbulenta y hostil, y allá, desde el mirador más elevado, atado a un palo, escudriñando el horizonte, buscando un indicio de remisión. Sin descubrir otra cosa, ante sus ojos, que una amenaza y derrumbe de cataratas de plomo, murallas ciegas que sólo en el último momento se abrían frente a la cáscara de pino, para envolverla inmediatamente y jugar a zamarrearla, mientras él velaba en su cofa, oscuramente satisfecho de habitar la líquida furia, como tiempo atrás, antes de asomarse a la vida, en el lago del

seno materno.

Ahora, entre el hombre y aquel cuerpo de agua, aquella bestia inmensa, regía desde hacía ciento cincuenta días un fatídico desafío. ¿Ni siquiera una tregua, mañana? Él no sabía qué contestarse, si bien de vez en cuando, menos por tributo que por desprecio, sustraía una ofrenda cualquiera para arrojarla a la boca del enemigo, disfrutando de verla bailar por un instante girando sobre el torbellino, antes de hundirse y desaparecer…

Aguzó el oído, un tumulto de voces llegaba de un lugar invisible, a sus espaldas. Estaba claro que los tres hijos jugaban como siempre a los dados, delante como siempre de una platea de mujeres. Mientras el resto de la tripulación yacía, tanto las bestias impuras como las puras, cada pareja estibada en su gajo de celda, sepultada en una obtusa indolencia de pesadillas. Mejor así. Sabía arreglárselas solo para las escasas maniobras posibles, como había hecho en todos estos meses, contando los días y las noches, en ausencia de astros, según la sucesión del velar y del dormir, al que afortunadamente seguían obedeciendo sus miembros.

Reliquia del existir, garantía del regreso a la existencia, esta fidelidad de los miembros a la venerable tregua del sueño… No sin sueños: sueños de paz junto a un seto y una música los guiaban. Sueños de tierra, de estaciones y estrellas, como puede recordarlos un muerto. De la tierra como había sido antaño, con espigas, y racimos, brezales y el discurrir de aguas que un destello de sol hiere de repente. Sueños que eran lucecitas encendidas, lucecitas de luciérnaga encendidas en la oscuridad de una única memoria terrestre, encima de una temblorosa tabla, en poder de un océano; de una única memoria palpitante en un globo desierto, corriendo a través de los campos del silencio eterno por los que la Voz había llegado por primera vez a sus oídos…

El hombre buscó en el cielo un punto que sólo él conocía, pero sobre su cabeza descubrió únicamente una caverna de tinieblas, una grieta de ojo lloroso, de la que el diluvio parecía caer a cántaros, como una riada de lágrimas sin orillas. Era Él, Jahvé, en persona, que lloraba así por su único ojo agrietado, y Su llanto era el nimbo y la noche, el precipicio y la muerte. ¿Se aplacarían alguna vez aquella cólera y aquel dolor? ¿Volvería alguna vez a hablar, la Voz? La misma que Noé había creído escuchar una mañana, inaudible

para los demás, y en la que había percibido un juramento, una alianza, un amor…, la salvación, la resurrección, la vida…

Por enésima vez sumergió la sonda en el agua, aunque supiera que era inútil pretender medir su nivel. Elegía para la tarea las pocas pausas entre dos meteoros, cuando a la intemperancia más clamorosa sucedía la pobreza de la lluvia, aquella helada, lívida, inmutable caída… Entonces, si por ventura la nave había vuelto a derivar hacia los parajes de algunas montañas sumergidas, cuyos picos se entrevislumbrarán a través de las olas, y cuya pétrea barrera hubiera permitido en los primeros tiempos un refugio a este lado del cinturón de lagunas, si, por tanto, la nave podía rozar un fondo accesible al buceó de un ancla, el viejo arrojaba entonces su anzuelo a las profundidades, despreocupado del riesgo de encallar en una punta oculta. Como esta vez, que escuchó chirriar una juntura bajo sus pies y descubrió una lengua de oscuro mar que a través de una resquebrajadura invadía serpenteando el fondo del arca. No se asustó el hombre, estaba casi contento, porque el encontronazo significaba que la costra sólida no quedaba lejos, que una astilla de suelo terreno había rozado, aunque fuera para herirles, a sus hijos…

Era su primera reconciliación con la tierra firme, a partir del momento que desde el arca había visto desplomarse las partes más altas de una ciudad, abrasadas por el rayo, chisporroteando como hierros de forja sumidos en un barreño. Estaba casi contento, pues, y se arrancó, las ropas, las convirtió en una cuña para tapar la hendidura, la reparó con manos sabias. Después subió al techo y gritó tres veces al agua su nombre.

El día ciento cincuenta y uno Noé se levantó de madrugada. Seguía lloviendo, pero poco. El cielo continuaba negro, pero de un negro que desea arrepentirse. También el océano quería mudar de piel, cambiaba de color a cada golpe de viento, y eran ráfagas rasantes, de vehemente y generosa naturaleza, gallardos suspiros y respiraciones de Dios. Al patriarca le pareció oír en aquel viento palabras, aunque no entendiera qué decían, y sacó las manos de la cofa, y las retiró no menos secas que antes, se las pasó secas por la cara.

No quiso llamar a los hijos, no dijo nada a la mujer, sólo se acurrucó en su jaula para meditar sobre algo que ya antes le había llenado la mente sin que entendiera si era exultación o terror, una informe idea dentro de la cual se durmió. Cuando despertó y subió al techo del arca, minúsculas prominencias ya habían porfiado por salir a la luz, se las veía resurgir empapadas del universal naufragio. He aquí que dos márgenes crecen hasta contener un canal, abajo se abre un delta, más allá se ondula un banco de arena. La nave misma, pese a su alquitranada negrura, parece una cigüeña que nada de orilla a orilla y se aplaude a sí misma con las alas.

Entonces, de la misma manera que se afloja un entoldado o una vela, el techo de nubes se replegó sobre sí mismo, flechas de luz lo rompieron, un arco inmenso de siete colores se curvó de repente en el cielo. Y un sol rubicundo, desnudo, furiosamente feliz, relumbró sobre la tierra como sobre un infinito escudo de cobre. El hombre con un silbido reclamó a la paloma sobre su hombro y de ahí, con un susurro, la envió hacia las cosas.

Una mañana Noé decidió salir. La paloma había vuelto, había salido de nuevo y regresado por segunda vez. Ahora él ya no esperaba que regresara y su corazón estaba radiante. Salió con el ramo de olivo en la mano, tocó cautamente con el pie descalzo la capa de fango amarillo donde había embarrancado la nave.

Los primeros pasos fueron de borracho. Sin embargo trepó valerosamente, hundiéndose hasta las rodillas, por una cresta que, en lo alto, prometía una vista panorámica. Paso a paso ganó la cima, se asomó finalmente por una balaustrada de roca, ávido de bautizar y amar con los ojos la tierra virgen. Y la vio y la amó: sucia de óxidos y mohos, humeante de volcanes, agujereada por mil charcos pero rutilante, ¡oh, cuán rutilante, de fiesta y de juventud!

Cuando descendió, le atrajo un resto triangular de agua en una cavidad de la piedra. No le disgustó la cara que en ella se reflejó, curtida por la sal y por el viento, surcada por mil terrores. Una faz majestuosa de años, pero, al mismo tiempo, áspera y atónita, como la tierra, y no menos resplandeciente de una subterránea sonrisa. La cual se convirtió en risa estentórea, al oír el alboroto delante de la puerta del arca, donde, ya sin ley, las familias pedestres, volátiles y

reptantes salían en masa al exterior, corriendo, arrastrándose, volando hacia grutas, nidos, cubiles. Vio irse a sus propios hijos, Sem, Cam y Jafet, cada cual por su camino. Sólo la mujer callaba, de pie a su lado, y él le acarició el pelo.

«Mira», le dijo, y le mostró con un ademán la tierra, los archipiélagos, los golfos, el cristal del aire, las peripecias de los valles y de los ríos, el teatro de los horizontes. Un tufo de dulzona podredumbre se alzaba por todas partes, pero en el limo ya florecían misteriosas semillas, diamantes de gotas colgaban de las frondas, las raíces se estiraban a beberías, ojos de criaturas brillaban frescos en la hierba.

El anciano alzó la mirada al cielo, esperando. El cielo era azulísimo y vacío, y en él palidecía un irónico arco iris. Luego apareció una paloma en lo alto, su paloma, y parecía titubear con alas torpes, deslumbrada por el sol. Noé no vio el halcón, oyó únicamente un revoloteo, un chillido y una sombra blanca cayó entre sus pies y le salpicó las piernas con la sangre de su garganta degollada.

Pero ¿cómo? Noé aguzó los ojos y oídos recelosos sobre el mundo. Estupefacto y receloso espiaba el mundo redimido. Y oyó las voces airadas de sus hijos, vio una mano que se cerraba sobre una piedra, una araña que tejía entre dos tallos una tela y una mosca que zumbaba a su lado. Un lobo aulló tras un cordero, una víbora mordió un talón… Pero ¿cómo? El hombre preguntó con la mirada a la mujer y la mujer respondió con la mirada. Una lágrima recorrió la mejilla de Noé, se mezcló con la pelambre de la barbilla. El la limpió con el dorso de la mano, bajó los hombros, se puso en camino.

«Pero ¿cómo?», se preguntaba.

EL INGENIERO DE BABEL

Le veía cada día en el bar para el café de las nueve, y volvía a encontrarle por la noche, sentado ante la misma mesa de mármol, con una bolsa de libros al lado y un bolígrafo a punto entre el índice y el medio. Calvo, robusto, con los ojos pasmados, recorrido cada cinco minutos por un tic que le electrizaba la cara. Febril lector, se interrumpía de vez en cuando para anotar brevemente una frase en un cuaderno, luego recomenzaba. Un cliente sin nombre, me dijeron, pero en el bar le llamaban Robinson.

Una mañana supe por qué. Había comenzado a llover, no pude salir. Cansado de ser el único espectador de dos jubilados que jugaban al millón, me senté frente a él, me presenté. No me correspondió, me mostró en una revista recién aparecida un titular: *Volvemos a Matusalén*, y un subtítulo: *La duración de la vida humana se alarga*. Y al mostrarme yo complacido, mirándome entre indignado y compasivo, peroró del siguiente modo:

—Se alarga, ¿y qué? ¡Que os aproveche! Pero la verdadera ventaja consistiría, por el contrario, en que el universo del conocimiento se redujera. ¿De qué sirve esta longevidad, cuando en la maleta de vuestro cráneo no habéis conseguido estibar ni la millonésima parte de lo que es posible saber? Hace tiempo bastaba vivir cuarenta años y estudiar la *Historia Natural* de Plinio, y uno podía morir en paz, ahíto de ideas y visiones. Hoy son tantos los libros, las escenas, las pinturas, las músicas, los rostros, los cielos de tierras lejanas, y tan escasa la parte que nos corresponde a cada cual, como para desanimar cualquier inteligencia, cualquier apetito…

No estaba preparado para un discurso importante.

—¿Y por qué no contentarse con poco? —propuse—. Con lo

poco que los ojos y los años nos regalan. Muchos viven felices así.

Se enfadó:

—¡Felices! ¿Cómo es posible si existe en el Lincolnshire una *Salomé* de Reni que nunca verán, si nunca leerán el *Ars Magna* de Cardano, si nunca besarán los labios de la cajera Clorinda? ¿Cómo es posible ser felices si conseguimos tan poco, del todo o de lo muchísimo que querríamos?

Hablaba tan alterado que Clorinda se sintió aludida y, por si acaso, le sonrió desde lejos con la más encendida de sus sonrisas.

—De todos modos —bromeé—, la tercera imposibilidad no me parece del todo imposible…

—Entiendes sólo a medias —me replicó, pasando al tú, injuriosamente—. Por cada cajera dispuesta, hay millones de inaccesibles en las cuatro esquinas de la tierra. Aunque sólo sea por falta de tiempo, de fuerzas, de encuentros. Y lo mismo con los libros: incluso muriendo muy tarde, moriremos demasiado pronto, con las manos vacías…

Le di cuerda:

—Puede ser cierto con relación al presente, pero ¿y en el futuro?

—Peor —contestó decidido—. Dentro de cien mil años, cuando el hombre, a fuerza de vitaminas y de trasplantes consiga incluso usurpar la edad de los antiguos patriarcas, se hallará sumergido en tal mole de papel que sólo podrá alimentarse de él en dosis farmacéuticas. Una línea para Napoleón, no más, otra para Hitler, si se quiere hacer lugar a los numerosos colegas que mientras tanto habrá sabido parir la historia. Ya que hay algo indiscutible: dentro de cien mil años a los estudiantes de la época los sucesos mundiales les seguirán siendo contados en un curso de tres volúmenes, de trescientos treinta siglos cada uno, más o menos, en promedio: un siglo por página, en fin…

Nunca lo había pensado antes y la perspectiva me divirtió.

—¡Pobres políticos! —dije—. Todo el siglo veinte en apenas treinta líneas de sesenta pulsaciones… Estarán apretados me temo. En cuanto a los escritores actuales y sus probabilidades de supervivencia…

De repente murmuró, con timidez:

—Yo tengo una solución.

Luego se corrigió:

—Qué digo una solución, una miserable, prótesis, y sin embargo es mejor que nada. El libro de Robinson, quiero decir.

Le invité con la mirada a explicarse. Recobró la seguridad, se puso didáctico.

—Dime, ¿qué libros crees que Crusoe se llevará a la isla la próxima vez? O, mejor dicho, ya que su equipaje será presumiblemente de bolsillo, ¿qué único libro?

Antes de que yo llegara a hablar, me acalló con la mano:

—¿La *Biblia*, el *Mahabharata*, el *Capital* explicado al pueblo? Nada de eso, sino la última edición de un *Diccionario de citas: Dispar et unum, La Manzana de Eva, El abecedario supremo*, o como diablos quiera llamarse…

—Un centón de frases —exclamé dudoso.

—Un centón —dijo—. No hay otro vademécum o caja negra a disposición de quien quiera poner a salvo, para la posteridad de la posthistoria, una reliquia, por lo menos, de lo que el hombre ha conseguido pensar confusamente a lo largo de los siglos.

—¿Y nada más? —exclamé—. ¿La flor y nata de las hojitas de calendario? No me parece una gran idea. Me recuerda a aquel gobernador de Atizona o Nevada que no hace mucho tiempo hizo sepultar en el fondo de una catacumba de cemento armado un concentrado de nuestros dos mil años de vida destinado a los supervivientes del próximo apocalipsis. ¿Es algo semejante lo que tú piensas?

—¿Y si fuera así? —gritó—. No hay mejor tropo en la retórica que la sinécdoque, la parte por el todo; Ninguno que posea tanto poder de alusión y de ilusión. No por casualidad se utiliza promiscuamente tanto en la sublimidad de la Eucaristía como en las prosaicas recetas de la medicina homeopática… Sin olvidar la piadosa costumbre de los antiguos de sepultar junto con el muerto, como viático funerario y resumen de su vida, granos de trigo, peines de hueso y collares…

—Nuestro caso es diferente —objeté—. Se trata de exprimir, triturar, amputar miles y miles de páginas excelsas y confeccionar con ellas un estofado incomible. Prefiero el silencio a semejante balbuceo de eunucos reunidos,

Titubeó, pulverizó con dos dedos un terrón de azúcar en el platito.

—Pero mañana o pasado mañana el diluvio…

—Acabará en nada, como el de esta mañana —repliqué, mostrándole a través de los cristales el cielo que se había despejado y el seco ir y venir de los transeúntes.

Y le dejé, tenía una cita.

Me inspiraba curiosidad. Pregunté por ahí, supe que había sido bibliotecario en una gran ciudad, y despedido luego por un oscuro asunto de libros, según algunos, robados, según otros, mutilados con tijeras, incongruentemente. Tal vez fuera más exacto el segundo rumor, dado que una mañana le sorprendí en el bar recortando con unas tijeras, precisamente, pedacitos de página, incluso minúsculos, que pegaba luego con cinta adherente transparente e introducía, entre dos hojas de celofán, en uno de aquellos álbumes tamaño folio donde se conservan los proyectos de los ingenieros. Comprendí inmediatamente que también el suyo era un proyecto en cierto modo de edificación, de ingeniero de Babel, inspirado en una lógica que, si bien durante seis días me había parecido perversa, al séptimo me sedujo.

Fue cuando me permitió examinar algunas muestras de su trabajo. Una empresa increíble, lo vi en seguida, que no admitía ninguna comparación con los habituales repertorios de aforismos que, a través de fatigosas cadenas de plagios, se roban recíprocamente los mismos graciosos embustes; por el contrario, reunido a fuerza de lecturas de lo más excéntricas, un epítome de cartujo de *incipit* y *desinit* memorables, un *panopticon*, y *bric-à-crac*, y *scrapbook, merzbild, digest*, mina, mosaico y *summa* de frases, epígrafes, ocurrencias, moralejas, *greguerías, agudezas, obiter dirta, disparates, poisons, fusées, mots-sésame*, versos de oro, oráculos sibilinos…, un collage de innumerables astillas, sustraídas concienzudamente a subterráneas Postumies[7]' y a solemnes Partenones, para ser ofrecidas a nuestra impotencia a cambio de las inusuales, y ahora inconsumables, bodas con el polvo del pasado.

La primera sensación era la de encontrarse un domingo en la piscina municipal, pero acto seguido, en medio del estruendo y de la multitud, se perfilaba una intención, que era la de convocar a

declarar sobre el mismo tema, fuera éste fútil o grave, a las voces más disonantes, de Job a Karl Kraus, de Nostradamus a Paul de Kock, de modo que de allí surgiera una contradictoria chachara de espíritus en torno a una mesa no precisamente redonda, una mezcla de asamblea jacobina y de togada sesión académica, en la que *lacrymae rerum*, vituperios, plegarias, sílabas eternas y efímeros *calembours* se sucedieran de una punta a otra, devolviéndose como pelotas las réplicas de un sorprendente tenis intelectual y fantástico.

Imaginaos la heroica estolidez y paciencia de Bouvard y Pécuchet al servicio de un Montaigne, de un San Jerónimo. Imaginaos a Fausto, oprimido en su «reino de las polillas» por la amenaza de cien estantes, obteniendo de Mefistófeles, a cambio del alma, poder reducir en un solo tomo de mil páginas la quintaesencia y el misterio, la verdad y la belleza de cualquier escritura: Libro de los Libros, solitario alambique que convierte en oro macizo los infinitos ríos de tinta que han corrido en el mundo desde que alguien escribió en la arena con un dedo la primera palabra de terror o de amor…

Esto era, aunque todavía en esbozo, la obra que tenía delante y que hojeaba sobre la mesilla de mármol bajo los ojos ardientes de Robinson y el gesto sardónico del dueño del bar.

«El yo es odioso», proclamaba una ficha, pero inmediatamente después otras la contradecían volublemente: «Frase de jansenista envidioso», «La cosa más senil que jamás se haya pensado sobre los hombres», «Será odioso vuestro “yo”, no el mío. Yo al mío lo habría amado en otro. ¿Tendré que hacerme el difícil porque se trata del mío?»… Y así sucesivamente, disputando entre sí como gallinas, Pascal, D’Aurevilly, Nietzsche, Gide… Mientras en otra hoja Kafka tiraba de la manga a Baudelaire: «La creación no significa una caída de Dios. Nosotros sólo somos uno de sus malhumores, un mal día…» ¿Debía asombrarme de que bajo la voz «Luna» se oyeran, o así me pareció, los bemoles de *Blue Moon* florecer en sordina sobre los labios de un pastor errante en Asia? [8]

Robinson enloqueció cinco semanas después. De repente, como alguien fulminado por una embolia. Se presentó en el bar, que ahora se había convertido en nuestro estudio, durante las horas

muertas, entre las diez y el mediodía, y vació sobre la mesa su morral: un fajo de notas, el resultado de su cacería del día anterior. Me sorprendió el aire de vanidad triunfal y maligna con que se aprestó a la lectura de rigor. Advertí inmediatamente que se trataba de apócrifos, citas de obras inexistentes, construidas con un gusto tan exagerado por la parodia como para excluir cualquier utilización que no fuera de salón o goliárdica. Escuché, de todos modos, y sonreí, aplaudí, persuadido de que sólo había querido tomarse unas vacaciones. Pero él, con absoluta seriedad, pretendía su inclusión en el Opus, y no admitía que se tratara de falsificaciones, sosteniendo que eran descubrimientos suyos, de obras curiosas, inencontrables, ignoradas por las bibliografías. Para evitar discusiones lo acepté, pero turbado, sin llegar a entender qué se incubaba debajo de semejante extravagancia. Leía y releía sus aportaciones, que no daban respiró: «Prefiriendo a los cafés de la mujer una sustanciosa cicuta…», esto procedía, en su opinión, de un capítulo perdido de Ios *Dichos memorables de Sócrates*. Y seguía, de una *Historia del automóvil* de Tristan Tzara e Isotta Fraschini, un juego de palabras sobre Lux y Fiat qué me dejó sin aliento. También, una receta indígena, en los *Amables trópicos* de Viernes, deploraba la incomestibilidad de la carne de náufrago, demasiado fibrosa…

Quise pensar que se trataba de una broma, y le hundí un dedo en la mejilla:

—¡Estás más orondo que nunca, Robinson, amigo mío! ¿Te has comido a tu Viernes?

Me cogió del brazo y me susurró misteriosamente al oído que sí.

A partir de entonces no hubo día que no trajera docenas de semejantes insensateces, transcritas en delgadas tiras y pegadas a las grandes hojas que he mencionado. Sin sostener ya que las había desenterrado de algún archivo secreto, sino que las había soñado al clarear el día, que es indicio de verdad.

—¡Solos de olifante, telegramas de pocas palabras! —declamó de una improbable *Chanson de Roland Barthes*.

O bien pretendió imponerme el inicio de las *Memorias de un bañero* de un tal Fleba[9], fenicio:

—Moisés, Boudu[10], fue fácil, pero con Narciso no llegué a tiempo.

Entonces, a pesar de que títulos, autores y textos de su inmenso peculio se hubieran ya embrollado sin esperanza en su cerebro a modo de piezas de puzzle o de mecano enloquecido, me pregunté si no existía una ambición no ciega que dirigía sus maniobras, un esperanto que ayudaba las lenguas de los peones de su Babel. La última extravagancia, por ejemplo, en la que en aguas amnióticas chapoteaban juntos personajes del mito, de la poesía y del cine, quién sabe si no nacía de la intención de concentrar; a partir de un procedimiento avaricioso —que es propio de la creación más alta—, en el menor espacio posible, el mayor número de mensajes, como en el bridge, en la declaración llamada «Fiori napoletano…»

Sin embargo, el día que me canturreó un extracto de las *Liasons dangereuses* de Bixio y Cherubini[11], me vi obligado a romper las relaciones.

Volví a verle meses después, una mañana que llovía a cántaros, como el día del primer encuentro. Estaba al amparo de un portal de la calle del Corso, cuando pasó delante de mí. No pareció reconocerme, hablaba solo, ofreciéndose impasible a los chorros de agua que descendían de los aleros. De un bolsillo del viejo abrigo asomaba —yo tenía ojo clínico para reconocerlo a distancia— un cartapacio de los habituales, la fina balsa de papel con la que se aprestaba una vez más a desafiar el diluvio.

—Robinson —le llamé, saliendo de mi refugio, pero él no quiso oírme, siguió avanzando, sin paraguas, sin sombrero, sordo a los cláxones que bramaban contra él. Le vi saltar por el aire y permanecer allí por más tiempo de lo imaginable, antes de caer sobre el capó del coche.

—¿Cuál es el título español? —me pregunté, absurdamente, en lugar de correr en su ayuda. Pensaba en aquel fantoche de Goya que está en el Prado y que tres muchachas hacen bailar encima de una sábana; pero todavía no había conseguido recordar qué era *El pelele* cuando le vi incorporarse con un hop-la de gimnasta, frotarse las ropas y volver a caminar entre la oblicua furia de los coches, hundiendo pasos imperiosos, y haciendo volar a derecha e izquierda las salpicaduras, en el barro de los charcos.

LAS VISIONES DE BASILIO

o bien

LA BATALLA DE LAS POLILLAS Y DE LOS HÉROES

De modo que el Senado del Mundo —el que se hacía llamar pomposamente así— decidió, en un sobresalto de celo, defender del morbo por lo menos los papeles más nobles, y conservarlos seguros dentro de una fortaleza. Fue elegido el monte Athos, lugar excéntrico, inexpugnable por el lado del mar y de escasos y difíciles accesos a lo largo de la frontera terrestre. Enviaron allí, de los, archivos y bibliotecas de todos los países, en una nave calafateada y desinfectada a conciencia, las obras que a juicio de los sabios merecían salvarse y vencer el tiempo. Montones de volúmenes; pero no se podía pretender protegerlos a todos en igual medida. Así que dispersaron la mayoría por los monasterios menores, y la centena restante, la más preciosa, fue albergada en un torreón del San Gregorio, confiando su custodia al patriarca Espiridión y a sus frailes, en espera de que los químicos descubrieran un antídoto contra el invulnerable gusano.

Era, éste, una variedad de *trogium pulsatorium*, aparecida en Occidente inmediatamente después del fin de la segunda Hecatombe, y que se difundió por todas partes con tal rapidez como para hacer pensar que una Naturaleza misántropa, frustrada su intención de extinguir al hombre por medio del hombre mismo, se contentaba con corromper sus memorias suscitando contra él, desde sus propios laboratorios, este enemigo novísimo: inocuo para la

salud de los cuerpos pero criminal para los monumentos de la escritura.

Corría la penúltima década del siglo XXI; una era de pasiones ahítas, en la que el exceso de muerte había producido una comunidad y una concordia inesperadas entre los pocos millones de vivos. Los cuales, supervivientes por aclimatación al invisible tabes del átomo, no por ello portaban menos cansada y pálida la sangre; y se les veía caminar como sonámbulos, desplomándose a cada esquina y levantándose después fatigosamente; y tampoco tenían siempre despejada la mente o claro el discernimiento para lo falso y lo verdadero.

No sorprende, pues, que el novicio Basilio, propuesto por Espiridión para la custodia del pequeño tesoro y recluido con él mismo, fuera olvidado en clausura, desprovisto de ulteriores instrucciones, no menos rehén que carcelero de su tropa de fantasmas. No necesitó gran cosa para encontrarse a merced de un ocio vicioso, como el que durante los asedios suele acompañar las horas que preceden al asalto, y caer en un estado de visionaria languidez.

Con la ayuda de los hermanos Macario y Nicéforo, ya había colocado cada ejemplar dentro de una bolsa de plástico impermeable y sustituido los anaqueles de roble por otros de virtuoso metal; y también había procurado que azufres profilácticos humearan día y noche ante las puertas… ¿Y qué? Retornados los dos compañeros a las tareas de la vida comunitaria, y obligado él a una soledad de centinela, reducido a no ver nada, durante las veinticuatro horas, fuera de la mano que a través de una trampa le ofrecía la escudilla de comida, el monje había empezado a sufrir como una excomunión sus vacaciones y a sentir nuevamente bajo la piel el viejo tormento de los sentidos.

Era, Basilio, de miembros grandes, de piel aceitunada y barba oscura y espesa, bajo la cual casi desaparecía el antojo que desde su nacimiento le cruzaba la cara y que a veces, en los mediodías cálidos, parecía arder como un estigma bajo el zarzal de la pelambre. En esas ocasiones corría a hundir la cabeza en un cubo, hasta sentir casi la muerte en la garganta; y después, empapado e hirsuto, se arrojaba al suelo para rezar: último recurso, en la lanzadera inmensa de los días, del que salía extenuado como de un

desenfreno amoroso, aunque sólo fuera para sucumbir inmediatamente al otro, más abusivo, del fantasear…

Pero la mañana era la hora inocente, porque era la hora de la inspección. Cuando extraía los sobres de los estantes con dedos ligeros y los observaba uno a uno con la lente, para estudiar su salud. Alisaba los sobres transparentes, los examinaba a contraluz. Los sellos aparecían intactos, no se había abierto ningún paso a la polilla. Y, sin embargo, le embargaba cada vez la desierta tentación, frente a tantas prohibidas delicias, de saborear algunas, las antiguas novelas, sobre todo, a la luz de una linterna sorda, violando los términos de la custodia. Cedió finalmente un día, confiado en las defensas externas y en su propia y personal limpieza; convencido de que la infracción no presentaba peligros y de que bastaba un sahumerio, después de cada lectura, para mantener alejado el contagio. A partir de entonces vivir ya no le resultó tan duro, se hizo incluso dulce. Leía, fantaseaba, rezaba. Con frecuencia, las tres cosas a la vez. Así transcurrieron el otoño y el invierno.

Marzo trajo graznidos de golondrinas entre las escarpas y la fragorosa espuma del Egeo que rompía alegremente contra las rocas. Era la primera vez, al cabo de muchos años, que las estaciones parecían someterse a la disciplina de otros tiempos. A Basilio, aquellos arabescos negros en el cielo, aquel hervor blanco a sus pies, le notificaban un presagio, tal vez un anuncio, de resurgimiento. No tardaron en llegar buenas noticias de la capital del Mundo y las oyó a través de la celosía: el azote llegaba a su fin. Le disgustó, se había aficionado a las quimeras de su atril. Por lo que opuso a Espiridión, que le solicitaba que interrumpiera la cuarentena, pretextos de prudencia, pidió una prórroga que al benigno patriarca le pareció razonable. Y el novicio se quedó de nuevo y por largo tiempo consigo mismo.

A continuación se iniciaron sus visiones. Visiones, no sueños. Ya que él dormía sueños de piedra, sin recordar al despertar ninguno de los fantasmas que sin embargo debían de haberle invadido penosamente el pensamiento, pues con frecuencia, por la noche, desde las celdas limítrofes se le oía quejarse y revolverse en el jergón… Visiones, o más bien amontonamiento de sombras

chinescas sobre el muro, a cuyo tembloroso tropel —sea porque el abuso de la lectura le fomentaba una creativa neurastenia, sea porque se trataba, después de tanto silencio, de una necesidad de interpretación y de juego— prestaba una voz, una facultad de reír y gemir, un nombre. Los nombres eran los mismos de los personajes de sus lecturas: exangüe ejército de zombis, decidido sin embargo a resistir. Y estaban todos. Todos los que, quiero decir, en las páginas hojeadas febril y fraudulentamente, habían alguna vez empuñado un arma o vestido un deslumbrante uniforme. Su gravedad era la de solemnes veteranos, dispuestos a afrontar la horda de las larvas en unas nuevas Termópilas. Este era, en efecto, el argumento y el título reiterativo del espejismo: un duelo a muerte, a dirimirse entre los caballeros y los insectos, del que él era a un tiempo espectador y pregonero. Había advertido su urgencia cuando, una noche, despertado por una necesidad, en la oscuridad y el silencio, había oído un *tic toe*, un latido menos fuerte que un tambor y más fuerte que un reloj, cuya sentencia resonaba irrevocable en sus oídos, como transmitida por los cascos de un caballo del apocalipsis.

Trogium pulsatorium… La solemne denominación que había aprendido en su manual de higiene librera le vino a la boca. Y, con ella, el segundo bautismo que desde los tiempos de Linneo distinguía al pequeño monstruo: Átropos. Es decir…

Hay que reconocer que Basilio era de mente estática y turbia, pero poseía un oído maravilloso, capaz de percibir en el latido de los sonidos la más mínima fibrilación y de saborear detrás del sentido de cada palabra el grumo de música que se oculta en ella como en un cristal la luz. Así, por dar un ejemplo, palabras como «pasionaria» o «álgebra», antes de referirse, en las entendederas de la gente común, a una flor oscura o a la clara ciencia de los cálculos, instigaban en él cada vez la sensación de un miserere o de un aleluya, y le bastaba con repetírselas con lentitud para adoptar instintivamente, tanto en el paso como en el gesto, ya la lobreguez de una rendición, ya el orgullo inflexible de un desafío de la razón.

Esto explica por qué las sílabas escritas de que se había alimentado en todos esos meses, gordas y flacas, húmedas y secas, y con ellas el mismo censo de los personajes y la trama de sus casos, más que disponerse en su mente en previsibles secuencias históricas, se mezclaban como los sostenidos y los bemoles de un

pentagrama enloquecido: un revoltijo sonoro, al que para explicarlo y darle aire de autenticidad se añadía ahora aquel Átropos con su estridencia de sierra. Y aquella fúnebre solfa, *tic toc*, que sin duda de ahora en adelante ya no volvería a callar.

Basilio quedó inmediatamente persuadido de que el origen de semejante crepitar no era rumor de arteria aparecido para mortificarle el oído, ni viento de la Calcídica que hiciese chirriar rítmicamente los postigos. Eran los pasos del diablo Granpolilla en persona, el estratega y señor de las polillas, que, husmeada desde lejos la presa, abandonaba las tierras restantes, produciendo con ello la ilusión de un armisticio, y se decidía a franquear olas y cimas de montes para asaltar en su corazón el santuario y la patria más auténtica del hombre.

Con el alba el tecleo cesó y el monje comenzó a escudriñar con la lente cada rincón de la estancia. Sin resultado: evidentemente, los libros estaban bien, no aparecía ninguna señal de baba o excremento en ningún mueble o utensilio; ninguna herida se abría en el papel, en los tejidos, en las maderas.

Entonces Basilio se tranquilizó, se convenció de que el diablo Granpolilla sólo era una quimera de su ayuno claustral. Pero a la noche siguiente el *tic toc* recomenzó. Alguien había penetrado en su fortaleza, ya no cabían dudas. Y debía de ser una hembra, según lo que enseñaba su manual: sólo las hembras pisan de ese modo, golpeando con fuerza el abdomen en el plano de apoyo, enviando con ello al aire una propuesta de amor. ¿A quién sino a un macho presente y cercano? ¿Y con qué perspectivas sino las de una fatal fecundidad?

A partir de entonces el monje sólo durmió sueños breves y convulsos. Oyendo o creyendo oír en su interior la percusión mortal. Tampoco de sus horas insomnes sacaba el menor placer, aunque se movía como un perro por la celda, arriba y abajo, rascando, aguzando el oído, olisqueando. Rociaba con petróleo las rendijas, arrojaba escrupulosamente en cada rincón ineficaces polvos venenosos. A veces se giraba de repente para pillar por sorpresa al enemigo. Pero la reserva suprema fue la de poner en liza a sus héroes. Cuyas siluetas perfilaba en el aire, una a una, con las manos, o las evocaba en el claroscuro de la celda, en forma de ángeles espadachines, para que corrieran a exterminar de un solo

soplo el ejército de los invasores. Don Quijote y D'Artagnan, Áyax y Rolando, el príncipe Bolkonski y el príncipe de Homburgo, todos juntos, paladines, mosqueteros y templarios, desfilaban delante de él, en una película de coraje a ultranza, guarnición de Dios en la Tierra. Otelo guiaba la flota, Sansón la infantería, el Cid la caballería; y les seguían carros y gallardetes, gritos, sones de trompa, lánguidos muertos, reducidos los héroes por una varita mágica a títeres infinitesimales, crecidas las polillas hasta igualar su estatura, como en un doble e inverso juego de espejos.

Con el regreso de la noche, la batalla se trasladaba de la pantalla de la pared a sus ojos. Cerrados, pero no tanto que no vislumbraran entre las cejas la luz que a través de la ventana iluminaba la celda. Y en un hilo de ella, de la misma manera como bailan en un rayo de sol las mirladas de partículas, veía moverse glóbulos de lácteo torbellino, astrales desencarnaciones del Olvido. Era como navegar dentro del círculo de una bonanza nocturna, cuando el agua se ondula sin dividirse frente a la proa: fluido espejismo de humo compitiendo con el inmenso temblor de las estrellas. Entonces se echaba a llorar de dulzura, se sentía de repente colmado de paz. Era hora de llevar de la mano a los campeones hasta las blancas tiendas, a dormir; hora de adormilarse también él durante un minuto. Un minuto. Luego el *tic toe* recomenzaba.

Una mañana, en la habitual inquisición, la Biblia de Borso d'Este denunció una irrevocable señal: un surco, que sólo podía notarse abriendo el volumen en la página exacta, corría desde el lomo hacia dentro, subiendo por el margen blanco, hasta invadir sinuosamente el texto. Superficialmente, por ahora, y con esta peculiaridad: que los insectos parecían haber intentado erosionar en la impresión sobre todo la onomástica, como si en ella, y ya no en la cabellera o en la planta de los pies, residiera la energía de un héroe. Comenzando astutamente por la desinencia, donde la sangre corre más espesa y no se da cuenta de nada. De modo que, en el venerable pergamino, pocos eran los soberanos y guerreros que no aparecían mordisqueados y rabones y de los que no quedaba más que un débil indicio de identidad, una S para Saúl, una M, y no más, para Moisés…

Aterrorizado, Basilio corrió a mirar los restantes libros. Ay, el ataque había sido simultáneo y feroz, sus huellas estaban en todas partes, semejantes a las migajas de un inmenso banquete, a virutas y astillas residuales bajo el banco de un carpintero. Página tras página, Basilio examinó los volúmenes, contó los desparejados miembros de su legión derrotada. Separados de sus cuerpos, los bustos estaban pulverizándose, cada cual allí donde le había atrapado el mordisco durante el sueño. Sólo cabía esperar que cuanto antes, masticados y engullidos ellos mismos, desaparecieran por completo…

El novicio enrojeció, la púrpura le inundó la honesta calvicie, se superpuso al antojo purpúreo que le afeaba la cara. ¿Qué hacer? Entre los pliegues de los volúmenes, a lo largo de los surcos de los cráteres, intentó con la lente más poderosa descubrir a los agresores. Y los encontró. Peludos, escamosos, les vio azacanarse como hormigas, dispuestos en columnas para destruir cualquier resto de persona que encontraran en las líneas impresas donde residía la sagrada tinta de los siglos. Algunos habían caído atravesados al borde de la trinchera conquistada, al fin y al cabo las víctimas habían vendido cara su piel, pero los restantes —¡cuántos! — bullían por todas partes, devorándose canibalísticamente unos a otros cuando faltaba el papel. De la multitud sobresalía uno, más gordo, más hinchado, cilíndrico, de un intenso color naranja. Debía de ser el caudillo, el rey Granpolilla en persona, enfrentado al adversario más elevado, en la primera página del *Génesis*, donde El crea el cielo y la tierra. Basilio pensó confusamente que la tierra y el cielo existían porque aquel nombre existía en la escritura, que borrarlo equivalía a borrar todas las cosas. Observó a Granpolilla bajo la lente: yacía en momentáneo reposo sobre una cima de escombros, de consonantes y vocales, y cruzaba las alas sobré el abdomen. ¿Alas? En realidad minúsculas crines, cerdas precarias que no bastaban para ocultar uno solo de los parduzcos lunares de su cuerpo, y sobre los cuales, incluso en aquel estado de quietud, castañeteaban ininterrumpidamente las innumerables antenas. Basilio intentó aplastarlo bajo la mole de una aguja de hierro, pero le vio escapar, perderse quién sabe dónde, furiosamente, por la cresta de un infolio. ¿Qué hacer? La guerra estaba perdida. A menos que…

Basilio recordó una información que había oído de fray Macario, en la época en que preparaban juntos las primeras defensas. Respecto a estas polillas de nuevo cuño, a estos vampiros de la tinta, fray Macario solía repetir que había un único manjar capaz de distraerlos de papiros e incunables, el cual despertaba en ellas especialísima gula: la miel. De la que Basilio poseía, como víveres de emergencia, una hilera de botes llenos. El novicio se desnudó por completo, conservando sobre la piel únicamente el crucifijo, sacó de los estantes los jarros y untó todo su cuerpo con su contenido. Luego se tendió inmóvil sobre el pavimento. Pronto le pareció que se acercaba el familiar *tic toc*, millares de patitas sedosas le corrían por encima. Esperó así varias horas, hasta que estuvo seguro de haber atraído sobre sí el completo pueblo de los enemigos. Luego se levantó de un salto, abrió la ventana y, superado el antepecho, con la cruz en el puño y gritando se precipitó en el Egeo.

EL PERSEGUIDOR

Hasta hace poco se me antojaba el oficio más bello del mundo. Higiénico, excitante, viril. Una diversión para la inteligencia, una panacea para la salud. Se acabaron los malhumores, los meteorismos, el ácido úrico, sólo una alegría bajo la piel, como después de una ducha o una defecación feliz. Correteaba de la mañana a la noche, luego me hundía en el sueño con la confianza de un párvulo, ocho horas después abría a la luz los ojos nuevamente curiosos, una mente fértil y despejada.

¿Qué más puedo decir? Conjugaba los placeres del turismo con los del espionaje, era a la vez un confesor de conciencias y un director de destinos, un globe-trotter y un dios. Muy bien pagado, además: sueldo fijo en el «Prismático largo», para el que trabajaba, más las propinas, al cerrar los casos, que con frecuencia eran muy generosas, incrementadas por el alivio o la desesperación, o sea, por sentimientos excesivos, gustosamente propensos al despilfarro.

Al propietario le había caído en gracia. Era el famoso Marullo, antiguo redactor-jefe de sucesos de la *Voce dell'Urbe*, donde me había conocido una mañana, mientras yo, en la entrada, pedía un puesto de meritorio a un grupo de redactores que se dirigían al bar. «Os traeré —fanfarroneaba— el dedo que falta de la mujer despedazada, la entrevista al degollador de la Acquacetosa, la foto por sorpresa de Su Eminencia en las rodillas de Spartaco El Fati. Os traeré, os traeré…»

Se burlaban de mí, henchidos de vanidad, convencidos de enmendar el mundo, con sus estilográficas en ristre como batutas de Toscanini. El no, él me tomó en serio, me envió inmediatamente a las trincheras, cuando yo era un recién llegado de provincias, ofuscado por el viaje y con los ojos miopes por la noche sin sueño. Inmaduro en mis miembros y palabras, pero lo suficientemente fanfarrón como para seducirle. Años después, cuando se jubiló, me

llamó a su lado en la agencia que habla fundado para mantener a su joven amante, y me convertí en lente derecha e izquierda de su «Prismático largo».

Poseo del investigador privado, si no todas las cualidades profesionales, sí la suprema, que es la discreción, el arte de esfumarse, de desaparecer. Lo que no impidió que por razones publicitarias me hiciera imprimir una exuberante tarjeta de visita, con la profesión bien clara, *Benito Ciuffo, perseguidor*, y al pie, a modo de epígrafe, un verso de Angiolieri aprendido en el instituto: «Y a todas horas querría seguir a un loco…»

«Estas extravagancias —aprobó Marullo— son las que impresionan al cliente, puede pedírsele tarifa doble». En efecto, a partir de entonces no existe marido que, haciendo girar entre los dedos mi cartulina *extra strong*, no me gratifique con una mirada mitad incrédula mitad exultante, como si se le ofreciera en cómodos plazos mensuales una total clarividencia…

He comenzado, efectivamente, siguiendo adúlteros, es el aprendizaje más cómodo y menos peligroso. Te enfrentas con antagonistas de absoluta inocencia, acuciados por una fiebre tierna y ciega, y que, si miran a sus espaldas, lo hacen sólo una vez, in extremis, ya en el umbral del picadero. Sin pensar en nada más, mientras tanto, que en escrutar entre las caras de los transeúntes alguna cara peligrosa. La tuya, que ellos ignoran, resbala rápidamente por sus ojos, no eludida sino excluida. Como no te conocen, deducen, impulsivamente, que para ti ellos son desconocidos, y te dejan anónimo e indemne dentro de tu niebla de testigo invisible. Pues esto es esencial, para el perseguidor: poder mostrar ropas, facciones y mímicas anónimas y tautológicas, que repitan y calquen las de los demás y se confundan con ellas en confusa miscelánea. Que tu estatura sea, pues, la corriente, y otro tanto tu corpulencia, una dieta te ayudará. Cuentas como aliados a los periódicos, para desplegar delante de la cara (pero desconfiad dé los tabloides, no mayores que un pañuelo). La página que fingís leer, en la parada del trolebús, que sea aquella, tranquilizadora, de las noticias deportivas, con una exigua ventanilla en el centro.

Así pues, hasta ayer me parecía el oficio más hermoso del mundo. Vida activa, al aire libre, lo que los médicos no se cansan de recetarme para los triglicéridos que padezco. Sin añadir que al aire libre se ve mejor, se disfrutan mejor las visiones del mundo. Lo cual, bien mirado, ¿qué es sino un interminable desfile de colores, estrépitos y movimientos, iniciado con el gran bang y del que apenas nos corresponde, entre nacimiento y réquiem, un gajo infinitesimal, un infinitesimal instante? Uno solo, y luego basta, desde nuestro temporal palco apenas llegamos a insinuar un silbido o un aplauso cuando ya, como dicen en mi pueblo, somos cabezas sin nariz y nos engulle una oscuridad infinita. A veces, al alba, saliendo de casa y viendo disolverse bajo el sol el rocío en los arriates del jardincillo, o resplandecer la esmeralda de la hierba después de la lluvia nocturna, me viene a los labios aquella frase que con tanta frecuencia repite Marullo: *Nocte pluit tota, redeunt spectacula mane*…, y pienso acto seguido que salgó para ir al teatro, pero que a mí, como a todos, el cartel me reserva una única matinée, las restantes sesiones no me conciernen. Pero yo, Benito, tengo sobre los demás la ventaja del oficio que ejerzo: investigar más de cerca, mientras el telón permanezca alzado, este popurrí de sombras que se enmaraña sobre el muro de la caverna. ¿Acaso investigar no significa intentar ver, saber más? Y si además me pagan por hacerlo…

Pues bien, después de una carrera tan honrosa, con Marullo más socio y padre que dador de trabajo, después de haberme enamorado tanto de mi trabajo como para practicarlo incluso el domingo, por deporte, persiguiendo a personas cualesquiera, elegidas al azar entre la multitud, e intentando consumir actos y días con el único objetivo de tejer con su misterio los hilos oblicuos de mi imaginación…, pues bien, después de una carrera semejante, hace un tiempo que me turba una duda, si es posible que la realidad de plazos, causas y efectos, sobre los que hasta ahora he acampado confiadamente, se esté haciendo porosa, resquebrajable, ondulante; si, en suma, mi presunción de estar vivo no revela las mordeduras de un íntimo gusano. ¿Debo decirlo? No hay aspecto o acontecimiento frente al cual, al conocerlo, no resuenen en mi

cabeza, jugando a mezclarse, dos palabrillas: falso y verdadero; verdadero y falso… Dudoso espejismo de sonidos, dañoso para cualquier investigación, y al que inútilmente pido que se encauce, ¡en lugar de revolotear entre fantasías, entre alucinaciones!

Me viene entonces a la mente el juego que hemos inventado el jefe y yo para las tardes ociosas, cuando el teléfono languidece. Un juego de agradable ligereza…

Comienza él con un título o una frase, la primera que se le ocurre. Valga, por ejemplo, y para no salimos del ámbito sindical, «agente secreto». A lo que yo respondo con otro binomio que desarrolle la raíz verbal de un elemento y proponga otro nuevo: «acto notorio», supongamos. Él, recogiendo la reciente aportación, la exprime: «últimas noticias». Y yo: «ultimátum de medianoche»… Entonces él comienza a cantar: «A medianoche va la ronda del placer», y yo sigo con el *Placer de la honestidad*, hasta que uno de los dos se rinde, incapaz ya de alargar la serpiente.

No es distinta la sensación que alimento respecto a la existencia, especialmente durante las esperas, en una mesa de café, cuando un hombre o una mujer tardan en salir del portalito de enfrente. Y es una sensación como de una máquina de lábiles soplos, espejos deformes, apócrifos parentescos; una trama inadmisible que se deshace por todas partes, sin que intervenga nunca ningún cinturón de hierro para estrechar sus mallas. ¿Le corresponde, pues, a la muerte explicar la vida? Cuando apagadas las luces, inmóviles los cascabeles, sólo queden en el parque de atracciones miserables periódicos en el barro y el surco de las ruedas de los carromatos; y de tantos calendarios, identikits, señales de circulación, de tantos cómo y por qué, será único heredero el silencio. ¿Y si la muerte fuera finalmente una esfera, un dado, un cubo, una luz? Amarga cosa, aquí abajo, no poder decidir entre sentido y sinsentido, entre el puzzle gigantesco con millones de piezas que, sin embargo, introducidas cada una en su sitio, dibujarían una función hermosísima, cuando no la efigie y el nombre de un Dios; y la infungible máquina-monstruo, la desgramática que crece sobre sí misma, la brújula que enloquece a todos los vientos de la rosa de los vientos… No poder decidir pero seguir así, devanándose los sesos, girando en redondo, detrás de señoras y señores que no están al corriente de nada, falsos objetivos de una trama que creo explicar y

que, por el contrario, me explica.

Después de esto, ¿es necesario añadir que mi vicio de perseguir acomuna, como todos los vicios, un remordimiento a una voluptuosidad? El hecho de introducirme en una historia que no es mía, y que al principio me proporcionaba un éxtasis de autoridad, me dicta ahora oscuros miedos. Como en estos días preinvernales, tras las huellas de mi presa actual. Es un hombre enteco, de ropas un poco holgadas, pero llevadas con elegancia antigua. Escasos cabellos blancos que escapan de un Borsalino de ala corta, un paso titubeante de marinero recién desembarcado. Un caso comodísimo, diríase, ni siquiera sospecha mi presencia. Le atrapo cada mañana, mientras compra el diario en su quiosco habitual, escolto sus movimientos, a la Villa, al Corso, con curiosas idas y venidas y vagabundeos, pausas inexplicables, aceleraciones sospechosas, en los barrios entre la Piazza y el Fiume. Pero mientras le acompaño, fotografiándole de vez en cuando con mi minúscula cámara, me intriga verle pararse de golpe en una esquina, asomando únicamente la punta de la nariz, espiando no sé qué delante de sí, después seguir adelante, con rapidez o cautela, según los casos, pero siempre con un aire de meticulosa atención. Lo peor es que no se preocupa de mí, que le sigo, sino de otros, personas o cosas, que él ve y que yo no puedo ver. Hasta que, cuando ya es de noche, enfilamos una avenida desierta, en la periferia, y yo me mantengo pegado a la pared, me pego a los escaparates, pero, alcanzo a distinguir, mucho más allá, la silueta de un gordo vestido de negro que camina delante de nosotros y, al cruzar la calle, de una acera a otra, se vuelve un poco de lado, como si temiera la llegada repentina de un coche. O como si…

¿Adónde nos dirigimos, me pregunto, como tres ingenuos Curiacios, a morir? Súcubo de ambos, les instigo a cazar con suelas de fieltro, pero he perdido cualquier ambición de ser el jefe de la partida. La luna me favorece, ocultándose detrás de las nubes. Cuando asoma de nuevo ya me he protegido bajo un cono de tinieblas. Protegido…, es un decir. Bien, el gordo, allá, se ha petrificado debajo de un semáforo. Otro tanto hace el flaco, delante de mí. Y yo también, sin ruido. Pero detrás de mí he captado un

golpe de bota contra el adoquinado, como de alguien que se detuviera con un instante de retraso o que cojeara. Echo a andar cuando los demás lo hacen, y me detengo cuando se detienen. Pero cada vez se repite la pifia de aquel paso cojeante detrás de mí. Ahora ya no tengo dudas: estoy siguiendo a alguien que está siguiendo a alguien. Pero alguien me está siguiendo. Y ni siquiera se oculta. Y no sé quién es.

EL LADRÓN DE RECUERDOS

*del párroco de S*** al obispo de T****

Venerado Señor, en el incipiente invierno del año en curso de 1818, en esta aldea aislada en las primeras pendientes de los Alpes, donde ejerzo mi ministerio, me han hecho partícipe de un caso excesivamente insólito, por no decir portentoso, cuya extravagancia parece transcurrir más allá de cualquier sentimiento humano y puede dilucidarse únicamente alegando los arcanos de una voluntad sobrehumana. ¿Celeste o diabólica? No seré yo, clérigo montañés, de escasos estudios y de mente sencilla, quien deba responder, así que me limito a referir cuanto del enredo me es conocido, a fin de que lo resuelvan en los debidos lugares.

Referir, digo, y ya aquí me atormenta un espanto. ¿No será sacrilegio convertirme en pregonero de un secreto de confesión aunque provenga de los labios de un desventurado y con clara intención de mal, y por tanto, presumo, sea confesión no válida y nula? A decir verdad, habría esperado, por escrúpulo de las leyes canónicas, a confesarme a mi vez, o a pedir, en cualquier caso, dispensa, apenas bajase a la ciudad para las compras habituales. Pero retenido en la cama por una curiosa languidez que me hace desesperar de la vida, y no arriesgándome a recorrer en tan mal estado los caminos, bajo los copiosos chaparrones actuales, me he decidido a no retener, con perjuicio de los buenos, este secreto, sino a confiarlo en carta sellada a un familiar mío, en la esperanza de que él pueda, venciendo las inclemencias de la estación, depositarlo con extrema humildad en las preciosas manos de Vuestra Eminencia, a cuya benevolencia encomiendo mi alma.

Sea de ella lo que el Cielo quiera. Pero mientras tanto, aquí, por escrito, el suceso.

Estaba en la iglesia según mi costumbre, una de estas tardes, en

espera de las indefectibles penitentes de las completas, que son tres hermanas solteronas, las más inocentes criaturas del mundo, pero tan escrupulosas con su propia conciencia como para querer purgarla cada día de las manchas más imaginarias. Me dirigía, pues, hacia el confesionario, donde me gusta sentarme prematuramente, en parte por la antigua costumbre de evitar con los fieles, en la inminencia del sacramento, conversaciones de humilde familiaridad, que entibiarían sus pasiones y la mía, y en parte porque aquel oscuro recinto, donde una sola línea vertical de luz penetra por las cortinas corridas, me siento singularmente dócil a mi sentimiento de Dios, y no es raro que, si las feligresas se retrasan, me abandone no sin lágrimas a la oración…

Acababa, pues, de empujar la portezuela de entrada cuando una mano febril aferró mi mano. Era un anciano de ojos salvajes, alto, de pelo amarillento, vestido con un suntuoso redingote color turquesa, que apareció repentinamente a mi lado, y de cuya presencia, por la penumbra en que yacía la nave, no me había percatado antes.

Un extranjero, sin duda, y no sólo extranjero en estas alturas, donde en muchas leguas a la redonda todos nos conocemos las caras, sino del entero país itálico, como resultó fácil descubrir tanto por la singularidad de su complexión y de su indumentaria como por su habla trabajosa y de acento boreal.

No había acabado yo de preguntarme por qué vericuetos y por qué motivo había llegado hasta nosotros, cuando dijo: «Vamos, padre, escúchame en confesión», al tiempo que casi me empujaba dentro de mi hornacina de madera. Luego se sentó en el reclinatorio, inclinando un poco la cabeza para que la boca quedara a la altura de la celosía y de mi oreja oculta.

Yo titubeaba, no tanto por timidez de ánimo, como porque en el gesto y en el habla del hombre había percibido inmediatamente un dolor no cristiano, humeante de orgullo y reacio a la contrición. Así que como primera cosa le impuse recitar un *Confiteor*, sin obtener más que una carcajada convulsa y el violento aguacero de las siguientes palabras:

—Padre, escúchame antes e inflígeme después las penitencias. Entérate de que no tengo nombre para decirte, ni patria, ni edad. No es que no quiera: no puedo. No sé nada de mí, salvo que llego de

Baviera, hablo aquella lengua a la perfección y no tan bien la vuestra. Según lo que siento de mis fuerzas en decadencia, y juzgo por mi rostro en el espejo, debería contar con menos de seis y más de cinco docenas de años. Sin embargo, es como si tuviera tres años. Ya que éstos son los años que llevo consciente de mí y dueño de la memoria de mi vida, y otros tantos vagabundeando por todos los países de Europa en busca de mi ser perdido y de mi memoria perdida. Tres años, digo, pues han transcurrido tres años desde que me encontré una mañana en el fondo de un barranco donde no sé por qué azar me había precipitado. Reventada la cabalgadura a mis pies, ileso yo en el cuerpo, salvo un grumo negruzco en la sien, donde me había golpeado con la arista de una roca. Junto a mí, desprendidas de la montura por la caída, yacían dos grandes alforjas, que no sin estupor e inerte júbilo vi repletas de táleros de oro. Ningún papel o indicio llevaba que me aclarase quién era; blanca la mente y vacante de todo, sin una migaja de pasado. ¿Quién era? ¿Qué hacía por aquellos abruptos parajes? ¿Era un mesnadero, un mercader, un postillón, un monarca? ¿Adónde iba? ¿De dónde venía? No me apresuré a investigarlo sino que, atontado como estaba, trepé por la pendiente, arrastrando detrás de mí con una cuerda los equipajes, confiado en que, con el retorno de las fuerzas y disipada toda bruma, de nuevo vestiría, de desnudo que andaba, las ropas de mi bautismo y de mi condición. Me ayudó en aquel trance un muchacho que al poco rato apareció por el camino con un carro de paja y al que recompensé con unas cuantas monedas. Sin hacerle de mí ninguna confidencia, salvo que, desarzonado por un capricho del animal, buscaba ahora en la aldea más próxima un médico y una posada. Encontré ambas cosas rápidamente, pero sin provecho, en cuanto a alcanzar mejor conocimiento de mí. Me dijo el médico que la herida era de escasa importancia, pero que la memoria demoraría algún tiempo en retornar. Que buscara mientras tanto conocidos anteriores de los que aprender mi ser o, por lo menos, alguna información, un hervor de conciencia, como quien aviva con el atizador la llama de una brasa moribunda y la hace de repente resplandecer en el hogar. A partir de entonces ya no cesé de caminar por todas las tierras, exhibiéndome en todas partes, en los palcos, en las plazas, en las ferias, en las fiestas de los santos, esperando siempre que un dedo

enhiesto asomara de la multitud y una boca gritara un nombre, una mano estrechase la mía. Como no me faltaba el dinero, ostentaba criados, equipajes, no quería pasar ante ningún ojo sin dejar en él un recuerdo. Cipriano, me hice llamar y casi pregonaba este seudo en cualquier reunión, confiando en una protesta, un mentís que no llegaba. Me vi obligado a convencerme de que mi existencia anterior había transcurrido como escrita en el agua, nadie parecía tener noción de ella. Viajaba pues, simulacro de hombre entre los hombres, único Sinnombre en un mundo de bautizados. Expósito sin pasado. Ni me volvía cuando alguien gritaba desde lejos: «¡Cipriano!» Leí en el idioma germánico un libro con la historia de un hombre sin sombra y me reí. Cuánto más áspero mi destino de ser ya casi viejo y tener sólo noche detrás de mí, ya que yo había sido despojado de mucho más que una sombra, de mi entera y prolongada vida. Había vivido, no cabía la menor duda, pero era como si aquellos años los hubiese dormido y sin una sola luz de sueño. ¿Qué importa vivir si el tiempo vivido en nosotros no resiste y se encarna? A mis espaldas los años eran piedras negras, una fosa de piedras tenebrosas de las que no surgía un solo espectro: de cuando había visto el mar por vez primera o besado labios de mujer o bailado o paseado en un parque bajo la luna. No me restaba ningún recuerdo, de madre, de amigos, de un duelo, de una pena, de una gloria. Ningún recuerdo, por tanto ninguna vida. Cayendo por aquel barranco, había sido asesinado. ¿Qué era pues ahora, con mis nuevos e infantiles recuerdos de sólo tres años? ¿Qué era y quién era? Sólo quedaba en mí una brizna de voluntad, una tensión fatua, una exuberancia momentánea de la sangre. Ocurriera lo que ocurriese no iría a sumarse, ladrillo posterior, al edificio ya construido de mi vida, sino que se alzaría sobre cimientos de humo. Era como un fragmento de capitel que sobrevive al templo disperso, la nota que queda de una partitura comida por los ratones…

Le interrumpí tímidamente:

—Hijo, Jesús reconocerá a los suyos en el último día…

Escuché detrás de la celosía un gruñido, fuera risa o sollozo. Luego continuó con voz queda:

—Padre, mi historia no ha terminado. Y no estaría aquí contándosela, si no necesitara su ayuda. Hace ahora seis meses que me ha ocurrido una cosa nueva y tremenda. Había ido a Dresde,

atraído por la fama de un maestro pintor aficionado a pintar los sueños[12]. Quería de él un retrato, sintiéndome yo mismo el sueño de un hombre. Él me miró con pupilas punzantes, no quiso retratarme, incluso dijo que ya lo había hecho, años atrás, sin ni siquiera conocerme. Después me mostró una tela, de un viajero en una altísima duna, que contempla a sus pies un mar de nubes y niebla. Ahora bien, la peculiaridad del cuadro era que el personaje daba la espalda al espectador, un auténtico Sinrostro, un Sinnombre idéntico a mí… Turbado, le abandoné para dirigirme al teatro y distraerme de mi invalidez. Pues bien, he aquí que a la vuelta, cuando ya era medianoche pasada y el vehículo avanzaba con ruedas tranquilas en el silencio de la ciudad, me sucedió, después de haber rememorado envidiosamente en mi ánimo las escenas de la obra presenciada, fijar unos ojos insistentes en la nuca del cochero y sentir en aquel instante que diminutas luces se encendían bajo mis párpados y crecían en forma de gran flor, para afirmarse después en un rayo. Cerré los ojos y un abanico de extrañas partículas pareció abrirse detrás de mi frente, mientras un perfume de rosas se esparcía por el aire. Hasta que de repente me surgió un RECUERDO. De un muchacho en un huerto que tiende lazos a una culebra; y más, más: de un mozo en un pescante, de un palafrenero entre mulas y boñigas; y más: de posadas y mulas por abruptos senderos; y uno supremo, actualísimo: de un hombre sentado en un pescante percibiendo que dos ojos, debajo de la capota del carruaje, le transparentaban dolorosamente la nuca. No necesité mucho más para entender, y al éxtasis del primer momento siguió un malestar: no había reconquistado el mío, sino que había usurpado el pasado ajeno, mediante quién sabe qué fuerza mesmérica, con el magnetismo de mi mente. Aquellos recuerdos no eran míos sino del otro, aquellos recuerdos eran un hurto. Gritamos de dolor a un tiempo, él y yo, pero en eso se encabritó el caballo, y el desgraciado ya no lo gobernaba, sino que pálido y de espaldas yacía al pie de su asiento. Me apresuré a sustituirle en la conducción y devolverle semimuerto a los suyos. ¿Qué más? A partir de entonces me ha bastado mirar con fanática fuerza a los transeúntes para expropiarles todo su pretérito y transferirlo a mi cabeza. Con una funesta alegría, pero sin que tenga ánimo para celebrar triunfos. Sé perfectamente que me he fabricado raíces postizas, una mantecosa

abundancia. Ya no controlo dentro de mí la disputa de recuerdos tan discordantes. Gustosamente me abstendría de dejar a mi paso tantas exánimes y lánguidas víctimas, pero no encuentro exorcismo que me cure, a menos que tú me ayudes. Este es un mal que también a mí me consume, que ya no domino: no menos que las sanguijuelas la sangre, yo ando sorbiendo los recuerdos con mi mirada. Así que busco nieves y desiertos. Y camino con los ojos bajos.

Ésta, Eminencia, la historia del hombre. Al cual dije que yo no estaba capacitado para ejercer otra cosa que el exorcismo normal, mientras que a su caso parecía adecuarse únicamente el solemne. Y con suaves palabras procuraba endulzarle y conducirle a apaciguarse consigo mismo, cuando a una pregunta mía no escuché respuesta, sino la voz de mis tres solteronas que salmodiaban detrás de la celosía según la práctica habitual. Comprendí entonces que aquel hombre había huido sin aguardar ayuda. ¿Huido hacia dónde? Porque yo temo, venerado señor, que siga moviéndose, armado de tan peligroso poder, entre las ovejas de mi grey. Y temo aún más, señor, porque desde aquel día yo ya no estoy bien, sino que siento que largas sombras me invaden la cabeza. Y me siento amputado y exangüe de tantas remembranzas mías, hasta ayer luminosas en mí. Por lo que repito mi nombre por la preocupación de que me sea arrebatado. ¿Y si aquel desventurado me ha instilado su humor? ¿Y si estuviera a punto de desmemoriarme? ¿Qué sería de mi alma? ¿Cómo podría, despojado de todas mis buenas y malas memorias, y por tanto despojado de mí mismo, entregarme al juicio de Dios? Y ya me parece oler en el dormitorio un perfume de rosas…

PASEO CON EL DESCONOCIDO

Entre el 4 y el 15 de julio de 1865, acuciado por el pago de una deuda, Baudelaire regresó de Bruselas a París en busca de dinero. No lo encontró, pero durante su breve repatriación tuvo un extraño encuentro, como a continuación se narra.

Las dos manos se precipitaron juntas sobre el mismo volumen. Una era pequeña, blanca, cuidada, con uñas, sin embargo blandas y amoratadas, surcadas por finas rayas; la otra, cuadrada, morena, de empleado, asomaba velluda de la manga de un redingote. No dijeron palabra, los dos se examinaban, midiéndose mutuamente las fuerzas y los años: cuarenta y cinco, más o menos, mal llevados, contra sesenta y cinco bien llevados. Por fin:

—Hay que ver a quién sirve más —dijeron a un tiempo, sin abandonar la presa.

—Hay que ver quién está dispuesto a pagar más —se entrometió tranquilamente el librero, apartando los hombros del parapeto del muelle del Sena.

Quedó en minoría, los dos acordaron inmediatamente que un libro como las *Memorias* de Vidocq no valía los compromisos de una subasta y que, para disputárselo, era harto suficiente un duelo de palabras.

—Comprémoslo, mientras tanto, a medias —propuso el anciano —. Más adelante, caminando, nos pondremos de acuerdo. Si no, al final, lo echaremos a suertes.

Caminaban bajo el sol de julio; el objeto de la discusión yacía provisionalmente en un bolsillo del redingote.

—Mi trabajo —comenzó el anciano— consiste en descubrir ladrones, desenmascarar asesinos. Estas experiencias de un ilustre colega podrían enseñar a mi razón algún atajo inédito. Aunque —y aquí sonrió— Vidocq confiase mucho más en el engaño que en la razón…

Era un hombre de complexión robusta, de una ancianidad todavía vigorosa, vestido como de invierno, pese al calor del mes y de la hora. Pero su frente aparecía tanto más seca cuanto más goteaba de sudor, palidísima, la de su interlocutor, que sin embargo vestía ropas ligeras.

—Yo —afirmó éste— dentro de una semana tengo que hablar en público de Balzac. Y necesito algunas ideas respecto a Vautrin. —Se detuvo—. Soy un poeta —dijo, irguiendo la cabeza—, Pero para vivir tengo que vender artículos, conferencias. Si es que vivo…

Mostraba una cabeza afeitada y soberbia, la cabeza de un galeote, y su voz cortaba el aire como un hilo de acero. El viejo funcionario asintió:

—Un poeta, desde luego. Lo he notado desde el primer momento.

Señaló la revista que el otro llevaba bajo el brazo:

—Llevaba un rato observándole, frente a la caseta, hurgar entre los libros con una sola mano, apretando con la otra este folleto y echándole una mirada cada cinco minutos. Así hacen, indefectiblemente, los poetas la mañana en que les publican un poema.

Le sustrajo delicadamente la *Petite Revue* de debajo del brazo.

—Aquí —dijo, y recitó en voz baja:

«El amplio chorro
en flores mil,
donde Febea [13]
colores muestra,
cae como lluvia
de lentas lágrimas…» [14]

Frunció las cejas.

—Demasiado húmedo para mi reuma —se lamentó, acompañando la mirada con un guiño y destello de los ojos, como si

estuviera buscando un cómplice para embaucar a un forastero inexistente—. A decir verdad —admitió—, tengo poco oído para los versos. Mi oficio es inducir y deducir.

—Me llamo Baudelaire —dijo Baudelaire—, y no tengo nada en contra de los asesinos. Pero sí tengo mucho en contra de la razón. No me perdonaría dejarle utilizar un libro semejante. Podría costarle el cuello a algún impulsivo borracho.

Habían llegado al puente de la Tournelle y caminaban hacia la Cité. El río, al contemplarlo, aparecía cubierto de objetos flotantes de todos los tamaños, canoas, balsas con troncos, gabarras cargadas de carbón. Así el agua se veía tan turbada y turbia como para entristecer allá abajo a un solitario pescador con su caña, aunque alrededor de él ondearan festivamente las mil oriflamas tricolores del inminente día 14.

—Curiosa parcialidad —replicó el policía—. Le irrita la vengadora guillotina y no le indigna el cuchillo de un descuartizador. Sin embargo debe de haber leído a De Maistre…

—Le he leído y le amo —contestó el otro—. Pero mi verdugo no se encapucha contra los desesperados. Sus enemigos son los burgueses barrigudos, los generales de los largos sables… —Hizo una mueca y añadió entre dientes—: Los caseros, los editores, los proveedores insolentes… —Miró a su compañero de paseo—. Los policías filósofos —concluyó.

—Es usted injusto —murmuró el viejo—. Nosotros velamos para que ustedes duerman. *Vigilat ut quiescant* es nuestro lema, que el Gran Luis nos regaló.

—¡Ojalá consiguiera hacer dormir a mis acreedores! —replicó el poeta.

Rieron, casi se habían olvidado del libro. En el café donde entraron el poeta aceptó una copita, mientras escuchaban el alboroto de los clientes, el ir y venir, una voz que exclama detrás de un periódico: «Parece que el rey Cristiano ha pedido el armisticio. Qué zorro, ese Bismarck…»; otro que pronuncia nombres de mujeres desconocidas, Lucienne, Margot; otro: «Os digo que es inocente. ¡No ha sido la Pommarais!» [15]

Entraban y salían obreros, con los blusones manchados de sudor en los sobacos, fumando cortas pipas de barro. Sobre el mármol de la mesita, en un charquito de ajenjo, se debatía una mosca, ninguno

de los dos la salvó.

Habían entrado en la Cité.

—¿A pares y nones, entonces? —preguntó el anciano, mientras pasaban delante de la Morgue, frente al puente de Saint-Michel. Ganó tres veces seguidas, el libro fue suyo.

El poeta se enfadó. Quiso probar una vez más, por mero experimento. También perdió, renunció.

—Me recuerda —dijo pensativo— a un tipo que jamás se equivocaba en este juego. Y pretendía que poseía el secreto para ganar siempre. Es el protagonista de un relato que traduje hace tiempo. De un americano. —Levantó los ojos hacia la fachada del edificio—. Entremos —decidió repentinamente, como si alguien le hubiera llamado por su nombre, y el viejo le siguió.

A través de la puerta principal desembocaron en el luminoso vestíbulo. Ahí, girando a la izquierda, una espaciosa cristalera, protegida por una barandilla a la altura del codo, les separaba del salón de exposiciones. Se veían tres hileras de placas negras, ligeramente inclinadas, y sobre cada una de ellas un cadáver en posición supina, pero con la cabeza erguida, bien visible, gracias a un engranaje de cobre. Junto a los cuerpos un perchero exhibía chales, chaquetas, corbatas, camisas y otros apreciables indicios de identidad.

—Alsaciana —exclamó el viejo, mostrando con el dedo al otro lado de los cristales una masa de carne hinchada y violácea, que parecía recién pescada—. Criada de una pensión de estudiantes del Barrio Latino. Embarazada de tres meses. Liselotte de nombre. Dos suicidios frustrados, antes de éste…

Siguió adelante, estudiaba prolongadamente los cuerpos y los objetos antes de hablar.

—Cabo. Desertor. Ha luchado en México con Bazaine. Acuchillado en una pelea en Passy y rematado a pedradas. Tiene un hermano relojero, casado con una judía… —Olisqueó el aire, pareció buscar con la nariz una sílaba oculta en la memoria—. En La Rochelle —añadió, con una pizca de excitación.

—¡Maldito sea! —gritó Baudelaire—. No le daré el gusto de impresionarme. No me verá arrodillado preguntándole cómo y por qué. Seré yo, más bien, el que va a impresionarle. Es usted soltero, de excelente familia, pero venida a menos, ha vivido largo tiempo,

en su juventud, en el tercer piso de la Rue Donot, en el Faubourg Saint-Germain. Y ha ayudado a la policía parisina en varios casos, en los últimos veinte años, desde el doble homicidio de esta misma calle hasta el robo de una carta real. Veo que ya no es un aficionado, ha ingresado en la profesión. Y seguro que ya no escribe versos. En suma, señor, si no es usted el diablo, su nombre es Augusto Dupin.

—Dupont —corrigió el diablo—. Aurelio Dupont, subprefecto de policía del Sena. Por otra parte, no sé de quién me está usted hablando.

NOCTURNO LONDINENSE

1 de diciembre de 1887

Cuánta niebla. No es que le disgustara, la niebla le producía el efecto de un indumento más: una solapa de impermeable con la que defenderse de cualquier mirada escudriñadora, una máscara detrás de la cual desaparecer impunemente…

Así desde la infancia, cuando en los juegos con sus coetáneos, en Pellicoat Lane, nada le divertía tanto como salir de repente de una espesa oscuridad a la espalda de una niña y llamarla por su nombre en un susurro, con voz muda. Ella se volvía de golpe, mostraba una interrogante y aterrada carita, salpicada de pecas, luego huía al azar, agitando las gráciles piernas sobre las medias caídas.

Viejos tiempos. De los cuales le quedaba en la memoria una imagen, precisamente, de niebla. Como si los años de entonces sólo hubieran sido una larga caminata en la niebla, con las mejillas mordidas, sacudidas por el hollín, entre paredes resquebrajadas, donde se remansaba un tufo de arenque y de orina y un único ruido, más fuerte que cualquier blasfemia o estertor de placer y de agonía: aquel silbido inconsolable de los remolcadores a lo largo del Támesis.

Apretó con fuerza la frente contra los cristales, intentó mirar. Blanco y más blanco, nada más. Pero, aguzando la vista, le parecía que unas pocas hebras de hollín nadaban en aquella albura y algo móvil se transparentaba entre los desgarrones de la niebla. Como

cuando desde una montaña, asediada por las nubes, se espía en el valle la aparición de una franja de bosque despeinada por el viento o el temblor de un torrente. Él sabía que el Támesis pasaba debajo de aquella ventana, advertía su presencia como la de un difícil confesor y amigo, pero lo sentía ofrecer asimismo el bienestar de una cuna de tinieblas, en la que le gustaría hundirse de una vez por todas. Se imaginó por un instante la escena. Bastaría con abrir los postigos, encaramarse al antepecho, dejarse caer, remando blandamente con los brazos, a través del cómodo y complaciente algodón del aire. Imaginó el *plof* del cuerpo en el agua, el silencio y el hielo de paz, allí abajo.

Se distrajo, cruzó la habitación, se dirigió a la otra ventana, sobre los docks. Ningún indicio de vida, la ciudad estaba muerta, sólo era un cadáver embalsamado entre sucias vendas. Ni siquiera se oía el familiar estruendo de los adoquines bajo las ruedas, estaba claro que todos los carruajes se habían guarecido en las cocheras. Sólo una vagabunda luz de antorcha aparecía de vez en cuando, hasta que se apagó del todo. Debía de tratarse de algún trajinante, decepcionado por no encontrar clientes para guiar por algunos chelines en el dédalo de encrucijadas. Si no era una ronda de polizontes…

Se secó la frente con el revés de la manga. Aunque el fuego languideciera en la estufa, y en la habitación comenzara a insinuarse una punzada de frío, estaba sudando. No bastó para reconfortarle el sorbo de gin que bebió de un trago, de una botella. Por el contrario, sintió que debilitaba un poco sus miembros. Se sentó en la vieja butaca, casi se adormiló.

Una butaca imponente como ésta, con los brazos alisados por el prolongado frote de los codos, acogía a su padre, entonces, en las siestas de pleno verano. En todo Pellicoat Lane no había, tal vez, otra igual, y que más se pareciera a un trono. Buena para su padre, que tenía una gran osamenta: un toro. Buena para su madre, que era una leona… Cuántos sábados por la noche, desde su jergón en el pasillo, les había oído enfrentarse y mezclar las poderosas corpulencias en un duelo sin perdón. Luego seguía un silencio mortal, y a él le daba por llorar, se dormía y se despertaba llorando… Pero era hermoso, al día siguiente, salir de paseo, con las ropas de domingo, por los barrios de los ricos. Ellos tres en 61a,

como soldados, parándose cada hora a refocilarse en un *pub* distinto; atentos a no perderse de vista en el torrente humano que espumeaba entre las casas; aturdidos por la confusión de carricoches, *cabs*, carretas, omnibuses multicolores, con viajeros sentados en forma de abanico, los de abajo en la corta gradería que casi roza los adoquines, los de arriba con la cabeza que alcanza los balcones de los primeros pisos y casi parecen volar… Era hermoso observar en el río los barcos de vapor que enfilaban los arcos de los puentes, inclinando las chimeneas como si hicieran una reverencia, y sobre los puentes ferroviarios el paso fragoroso de un tren. Mientras abajo, por la corriente, escoltada de barcas, pontones, balsas de todo tipo, una flota de bajeles reales desfila en procesión hacia la desembocadura… Hermoso también, además de impresionante, introducirse en el túnel sumergido que une las dos orillas, bajar paso a paso la escalera de caracol, internarse en el intestino de hierro que corre bajo las aguas y asoma más allá del río, al sol, a los pies de la gran Torre… No había vuelto desde entonces, pero lo había soñado mil, veces, mil veces había descendido por un pozo semejante, de negra podredumbre, con una linterna en la mano, por una escalera sin barandilla, que se tuerce y retuerce sobre sí misma…

Hermosos domingos, pero en el recuerdo hay uno, escarlata, que ciega a los demás y dolorosamente le roe el corazón: aquella mañana que, al llegar corriendo, había abierto de golpe la puerta entornada de la cocina y había visto a su madre, desnuda, goteante y terrible, levantarse de la tina…

Se pasó una mano por los ojos, se levantó, se volvió para mirar la habitación. Era una habitación modesta, pero aseada, al fin y al cabo. De no haber sido por la palangana profesional semioculta tras un biombo, y el olor a cosméticos que pesaba en el aire, habría parecido la habitación de una jovencita: con aquel pájaro disecado, que había perdido un ojo y con el otro escrutaba desde una repisa al visitante; la muñeca en un rincón, rígida, con un vestido verde, perdiendo estopa por la cabeza; las virginales telas de algodón a cuadritos, los humildes fieltros que cubrían el perchero; la bolsa de la costura…

Levantó los ojos: la lámpara de petróleo, colgada del techo por un alambre, seguía oscilando, porque había sido golpeada durante

la lucha, e iba dibujando en la pared garabatos de sombra y luz cada vez más lentos, hasta que, domada por su mano, se detuvo por completo y volvió a derramar una afable claridad sobre la mesa. Él, al principio, no se había percatado, pero allí humeaba una cena… Destapó la sopera, una fragancia de doméstica y antigua felicidad se desprendió de ella, una memoria de mediodías resplandecientes, de voces difuntas y joviales, de una charla irrevocable y desgarradora, como cada uno de los felices o desgraciados minutos que pasan; una memoria de elevadas ventanas, abiertas sobre letreros, escaparates, organillos y banderas alegres al viento, con un cielo misteriosamente celeste, visto a través del cristal de un jarro vacío levantado contra la luz…

Se sintió tentado, hundió en el *pudding* una cucharilla de estaño, se la llevó a los labios, vomitó inmediatamente sobre el mantel…

Pero ya era hora de irse. Se lavó en la pila los brazos y las manos/tuvo que restregar largo rato con el cortaplumas los márgenes de las uñas, hasta que la última mancha roja desapareció. Luego Jack pasó por encima del montón de carne descuartizada que había dejado junto a la puerta, abrió lentamente y con pasos sigilosos salió a la noche.

LA ÚLTIMA CABALGADA DE DON QUIJOTE

Conducido por blandas riendas e inseguros espolazos, Rocinante volvía al pueblo. Y se habría confundido en cada cruce, de no haberle socorrido, única brújula e imán, la remembranza del antiguo establo. Una débil remembranza, a decir verdad, ya que en los últimos años el caballo había viajado y sufrido tanto más allá de su natural destino, que se sentía un extraño entre las pardas cepas y los amarillos cardos manchegos, tiempo atrás tan familiares.

No obstante, atraído por aquella pizca de olor casero que conservaba todavía en la nariz, el viejo rocín adelantaba un casco tras otro, como aquellos cuadrúpedos de cartón que desfilan en carnaval, provistos de ruedas, entre multitudes vociferantes. Torcido el paso, colgantes la lengua y las orejas, opaco el ojo como por una niebla… ¿De qué asombrarse, si ninguna gesta que recordara valía para mitigarle el escozor de las mataduras? Porque en el fondo, aunque gloriosas, sólo se presentaban caídas en la memoria: cuando, llevado a galope contra un marrano, era derribado por un obstáculo junto con la querida carga, o cuando le habían echado al suelo las varas de los muleros, las pedradas de los galeotes, el topetazo en justa con el caballero de la Blanca Luna…

Regresaba, pues, Rocinante por el llano de Montiel, alternando con los del asno sus resoplidos, ya no trompeteros y animosos, como en el día de la común salida, sino melancólicos y humildes como los suspiros de un penitente.

El amo…, oh, también se le veía cambiado. No porque más espaciosas trincheras le surcasen el cuello, o más serpentinas arrugas la frente, sino por una blancura nunca vista que le encanecía los mostachos, que hasta no hace mucho, sin embargo, caían negrísimos sobre las mejillas. No sólo eso, sino que apagados de alegría parecían los actos del hombre, y desprovistos ya de valentía, como si un rey destronado se moviera bajo sus ropas.

Diferente a la vista la figura de Sancho, que cabalgaba cerca de él y parpadeaba incesantemente, con la misma expresión de quien acaba de mirar de hito en hito el sol. Aunque, por algunas mímicas y síntomas solitarios, no había duda de que albergaba en su ánimo las expectativas de una revancha, por no decir un triunfo: con rápida exaltación le corrían las manos por el vientre para palpar un cinturón hinchado de presumible oro; o para recorrer este o aquel cofrecillo en las alforjas; o para llevarse la bota a los labios en un asiduo beso… Y más aún, por un inédito e inesperado orgullo de desafiar el viento con la cabeza alzada, y de mover esas manos como empuñando un invisible cetro… Aunque, al poco rato, volvía a usarlas en los más serviles menesteres. Como cuando, en el centro justo de una pasarela que cabalgaba una garganta, por la parte de Montesinos, el asno se plantó, que parecía de piedra, hasta que no le quedó más remedio al gañán que liberarlo, no sólo de su propio cuerpo, sino de la carga y de los arreos. No hizo menos Rocinante, pero cayó sobre las patas, incapaz de llevar más allá el esfuerzo.

—Señor amo —dijo Sancho, volviéndose hacia el caballero, que sin decir palabra se había apeado de la silla y permanecía apoyado en un frágil pasamanos de cuerda, contemplando en el fondo del precipicio las agitadas aguas—. Señor amo, aquí no podemos durar.

Y luego, al verle inerte, le quitó del costado la espada, la desenvainó, y con la punta azuzaba los ijares de las dos bestias, cuando no les propinaba cintarazos. Así siguió hasta lograr que se levantaran y ganaran la cabeza del puente, adonde él mismo, a fuerza de brazos y de lomos, trasladó después la carga, mientras el compañero, que seguía atónito y como en éxtasis, inclinado sobre las seducciones del fondo, hablaba solo, en voz baja.

—Quijano Quijote —decía—, ¿qué has hecho con tus años? Eso, en medio de calores y nieves has recorrido el orbe terráqueo, en favor de damas y afligidos, alcanzando miserables éxitos pero muchos golpes y mofas. Magos te han hechizado por completo el pensamiento, ya no sabes decir si eres Quijote o Quijano, si quien te contempla en el espejo es tu cara o una ilusión, un cuerpo de sangre o una fantasía de aire. Has visto convertirse en yelmos bacías de peltre, posadas en castillos; en las mejillas de un barbero imberbe creció una barba extravagante, por la celada de un paladín asomó la jeta de un bachiller… Vosotras mismas, Maritornes, Altisidora,

diosas más disfrazadas, y tú, Dulcinea, día de mi noche, gloria de mi pena, todas vosotras, a través de cuántos desencantos y maleficios me habéis confundido el corazón, unas veces reinas y otras sirvientas, olorosas a ajo o a almizcle, pero siempre evasivas en un soplo, cuando con manos vanas intentaba reteneros… Ay de mí, quimera y engaño es la vida, una mesa de juego alzada en la gran plaza del mundo. Y el amor es un intríngulis que por ahora desespero de resolver. Como no sea, tal vez, entre estas espumas del río…

Pero ya con importuna urgencia le reclamaba Sancho, tirándole de un brazo, en actitud de un tosco enfermero, libertad que tiempo atrás no se habría permitido. Ante lo cual el hidalgo dijo melancólicamente:

—A fe mía, te eriges en árbitro demasiado brusco de mí, si me agarras de tal modo. ¿O te crees aún en la isla y coronado como Sancho Primero, con derecho de mano militar sobre todo súbdito de tus tierras?

Replicó el escudero:

—No es momento de excesivas consideraciones, Quijote mío. Ya que estas vigas donde ponemos las plantas están podridas. Y a mí me corresponde ver y prever por los dos. Ya sabes que cuando un ciego lleva a otro, ambos caen. Ven conmigo tranquilo. No tardarás en saber que he hecho buen acopio de gobierno y he crecido en sabiduría y bondad. Como para aspirar también yo a las armas de caballero. Pero pensemos ahora en la vida. Quien mucho abarca, poco aprieta…

Salieron así del atolladero, y no tuvieron ánimo para montar inmediatamente en las agotadas cabalgaduras, que mal les habrían sostenido. Siguieron a pie, después de haber acomodado el equipaje en una carreta, que la fortuna les hizo encontrar en un ribazo, y que Sancho arrastraba atada a las muñecas con dos tirantes.

No pasó mucho sin que don Quijote sintiera los pies ardiendo de ampollas y una debilidad extrema en el pecho. Sin embargo seguía caminando. Se limitó a buscar con los dedos la cola de Rocinante y la apretó como una trenza amorosa, y después se colgó de ella con los ojos cerrados, hallando en la amorosísima bestia los residuos de vigor y la fiel misericordia suficientes para permitirle la marcha. Hasta que, en el hedor de un sendero más áspero, que innumerables

cabras habían sembrado de excrementos, no muy lejos de la Venta del Agua Dulce, las fuerzas le fallaron por completo y se dejó caer cuan largo era sobre la hierba.

Cuando se despertó estaba en una cama de la posada, junto a una ventana que mostraba un pedazo de cielo y un ángulo del patio, con criadas atareadas en desplumar una oca y otras muy locuaces y armadas de cubos en torno a un pozo. Nadie en la habitación, y el caballero se sintió aliviado. No estaba de humor para soportar indiscretas premuras, pero le agradó escuchar abajo, atenuados por las paredes, las bromas y los parlamentos mujeriles. Se palpó, se encontró indemne de verdugones y llagas, pero cansado como nunca en sus mil desgracias. Cansado con un cansancio nuevo, en el que no faltaba un sentimiento de desordenada felicidad, la misma que había experimentado una vez, de muchacho, cuando después de unas prolongadas tercianas, se había sentido un mediodía finalmente liberado de la fiebre y se había asomado al dintel para recoger en la copa de las manos el aluvión rojo del sol. Pensó que esta vez se hallaba próximo a la muerte, y que la muerte cura la vida, y que esta languidez actual era, más que un indicio de mal, el presagio de una inminente convalecencia… Recordó el encuentro que había tenido, al salir del Toboso, con la carreta de los actores, y que se le había aparecido la Muerte, junto con un Cupido desarmado, erguida sobre el tablado, y que un Diablo polichinela, agitando cascabeles y vejigas, había huido en el asno de Sancho… Aquella vez él no había tardado en convencerse de que tales apariciones no eran lo que parecían, sino lo que decían ser: no la Muerte, el Diablo, Amor… sino cómicos de la legua, pobres máscaras errantes.

Pero ¿y si no hubiera sido así? ¿Si hubieran sido realmente, ya en los inicios de su camino, la Muerte, el Diablo, Amor, que querían presentarle un presagio? No era la primera ocasión en que veía a la verdad camuflarse de verdad para hacer creer que era mentira. No ignoraba cuán poco valen los ojos contra los espejismos del Gran Prestidigitador…

Se levantó, haciendo crujir los largos huesos dentro de la holgada camisa en la que, durante el desvanecimiento, alguien le había metido, y que le hacía semejar un espantapájaros. Así vestido, se acercó a los cristales para ver mejor y descubrió bajo la ventana

los ollares de Rocinante que se alzaban hacia él, y oyó resonar en la habitación el relincho amigo como una salva de mosquetería. Abrió los postigos, bajó la mano hasta el húmedo morro del animal, pero apenas lo hubo rozado se retiró, temeroso de que ojos indiscretos le descubrieran con tan poco marcial indumentaria, o de que Sancho, informado de su despertar, acudiera a turbarle la quietud. Así que volvió a acurrucarse en la cama, uniendo bajo la tela las rodillas ateridas para darse un poco de calor mientras estudiaba, en el cielo que desde allí alcanzaba a ver, las nubes, sus mezclas y pasiones.

Espectáculo inusitado. Sobre todo para el cielo de la Mancha, del que no cae nunca gota de lluvia y siempre pintado de un inflexible azul. Pero aquel día las nubes de todos los cielos del mundo parecían haberse congregado en lo alto como para un juicio universal de nubes, y cada una de ellas pugnaba por encontrar sitio en detrimento de las demás, y reñían, se agarraban de los pelos en inextricables abrazos…

—*Quam sordet tellus cum coelum aspicio* —murmuró el caballero, que en su morral no llevaba únicamente las historias de Amadís de Gaula, sino también un librito de San Ignacio—. *Cum coelum aspicio… Cum coelum aspicio…* —repitió, como en una nana adormecedora; luego, pasándose la mano por la frente, excluyó los pensamientos profundos y con los ojos y con las nubes pretendió puerilmente jugar.

E imaginó que eran profusiones de flores, trofeos de jazmines y de lirios que una mano oculta deshojaba infinitamente… O cimas de montañas desplomándose, deshechas por un suspiro interior, una ternura y tibieza, de las que nacían manantiales, torrentes de primavera e inocuos aludes de nieve quebradiza… O una ciudad de castillos, con bastiones esculpidos y puentes levadizos alzados sobre unos fosos vertiginosos, entre los que volaban querubines llevando al cinto una espada flameante… O inmensos leones y grifos enzarzados en duelos de colmillos impalpables, algodonosas fieras que Proteo renueva a cada instante… O tabernáculos de alabastro… o bandadas de cisnes, bosques de ninfas, cabellos sueltos de Dulcinea…

Pronto un dorado tumulto comenzó tenuemente a temblar detrás de la cortina de inmaculado percal. El sol había salido un rato antes, pero sólo ahora, con el dedo en los labios y con pasos de

blando fantasma, osaba acudir secretamente a jugar a espaldas de tanto candor, desde la otra cara del cielo. Secretamente, pero no sin que se trasluciera alguna malicia de su presencia, un engañoso chisporroteo de doblones en el fondo de un río, que la vista capta e inmediatamente pierde en el desdoblamiento de un remolino. El caballero tendió los brazos a aquel oro lejano, allí donde el espesor de los cúmulos se atenuaba, se desflecaba en cirros fugaces: ¡oh, sol! Y le pareció que se había formado una única nube de desmesurada grandeza con todas las minúsculas que había antes, y se extendía de un punto al otro del horizonte en forma de nave que zarpa. Como si aquellos juegos, metamorfosis y guerras sólo hubieran sido tareas preparatorias para botar esta nave y para un viaje en ella. ¡Oh, partir con ella, hacia lo alto de una Vía Láctea, de un cuerno de arco iris, como cuando en la grupa de Clavileño el Alígero se elevó a los astros…!

No supo, tal vez no quiso, aprovechar la oportunidad. Un furioso rayo de fuego irrumpió en la nube y la deshizo, semejante a la estocada que rompe el corazón del toro. Todo el mundo se ensangrentó: la rama colgada en la puerta de la taberna, los arreos de Rocinante, la navaja en el puño de un criado, el ala de una efímera en vuelo… Y en aquella sangre de luz todas las aristas parecieron brillar con mayor claridad y crudeza, de manera definitiva, objeto o idea…

Don Quijote se secó los ojos con el faldón de la camisa, se vistió lentamente de armas, lentamente salió de la habitación, bajó al patio. Ya era hora de volver a casa, y sin duda Sancho había aprestado ya las bestias…

Le encontró perorando delante de la cocina encaramado a un montón de leña, orador de portentos, ante un pueblo de pinches y gañanes, sentados unos en el suelo, otros en los adrales de los carros, todos atentos y asombrados. Sancho vestía la zamarra negra pintada con llamas, regalo de la Duquesa, y parecía una torre, brasas reales brillaban en sus pupilas, las palabras le salían exentas de la habitual rusticidad, se elevaban y flameaban como banderas.

—Miradme —decía—. A primera vista un criado, un villano. Sin embargo he realizado hechos heroicos. Tampoco yo lo habría creído antes de que me desvendaran los ojos; cuando vivía contento con mi plato de olivas, desconocedor de los libros, y cualquier línea de

escritura se me antojaba una hilera de oscuras hormiguillas… Pero ahora he viajado, luchado, sufrido tanto. Ahora sé finalmente quién soy: una memoria y una fuerza de jornadas famosas… ¡Las que podría contaros! De aquel día en que, vencido por un sortilegio de rey, en un palacio real semejante aparentemente a una posada como ésta, tuve que saltar innumerables veces por el aire sobre una manta de mulos… Y de cuando puse en fuga con un simple grito al famoso Ginés de Pasamonte… Y de cuando me dieron un archipiélago para gobernar, y vaya si lo goberné bien, enderezando entuertos y reparando daños, como para merecer la mitra que por altanera humildad puse inmediatamente en la cabeza de mi asno. Asno, digo, ¡pero debiera decir Pegaso, que tantas veces sobre su grupa he volado, dirigiéndolo a mi antojo con dos simples talonazos! Porque juntos hemos estado por sierras y llanuras, hemos conocido princesas y pastoras, hemos resucitado cadáveres… Me diréis: ¿Qué ganancia has obtenido con tantas gestas? Una ciencia única pero inmensa, y es que erraba al fiarme de mis sentidos de hombre rechoncho y diminuto. Ahora sé que en cada miseria carnal puede ocultarse una muchedumbre celeste. Y que los que descubrí una mañana, monstruos arcanos revoloteando por el aire, contra la línea del horizonte, treinta, cuarenta…, ¿quién podía contarlos?, aquellos monstruos a los que valerosamente hizo frente mi señor… eran, ahora lo sé, auténticos y montañosos gigantes, Encelado, Tifeo, Briareo de los muchos brazos. Y valía la pena desafiarles con el riesgo de caer y morir…

Pero don Quijote, que había escuchado a sus espaldas sin ser visto, le dijo humanamente:

—Sancho, vuelve en ti. Sólo eran molinos. Molinos de viento, nada más.

Y con un silbido llamó a Rocinante.

EL BANCO

Primer día

Como de costumbre, había decidido llevar un libro, aunque sabía que no llegaría a abrirlo.

El médico había sido brutal y conciso:

—Retina hecha pedazos, *black-out* inminente.

—¿Años, meses? —había preguntado él.

—Meses —había sido la respuesta—, Y siempre que…

Él había asentido, sería un paciente modelo, aprendería a saborear la escasa luz… Recordó la otra sentencia, menos reciente, descifrada sin esfuerzo —había llegado a ser un experto— en el gráfico de un cardiograma, y la incertidumbre deportiva acerca de qué se le estropearía antes, si el corazón o la vista, le llenó de una equívoca alegría. Una llegada apretada, como dicen las crónicas… Aunque por ahora el corazón estuviera en cabeza, había salido con ventaja, ya hacía mucho que le temblaba en el pecho, bastaba un soplo para que se precipitara.

Recordó que su padre, al sentir acercarse su fin, había pedido que le pusieran los zapatos, antes de que la muerte le hinchara los pies. Pretendía una muerte decente y la había tenido. Pero ¿él?

A primeras horas de la mañana Villa Bellini difiere poco de un parque privado. Es un espacio de desierta somnolencia, que ahora ni siquiera turba, como hace un tiempo, los intermitentes *hop hop* de un jinete invisible; tras el seto del viejo picadero. Sólo unos pocos jubilados alrededor de la gran plaza, niñeras y niños paseando junto al lago de los cisnes, un vendedor de pipas y un vendedor de globos, como dos centinelas amenazadores, sentados al comienzo del sendero, donde éste toma impulso para ascender hasta

la avenida llamada «de los Grandes». Aquí, en un banco, estaba el viejo, con el libro cerrado sobre las rodillas, aguzando la vista como si pudiera, no digo divisar en el prado, compuesta con flores, la fecha del día (¿16 de enero? ¿18 de enero?), pero sí distinguir por lo menos las facciones de la mujer y del niño que se acercaban. Cuando los tuvo delante de sí, necesitó ponerse las gafas, con dedos torpes, tan difícil le resultaba extraer de aquellas manchas de niebla una evidencia de vida. Al no obedecerle suficientemente los ojos, llamó en su ayuda a otros sentidos, olisqueó el aire que le rodeaba, aprestó el oído.

—¿Quiénes son? —oyó que el niño preguntaba a la muchacha, mientras hacía botar la pelota en un juego solitario.

—¿Quiénes son quiénes?

—Las cabezas de piedra.

El niño indicaba los bustos de piedra, de resueltas patillas.

—Hombres importantes, hombres muertos.

—¿Muertos? ¿Qué quiere decir «muertos»?

—Vete a jugar, hala —dijo la muchacha, y se lo sacó de encima, se puso los auriculares de una pequeña radio, pareció encerrarse dentro de ella, a solas con una música bailable cuyas misteriosas cadencias marcaba en el suelo con el pie.

El niño lanzó la pelota, la persiguió hasta los zapatos del viejo y así fue como los dos se conocieron.

El viejo tiene unos setenta años, de modesta pero correcta indumentaria, con algún adorno graciosamente anticuado: corbata Lavallière, sombrero de ala ancha, un paraguas de tela gris, de mayordomo, que le sirve casi de bastón.

El niño es minúsculo para su edad, que sin embargo es mínima, no más de cinco años. Lleva un flequillo rubio que le cae sobre los ojos azules, tiene la piel noble, parece un Infante. Está hablando con la pelota, le suplica, le reprocha. Especialmente ahora que ha terminado entre los grandes zapatos del viejo, como incrustada entre las pinzas de un escorpión.

—¡Eh, tú, eh! —le dice finalmente al viejo, que tiene los ojos cerrados y parece no ver nada, no oír nada.

Hasta que finalmente el niño se mete a cuatro patas entre las

piernas del otro y luego sale triunfante con el botín en las manos. Cuando está a punto de irse oye que le llaman con un nombre que no es el suyo: «¡Giovanni!», y se vuelve, puntilloso:

—¡No me llamo Giovanni!

—¡Michele!

—¡No me llamo Michele!

Y, añade, porque el juego comienza a divertirle:

—¡Frío, frío!

Y sigue, mientras el viejo continúa probando:

—¡Frío, frío!

—¡Luigi! ¡Alfio! ¡Giuseppe!

Hasta que la mujer, que seguía desde lejos la escena, interviene, y declara, definitiva:

—Gaetano, Taño.

Después:

—¿Puedo sentarme ahí?

Se había quitado los auriculares de los oídos y parecía, dentro del impermeable de corte masculino, tan desarmada y atrevida, con los pómulos prominentes bajo la piel y un no sé qué de turbio y urgente en las pupilas, como quien tiene una preocupación excesiva y no sabe encontrarle palabras.

No esperó la respuesta, se sentó al lado del viejo. No sólo eso sino que le quitó el libro de las manos.

—¿Qué lees? —preguntó, con un «tú» que él acogió con gratitud, sin verlo como un halago sino únicamente como un gesto de impulsiva connivencia.

—Ya no leo —contestó—. He perdido la vista. Sin embargo, sigo trayéndome un libro como compañía. Aquí, en este banco, venía a estudiar de joven. Así que, siempre que vuelvo, me traigo un libro.

—¿Qué es, árabe? —preguntó ella, hojeándolo.

—Es griego —contestó él—. Sabes, hace un tiempo enseñaba griego…

Pero ella ya no le escuchaba, había saltado al encuentro de un joven bajo y moreno, aparecido en un extremo de la avenida.

El niño volvió de una carrera.

—¿Dónde está la chica? —preguntó, y el viejo jugó de nuevo a adivinar.

—¿Quieres decir Luisa?

—¡Frío, frío!

—¿Concetta? ¿Serafina? ¿Lucia?

—Noemi —desveló el niño, generosamente, y añadió—: La quiero mucho.

—¿Igual que a tu madre o más? —preguntó el viejo. El niño tardó en contestar, observaba los caprichosos movimientos de la pelota sobre la aspereza de la gravilla.

—Mi madre ha muerto —dijo luego, y preguntó—: ¿Qué quiere decir?

—¿Qué quiere decir qué?

—La muerte, los muertos, esos de ahí. —Y señalaba los bustos carcomidos de Domenico Tempio y de Mario Rapisardi [16].

—La muerte —dijo el viejo— es cuando uno ya no oye ruidos, ya no ve colores. Cuando ya no camina: está. Como una pelota que, si no la haces rodar, se para y se queda allí.

Miraba, mientras decía esto, a la pareja, el joven y la muchacha, que discutían excitados en la otra punta del paseo. Vio confusamente que ella le daba algo y recibía a cambio otra cosa. Entendió que era mejor apartar los ojos, se distrajo, pues, siguiendo los movimientos de Gaetano y su nuevo juego: hacía botar la pelota, luego de golpe la inmovilizaba con el pie, y finalmente se echaba en el suelo con las manos en las sienes, para contemplarla allí inerte.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—Está muerta —decía el niño, mirando la pelota inerte…

Mientras tanto, Noemi había vuelto, sola, estaba de pie y se retorcía las manos.

—¿Qué debo hacer? —dijo. Luego, en voz baja—: Me mato, es lo más cómodo.

—Por cómodo, sí que es cómodo —admitió el hombre, y callaron los tres durante un momento.

—¿Qué edad tienes? —continuó el viejo. Había terminado por descubrir la gasa blanca que le vendaba las muñecas, pero hizo como si nada, se limpiaba con el pulgar y el índice las lentes de las gafas.

—Veintidós.

—¿Veintidós? —se sorprendió él, y de repente le invadió una ira

pueril, pero también, por la oportunidad oratoria que se le brindaba, una exultación que era casi semejante a una plenitud amorosa. Se enfervorizó—: ¡Veintidós miserables otoños, inviernos, primaveras, veranos! ¿Qué sabes tú para querer dejar de jugar tan pronto? ¿Qué puedes haber entendido hasta ahora de la música del mundo? ¿De la luz y de la oscuridad? ¿Del mar y del cielo? ¿Del viento? ¿De la luna? ¿De los hombres? Los queridos desconocidos que pasan por tu lado y tienen, cada uno de ellos, una rica esperanza y una rica pena en el corazón… ¿Te has preguntado alguna vez cuántos miles de millones de hombres y mujeres han vivido desde los tiempos de los tiempos y han desesperado y esperado antes que tú? ¡Millones de millones, fíjate qué multitud serían! Imagínatelos aquí, llenando Villa Bellini, y la llanura de Catania, y la isla entera, y la tierra entera, apretados, aquí en Acquicella, en Cibali, en Novalucello, pero también en Lisboa, en Cincinatti, en Vladivostok, apretados, apretadísimos, en los terrados, en los balcones, un mar de puntitos negros, de cabezas y brazos en alto, todos ellos como en el día del Juicio, con los brazos levantados como varas de carretón…

Hacía tanto tiempo que no daba clases que la voz le traicionó, se le rompió en un acceso de tos que parecía interminable. Noemi esperaba pacientemente, le contemplaba con ojos incrédulos y opacos. Había dejado sobre el banco, encima del libro del viejo, un bolsito semiabierto, donde era visible el paquete de jeringuillas, las papelinas, un equipo de muerte demasiado moderno para que él lo identificara. Y seguía contemplando al viejo, esperando una tregua dé aquella tos.

También él esperaba lo mismo, deseando recomenzar. Ya que su parrafada, si bien debía no poco al antiguo y sabroso hábito de la retórica, provenía sobre todo de una exuberancia del corazón. Un sentimiento que era una mezcla de ira y misericordia, una humilde, envidiosa, piadosa cólera por tantas muertes precoces exhibidas a lo largo de los caminos del mundo, por tanto despilfarro de días jóvenes arrojados al viento para despecho y mortificación de quien tiene los días contados…

—¿Sabes —continuó calmosamente— cuántas estrellas hay en el cielo? ¿Y constelaciones, de Andrómeda a Vulpécula? Pues bien, aún hay más hombres muertos; y si todos pudieran resucitar por un

momento, todos estrechamente amontonados en la llanura, les verías levantar las manos al cielo, gritando, suplicando por un poco de ruido y de luz, a costa de cualquier dolor y tortura. Porque no hay tortura que no estuvieran dispuestos a sufrir a cambio de un puñado de miserable luz, de un único instante de mísera luz… Todos levantarían los brazos, si pudieran, y no pueden, porque sólo son polvo, polvo…

La muchacha se echó a reír, a ráfagas secas, como el motor de un coche que no consigue arrancar.

—¡Vaya historia, caramba! Pero hay algo que no me cuentas: dónde va a parar tanto polvo. Porque a estas alturas debería haber muchísimo, montañas altísimas, la tierra tendría que estar llena de polvo… Entonces, dime, ¿cómo es que la tierra no crece?

Él se había cansado, había cerrado de nuevo los ojos y con manos ciegas se hurgaba los bolsillos. De un frasquito que encontró en ellos sacó una píldora que se metió bajo la lengua. Luego, cansadamente, prosiguió:

—Crece, crece. Aunque nadie se dé cuenta, por ahora. Pero un día la ceniza de los muertos colmará ríos y océanos y la tierra perecerá.

En el silencio sucesivo la voz del heladero sonó despreocupada y lejana:

—¡Llorad, chavales, que mamá os lo compra!

Gaetano fue el único en recogerla e invitó con la mirada a la mujer, le cogió la mano y se la llevó consigo hacia el carrito, que todavía no asomaba por la curva.

—Abuelo, espéranos, no te vayas —le dijo al viejo sin volverse.

Segundo día

No les esperó. Le había entrado frío, sintió la necesidad de su butaca, en casa, y de un vaso de vino. Pero a la mañana siguiente, a la misma hora, pese a alguna amenaza de lluvia, cierto celo le empujó al banco habitual, como movido por una implícita palabra de honor.

Al cabo de pocos minutos aparecieron los dos, cuando ya había comenzado a llover y el viejo apenas asomaba debajo de la cúpula del paraguas, petrificado y grave bajo el peso de su abrigo.

—Veamos, ¿cómo sigue la pupa? —se informó, tocándole con un dedo la frente.

Pero ella replicó:

—No, profesor, no te contaré mi vida. Tú no conoces las palabras justas. Tú tienes demasiados años, hablas de una manera complicada y llevas gafas, y un libro que no se entiende…

Le quitó de las manos el libro, lo abrió al azar, puso el dedo en una línea cualquiera.

—Tal vez este libro podría ayudarme, tal vez aquí donde he puesto el dedo está la respuesta, está escrito qué debe hacer alguien que no sabe qué hacer. Pero yo no sé griego y tú tienes la vista mala…

El viejo le cogió la mano un momento, le acarició la muñeca vendada, le formuló con los ojos una pregunta a la que ella asintió con la barbilla.

—Por eso estás tan pálida… —Y la estrechó junto a él bajo el paraguas, sentando en las rodillas al niño, el cual callaba contento, nada le gustaba tanto como oír hablar a los mayores.

—No tienes las palabras justas para mí —dijo ella— Pero es posible que sepas una fábula para Taño. O, mejor dicho, para los dos…

—¿Te contentarías con un sueño?

El niño protestó:

—No, yo quiero una fábula de verdad. Y nueva. Las viejas hace mucho que me las sé.

—Entonces digamos, por ejemplo, que una vez había un príncipe. Y se perdió en un bosque. Y en el bosque había un castillo. Entra y encuentra una escalera de plata, una escalera mágica. Quien la sube, a cada escalón envejece un año. Quien la baja, a cada escalón rejuvenece. Entonces el príncipe…

La pausa estaba calculada, la muchacha no cayó en la trampa. Pero Taño preguntó:

—¿Qué hizo el príncipe?

—¿Tú qué habrías hecho? —dijeron el viejo y Noemi a dúo.

Y rieron, cuando Taño, después de haber gritado:

—¡Subir, hacerme grande! —modificó repentinamente la elección—: ¡No, esperad, bajar, bajar!

—Ves —le dijo el viejo—, no lo sabes. Y tampoco el príncipe lo

supo. Se quedó inmóvil en un peldaño y no sabía qué hacer. Y allí seguiría todavía, si…

—¿Si?

—Si no hubiera llegado un gigante. Que buscaba zapatos para sus pies. ¡Calzaba un noventa y nueve!

—¿Entonces?

—Entonces fue al castillo, donde había visto un día dos grandes bañeras. Confiaba en que le irían bien…

Se interrumpió. El joven del día anterior estaba de pie delante de ellos, con la cabeza de cabellos rizados descubierta. Empapado y guapo. Un tipo bajo vestido de cuero, guapo en su torva expresión que no se acababa de saber si era de camionero o de estudiante.

Noemi levantó los ojos, brusca.

—¿Qué pasa ahora? —dijo.

—Que ahora te vienes conmigo y vuelves a casa.

La cogió por un brazo, la obligó a levantarse, pero ella se resistía. Y Taño con sus menudos puños golpeaba la pierna del hombre. Hasta el viejo se levantó, cerró el paraguas, lo empuñó amenazador.

—¡Bestia —le gritó—, vete!

Entonces el joven, inesperadamente, soltó la presa, se echó a llorar.

—¡Tú! —exclamó, acusando a Noemi—. ¡Tú, tú, tú! —Y lloraba. Después sacudió la cabeza—. Vuelve a casa —dijo por última vez, y se fue.

—Pero ¿y los cordones? ¿Qué hace el gigante para los cordones? —preguntó entre lágrimas el niño, que también se había echado a llorar.

En el forcejeo el libro había acabado en el barro. Noemi lo recogió, lo limpió. Estaba claro que no quería hablar de lo ocurrido; dijo con voz neutra:

—¿Encuentras en este libro las fábulas que cuentas?

—Oh, no, me las invento yo. —El viejo la secundó como si no hubiera ocurrido nada—. Mentir es ahora la única distracción que me queda.

—Me lo suponía —dijo la mujer—. Tienes los ojos estriados y

eso significa hipocresía. Sin embargo me habría gustado estudiar en la escuela contigo, leer contigo este libro. ¿Qué cuenta, profesor?

El viejo alisó con los dedos el volumen.

—Es la historia de un ciego guiado por una muchacha.

Luego, sin leer, recitó:

—Oh, hija de un ciego envejecido, Antígona, ¿adónde hemos llegado? ¿Un campo, un país de hombres? ¿Y. cuál? ¿Habrá hoy alguien que acoja con dones, incluso pobres, a este Edipo errabundo?…

Mientras tanto, había escampado, y hasta había salido el sol, brillaba sobre los cráneos de los bustos, secaba rápidamente las hojas esparcidas por el paseo.

—Pero ¿y los cordones? —volvió a preguntar el niño.

—Oh —dijo el viejo—, no hacían falta. Eran zapatos especiales, mocasines de porcelana —Luego, a la muchacha—: Pero ¿tú qué haces, cómo vives? ¿Cuidando niños?

—De vez en cuando. A decir verdad, soy asistente social. Aunque no asisto a nadie, tendrían que asistirme a mí.

Se oyó en la lejanía un estrépito de feria, debía de haber un parque de atracciones en los alrededores y la reaparición del sol le animaba a recomenzar.

—¿Tienes una hija? —preguntó Noemi—. ¿Alguien con quien ir del brazo?

—No —contestó él— Estoy solo. He adoptado como hijo al fantasma de mí mismo adolescente.

—No servirá de mucho, un fantasma, el día que tenga que cerrarte los ojos.

—Si es por eso se muere mejor a solas. La muerte es una fiesta para solitarios.

—¿Una fiesta? ¿No decías que era una fiesta vivir?'

—Algún día entenderás que también es verdad lo contrario de cada verdad. Como este guardapolvo que llevas, *double-face*…

Callaron, el heladero volvió a gritar, pero Gaetano no pareció oírlo, estaba boquiabierto escuchando a los dos.

—No me gusta ese hombre —dijo el viejo.

No esperaba una rendición tan repentina y que ella consintiera

vaciarse de golpe de su secreto como una parturienta que pare.

—A mí, por el contrario, desde que tenía quince años me gusta y le gusto, arde y me persigue y yo ardo con él.

—¿Eso es todo? —El viejo se encogió de hombros—. ¿Qué tiene de terrible amar a un hombre y ser amada por él?

—Tiene —exclamó ella— que soy una desgraciada. Porque mi decisión no vacila entre una razón y una pasión, sino entre dos fatalidades, dos desastres: si debo volver con él y morir, o bien abandonarle y morir…

Titubeó, después empezó a explicar:

—Mira, nosotros somos tres, huérfanos, y vivimos juntos, yo, él y mi hermana. Y él, mi hermano, es el que nos ha corrompido a ambas desde un principio, cuando éramos chiquillos. Y ahora mi hermana está inmóvil en una silla de ruedas, y tiene los dos riñones podridos y la mente furiosa. Y cada noche me dice: «Vete con él, hermanita, pasa la noche con él. Ama por mí, grita por mí. A mí me basta con oíros desde mi habitación…»

—El caso es extraño —dijo el viejo—, Pero no más impío que tantos que se leen en los diarios.

—Sí, pero ¿qué debo hacer? Me he ido de casa a hacer de niñera, pero no lo resisto. Y él, mira cómo me sigue, no me da reposo. Me da tanto miedo como las ratas. Pero basta con que me roce para que se me aflojen las piernas, ardo por completo y no sé decirle que no…

Se levantó, y añadió:

—Y eso no es todo, abuelo. Llevo dentro una vergüenza todavía más dañina que no te cuento, que te contaré mañana.

Recogió el bolso, lo cerró, cogió de la mano al niño, que ahora tenía una mirada de adulto, indecisa e infeliz, y empezó a andar. Pero, al cabo de pocos pasos, retrocedió y dijo:

—¿Y de Dios qué me cuentas, abuelo, qué pasa con él?

Él se levantó y se aproximó a ellos lentamente:

—¡Qué pregunta me haces! Tal vez existe pero nosotros no sabemos verle por entero, sólo descubrimos fragmentos, un filamento, un residuo, un susurro, aquí y allá, en un resplandor de luna sobre el alféizar, en un soplo de viento entre las hojas oscuras de un jazmín, en el gemido de una muchacha que pretende matarse… Te lo diré mejor mañana, déjame pensarlo un poco…

—Hasta mañana, pues, a la misma hora.

—Infaliblemente.

Tercer día

A primeras horas de la mañana Villa Bellini difiere poco de un parque privado. Un jardinero está agachado, en su mono color pizarra, componiendo con flores en un arriate una fecha, 20 de enero o algo así. Van y vienen jubilados. Una institutriz de mediana edad, alta, flaca, se deja guiar hacia el paseo de los «Grandes» por la mano de un niño que parece tener prisa.

—¿Qué número de zapatos calzas? —pregunta Taño, mientras suben, pero no obtiene respuesta—. Los gigantes calzan el noventa y nueve —sigue diciendo, y luego—: Todavía no sé cómo te llamas.

Ella responde:

—Vincenza.

Y él:

—Noemi era un nombre más bonito.

Ahora se ha soltado de la mano de ella, persigue la pelota que ha lanzado lejos, allá donde un señor está sentado en un banco, con la cara oculta por un gran diario abierto. Taño juega a lanzarle la pelota entre los pies y ríe de antemano. Pero se calla de repente, cuando un rostro nuevo emerge sobre el telón, de un señor nunca visto, que le devuelve la pelota sin decir nada y vuelve a sumergirse en la lectura.

Más adelante un joven bajo aparece por el fondo del paseo, y sigue vestido de cuero. Reconoce de lejos al niño, busca a alguien a su lado pero sólo ve a una mujer de mediana edad, alta, delgada, Vicenza Sbezzi, la señorita de la guardería.

Se sienta entonces en el banco de enfrente y fuma perplejo un cigarrillo. El niño no le ve, está examinando al viejo señor que lee. Finalmente sacude su pelo rubio, bota la pelota tres veces, luego la para con el pie, se echa al suelo para contemplarla inerte, muerta, apretándose las sienes con las palmas, y habla para sí en voz bajísima.

EL GUARDIÁN DE LAS RUINAS

Será azar, será vocación, pero en toda mi vida casi no he hecho otra cosa que custodiar cosas muertas o moribundas. Ahora que he avanzado en años y puedo mirar hacia atrás desde una altura cercana a la cima, no cesa de sorprenderme, entre los confusos zigzaguees y las paradojas de mi camino, este hilo obstinado que los desmiente, o por lo menos parece desmentirlos. Es posible que sea cierto que cada hombre lleva escrita en la propia sangre la fidelidad de una voz y no hace más que obedecerla, por muchas derogaciones que la ocasión le sugiera. Así que a mí debe de haberme tocado un perpetuo destino de centinela. No de leyes o tesoros, sino de tumbas y escombros, cuando no incluso de nadie y de nada…

Recuerdo que de niño, cuando jugábamos a guardias y ladrones, todos los ladrones y los guardias se ponían instantáneamente de acuerdo en asignarme el papel de «poste». Y no habría estado mal, si, a mis espaldas, no se hubieran puesto de acuerdo en interrumpir la competición e irse de paseo, abandonándome ignorante detrás de una esquina, con el oído alerta en espera de un enemigo inexistente.

Más adelante, la noche de una Navidad en guerra, me tocó zapatear de frío haciendo guardia delante de un polvorín vacío, abandonado desde hacía años, como supe a la mañana siguiente por el cabo que me dio el relevo. ¡Singular filosofía soldadesca, que pretende obediencia a un código heroico, incluso cuando se ha extinguido la realidad que lo había dictado…! Pensé entonces, yo, que he estudiado el bachillerato, en aquel famoso centinela de Catalina de Rusia, abandonado para siempre en su lúgubre garita, y me convencí de que su caso era un símbolo del mío, tal vez un símbolo de todos…

Pero vayamos al grano. Para referiros dos ulteriores aventuras de mi carrera, no impuestas por la fuerza de los demás, sino buscadas, elegidas por mí: cuando fui guardián de un cementerio y

vigilante de un faro. Una tarea, la primera, más higiénica y alegre de lo que se supone. Con aquella hierba esmeralda, en los hermosos días soleados, y el pacífico tedio, la lagartija que guiña el ojo confiada desde la grieta de una lápida, aquel ángel de mármol que señala con los tres dedos que le quedan el cielo… Era un camposanto de pueblo, con poquísimos visitantes, que dejaban la mula atada a la verja, como el caballo a un poste los pistoleros del Oeste; luego se dirigían a un nicho, categóricos y fúnebres, con los brazos colmados de crisantemos. Al irse, me dejaban una propina de fruta o verduras, me recomendaban la renovación del agua en los jarrones, el cuidado de la hierba. Ignoraban que con las almas yo mantenía cada noche relaciones más íntimas y que, mejor que tantos ramos insípidos, les consolaría el recital de mandolina que improvisaba para ellas. No duró. La mazurca de Migliavacca le pareció blasfema al peón caminero Rinzivillo, que se había apartado para una necesidad, detrás del muro, y se sintió tan turbado como molesto por los sonidos de mis cuerdas. Puso una denuncia, me sorprendieron en flagrante sonido, me perdonaron, me sorprendieron por segunda vez, fui despedido, me marché. No sin antes haber alegrado a los difuntos, sendero a sendero, con un último concierto de mandolina.

Con el faro alcancé un mayor éxito; si lo abandoné fue por mi voluntad, por simple ansiedad de cambiar. Se trataba, naturalmente, de un faro en desuso, construido mucho tiempo atrás por cuenta de un consorcio de pescadores, para indicarles la costa con el fuego móvil de la linterna; un faro inútil, pues en aquella zona ya no salía ninguna embarcación y el último pescador había muerto. Ni siquiera los vaporcitos que pasaban por alta mar, e iban provistos de radar y chismes semejantes, necesitaban nuestro mendrugo de luz, miserables migajas de Pulgarcito, para encontrar el rumbo… Así que me instalé en él con el asentimiento de todos y me convertí en su dueño, con el pacto de que de vez en cuando volvería a poner en marcha el artefacto para que no se oxidara; y repararía los postigos; y, la noche de la Virgen de Agosto, divertiría a los bañistas, manchando el claro de luna con el juego del escondite bicolor de mi lámpara giratoria. Me gustaba durante el verano esta misión de vulgar artificiero, y no deseaba más comunión con el prójimo que ésta: contemplar a todos desde arriba,

en su animal mansedumbre, y contarlos, asomado al ventanuco de mi alojamiento, con el orgullo de estar dentro de mi destello, yo, único, inalcanzable…

En invierno, otra historia. Desiertas la playa y las casas, me inventaba diversiones dramáticas: salir por la noche a la galería anular, envuelto en un impermeable de hombre de Arán, a dibujar señales con una antorcha de mano en dirección a un imaginario ciclón y un más imaginario naufragio. O bien (con mayor frecuencia) escribir versos, que declamaba ante el espejo:

Como un guardián de faro infiel
dirijo hacia los escollos toda barca que me busca,
rio a solas, frotándome las manos…

Sí, escribí estas y otras palabras, y ¿qué ocurrió? Un suboficial de aduanas me secuestró el cuaderno, cuando vino a registrar, convencido de que desde lo alto yo guiñaba el ojo a las motoras de los contrabandistas. Buscó por todas partes, aquellas líneas largas y cortas le parecieron la cifra de un telégrafo sin hilos, en aquella escritura vislumbró el cuerpo oculto de un delito muy patente. Se equivocaba sólo a medias.

Aquí me tenéis ahora anclado en mi bastión definitivo: un puesto de desguazador de coches. Aquí soy monarca y dios padre en el mejor de los tronos posibles. Gano, incluso. Viene gente de todas partes a entregarme gratis, con la sangre de las víctimas todavía fresca en los guardabarros, los restos de todos los encontronazos. Otros buscan piezas sueltas, recambios prácticamente inencontrables, sepultados en la chatarra: un deflector, una portezuela, un *spoiler*… Soy feliz. Mucho más que aquel vigía griego, ¿os acordáis?, que en el tejado de los Atridas, pegado al suelo y con la cabeza erguida sobre los codos, a la manera de los perros, interrogaba a la congregación de los astros sobre los secretos de su nacer y morir… Oh, no, yo no llevo a mi lado, como él, el miedo. Yo tengo mi mandolina. Y si canto, no es para asustar a los fantasmas, sino para atraerlos.

Feliz. Sólo sé pronunciar esta palabra. Aquí estaba la madriguera

á la que me dirigía jadeante, aquí encuentra un sentido mi carrera, si es que ha habido carrera; mi fuga, si es que ha habido una fuga.

¿Cómo vivo? Sobrio por naturaleza, eso no significa ningún problema. Para dormir, tengo una pequeña barraca; una furgoneta, después de haberle sacado los asientos, me sirve de despensa, cocina y comedor. En un hornillo de gas preparo comidas espartanas, que consumo con irónicas ceremonias de Grand Hotel, representando alternativamente los papeles de camarero y de cliente. Una escenita de entremés en la que ingenuamente me aplaudo o me critico, antes de retirarme a mis aposentos nocturnos para saborear con un simple mazo de cartas los placeres del solitario. Los conozco de todo tipo; pero me gusta inventarme otros nuevos, donde pueda debatirme mejor entre las radiantes secuencias de los palos, del as al rey, y las oscuras sorpresas del descarte. Porque aunque pierda más veces de las que gano, esto no hace más que reduplicar el éxtasis metafísico de haberme atrevido a apostar contra la soberbia de Dios. Y además, ¿qué hay más sedante, para conciliar el sueño, que incubar en el pensamiento la esperanza de un desquite?

Hablar, no hablo con alma viviente, a excepción de un sí o un no con los clientes, y cuatro frases con el chófer del coche de repuestos, que me aprovisiona cada lunes. Para las restantes necesidades disfruto de toda la mecánica y toda la química que mi mina de chapa y de hierro me ofrece. Así, por ejemplo, en los meses fríos uso como combustible el aceite lubrificante que queda en tal o cual motor desarmado; mientras que, contra las molestias de la canícula, utilizo un ventilador de radiador, alimentado por una batería. ¿La luz? Me la proporciona un generador, ¿El agua? Un gran depósito de camión, que he colocado en el techo y que me sirve de cisterna. Me afeito con una vieja navaja barbera, contemplándome en el espejo retrovisor, para descabezar un sueñecito busco el asiento de un antiguo Lancia Flaminia, que se aviene a servirme de butaca; con un claxon me digo a mí mismo que ya es mediodía…

Diréis que es una vida de Robinson, de acuerdo. Aunque yo viva al lado de la autopista y contemple las monstruosas carreras de los coches vivos a no más de cien metros de distancia. Está claro que no es espacio lo que me falta. La explanada en la que acampo

pertenece al Estado, nació de la expropiación de una finca, para dar salida a obras de excavación. Las extracciones, pardas o yesosas, amontonadas entonces por las máquinas sobre el prado, le han hecho morir poco a poco. Apisonado por innumerables pies y ruedas, el terreno ha olvidado las estaciones de las linfas y de las semillas, conservando de ellas apenas una reliquia, una hilera de tres árboles, semejantes a tres testarudas cariátides que resisten en pie después del hundimiento del arquitrabe.

Ellos son, en mi proyecto de ciudad, los que representan el Jardín. Sí, persigo un proyecto: escribir con esqueletos de coche una geometría de ciudad. No sembrándolos, pues, al azar, en el primer espacio vacante, sino disponiéndolos en ordenada alineación, con la cabeza hacia el lado justo, para simular edificios a lo largo de una avenida o en torno de una plaza. Ya existe, de la urbe que sueño, una trama ajedrezada de barrios, según el módulo hipodámeo, con calles ya bautizadas: calle del Simca azul, callejón del Alfetta cojo, *promenade* de los tres Renault… Está naciendo una plaza, rodeada de berlinas negras, en cuyo centro se encrespa, y parece un tumor ecuestre, la carcasa de un autobús, retorcida por un choque y que un incendio llenó de quemaduras leprosas. Así, sin darme cuenta, mediante estos sepulcros alineados y cubiertos, he ido imitando el mapa del camposanto rural de mi juventud. Hasta el punto de que casi espero que el 2 de noviembre los antiguos propietarios de los vehículos acudan a visitarlo con flores en la mano; y que una vez más Rinzivillo me grite desde el otro lado del muro, antes de acurrucarse en su necesidad…

No viene nadie, claro está, pero yo, mientras me paseo, con el canto del gallo, entre las vallas de demolición, intento imaginarme dentro de cada habitáculo las formas de vida que alentaron en ellos tiempo atrás, escucho susurros amorosos, iras, latidos febriles o fatuos del corazón. Un pueblo de difuntos se mueve de una parte a otra de mi dominio, una invisible grey que siente devoción por mí y que pastoreo a voluntad. Con miradas de especial consideración a las piezas prestigiosas: el Mercedes de un asesinado, con el parabrisas ciego de disparos; un coche fúnebre, monumental, detrás del cual cuesta trabajo no descubrir un cortejo de tambores y enlutados, caballos con la cabeza enmascarada, penachos de coraceros…

A estos ejemplares les dedico mayor consideración, no dejo de darles, al caer el día, las buenas noches: «Son las nueve y todo sigue bien», murmuro, y casi me parece que yo mismo estoy metiéndoles en la cama, que les tapo con las mantas…

Creedme, no soy un loco, ni un principiante de la vida. Y no es seguro que sea yo y no vosotros quien se equivoca, si me siento contento de mi colección de cenizas, si sólo gusto de la historia destruida y de los halagos de las ruinas. A decir verdad no hay nada, en el mundo de fuera, que no me resulte extraño u hostil: no lo frecuento, no lo entiendo. Ni siquiera a la mujer que viene de vez en cuando del Autogrill le pido noticias de paz y de guerra, me desenvuelvo con gestos técnicos y breves, la despido y retorno a mi lujuria de estar solo…

¿Qué será de mí en la prueba de la vejez? Cuando, como un noble río en la desembocadura, me enarenaré y me convertiré yo mismo en una catástrofe a custodiar.

El futuro no me asusta. Sea cual sea el final que me aguarda, estoy seguro de que en algún lugar, después de la muerte, una vez más deberé montar guardia. Yo sé, pero no lo digo, ante qué ausencia, inercia o ruina.

FELICIDAD DEL NIÑO CASTIGADO

Le encerraron en una habitación por una culpa cualquiera.

Lo primero que hace es cerrar a su vez por dentro, con el cerrojo. No quiere correr el riesgo de un perdón tardío, de una amnistía no deseada. Son ellos, los demás, quienes se quedan fuera castigados, excluidos de su vida, prisioneros suyos sin saberlo…

Echa, pues, el cerrojo y una furiosa exaltación le acelera la sangre; la soledad se le sube a la cabeza. Es libre, finalmente, el gobernador de todo, el soberano de una ciudad sin fronteras. La cual le resulta familiar y sin embargo diferente a cada hora: como las olas y las nubes que, si las miras, se renuevan siempre…

La explorará paso a paso, con la prudencia de una avanzadilla; censará su población de trastos y muebles inútiles, juguetes abandonados, vestidos de cómicos guardados para las próximas mascaradas. Su proyecto, si proyecto puede llamarse a un propósito confuso, consiste en transformar la remoción de los recuerdos en una feria de maravillas.

Admira el velero dentro de la botella. Un tres palos en miniatura, rojo carmín, con el nombre *Maris Stella* pintado de negro en el costado; con el velamen completo a popa y a proa; bueno todavía para orzar y para sotaventar, si no estuviera encallado dentro de esta trampa de cristal, después de tanta guerra de torbellinos… El niño mide con el dedo la estrechez del orificio, la compara atónito con la mole de la embarcación y siente que su pensamiento se le desliza entre los dedos como un puñado de arena.

Más allá le turba el antiguo y descascarillado espejo, al que se acerca para mirarse. El óvalo, en un marco de pámpanos, le devuelve una atenuada mescolanza de colores, el azul celeste de la blusa, la palidez de la frente, el rojo encendido de los labios. Y en él se asustan dos ojos, que una sucesión de parpadeos cubre y descubre.

«Yo», dice el niño y se toca, comienza a tocarse en cada punto del cuerpo, se rebautiza. «Frente», dice. «Ojos», y sonríe. «Nariz», ríe. No ha tenido tiempo de saciarse del juego cuando ya arroja sobre el espejo un trozo de tela floreada y le parece, cegándolo, que se ha matado.

¿Qué hará ahora, adonde le lleva la adorable perplejidad de su paso?

El primer viaje es al arquibanco del padre, tal como ha quedado desde que se fue. El niño hunde en él la mano al azar, y saca el grabado de las grutas de Postumia, con el turista minúsculo que camina entre las agujas y lleva en la mano una lámpara de minero.

Hojea de nuevo los libros de siempre, *Col ferro e col fuoco, La bella argentiera, Il mistero del poeta*[17]… Con el cuarto vacila, tentado. Sabe que no debe abrirlo, pero lo mantiene cerrado en las manos, acaricia su portada…

Un capricho le llama a otro lugar. Se desplaza. Encuentra en el suelo, con los bastidores plegados como alas, el biombo de diarios encolados que estaba en la habitación de su hermana. Lo abre, lo pone en pie, dificultosamente, se oculta detrás, no acaba de saber de quién. A través de un desgarrón del papel el ojo busca sin encontrarlo un perseguidor o una presa que no existe.

No se desanima, por lo que recuerda siempre le ha gustado espiar. Rememora un verano, en la casa de campo próxima al río, y el silencio meridiano debajo del moral lleno de pájaros. Ni siquiera ellos hacían ruido, fulminados por el calor. Más adelante, avanzada la noche, incorporándose á medias de la almohada, escucharía la conversación de su padre y de su madre, que hablaban de él en la habitación contigua. Su padre le ensalzaba: hablaba de una esposa

reina, un día, y de terrenos submarinos, de una inmensa fortuna futura y de sabiduría y salud… La madre contestaba que sí, y que el día de Pascua saldría del brazo de la nuera reina, y todos se volverían a mirarla…

He aquí el binocular, el éxtasis de un regalo navideño olvidado. Lo ajusta al ojo, lo manipula, pero no se contenta con las presas vecinas. Se encarama a una silla, para poder mirar por la claraboya. Las lentes le muestran un cielo ya casi nocturno; abajo la llanura, aquel prado de hierba donde pasta un caballo blanco; más acá el pueblo, con los tejados, las chimeneas, el ademán inmóvil de los campanarios ante la luna que nace. Qué enorme es un campanario a través de una lente; y cómo se empequeñece si se coloca el binocular al revés. Cosa extraña, y maravillosa, que en el mundo nada persista en una dimensión absoluta, que todo pueda disminuir y crecer a capricho, según el lado de unos prismáticos… Cosa extraña, también, y maravillosa, que una goleta pueda pasar por la boca de una botella… Y quién sabe lo grande que le parece a una mosca la mano que se dispone a aplastarla en el alféizar; qué inmensa le parece a una hormiga la sombra del zapato que la amenaza…

El niño se siente viejo en un mundo inconmensurable, teatro de formas y de edades que se encogen y se estiran sin motivo, y en el que adultos y niños no hacen más que intercambiar años y papeles. Morirán los unos y los otros, al final, vestidos de negro, como ha muerto su padre, hace un año.

El niño se siente viejo, aunque asombrado y contento de estar vivo. Le atrae una mancha oscura en el revoque: una araña encogida, víctima de un antiguo frío, que se pulveriza bajo su pulgar. Desde un cajón entornado le reclama un mazo de naipes campesinos, elige dos cartas y las junta para obtener el trofeo dorado de un *settebello*[18]. Descubre en el cubo agujereado una cuerda de pozo que se quedó allí. Juega por un instante a ahorcarse, pero el nudo corredizo se le deshace alegremente en el puño. Juega a vendarse con un pañuelo, a fingirse dueño de alfombras que vuelan, contramaestre de islas errantes, buceador de piedras filosofales.

No sabe si está tramando consigo mismo una intriga o un desafío.

Retorna al espejo, lo lleva a la luz, lo apoya en el sitio donde hay más luz. Con manos bruscas se desnuda, deja caer las ropas en torno a los pies descalzos, se queda desnudo, inerme, flaco delante del espejo: para mirarse, para tocarse, para rebautizarse una vez más. Serio, esta vez, y con un ceño de heroica decisión. Se palpa las clavículas, se cuenta las costillas del exiguo tórax, interroga con el dedo los exangües botoncitos de las tetillas, la magra cavidad del vientre, el misterioso ombligo. Con repentino susto la mano corre a conocer aquella culebrita lánguida entre las piernas, el rosa del glande descortezado…

¿Es él, o quién si no, quien ha quitado el candado? ¿Cómo han entrado tantos enjambres de reyes magos, juglares, músicos? Crepitan salamandras en un brasero en llamas, se mecen sobre una cresta rizos de espuma, luego caen, se precipitan en el torbellino. La alondra que ha alzado el vuelo ya no se oirá…

Ahora siete doncellas de Saba le traen la Osa Mayor. Con ellos Arlequín, montado en una mula, guitarras, conchas, un abanico…

Finalmente llegó su madre, y le llamaba desde el otro lado de la puerta.

LA BELLEZA DEL UNIVERSO

Fue en un columpio, el día en que cumplió cuarenta y seis años, donde Severino Paceco comprendió la belleza del universo. Se había levantado temprano, en la aristocrática villa donde desempeñaba el papel de preceptor, y mientras medía con pasos lentos el jardín esperando la campanilla del desayuno, dio en descubrir, con confiada sorpresa, el novísimo columpio que el señor de la casa había suspendido con dos cuerdas de una rama y que la brisa movía.

Nunca había experimentado un vehículo tan evasivo, ni por otra parte le había gustado nunca, desde niño, aventurarse en tiovivos y balancines; y mucho menos, con la mano cerrada sobre el hilo, compartir por los campos los caprichos de una cometa. Severino era un hombre estático y casero, oloroso a papel secante y a tinta, cuyos miembros parecían naturalmente destinados a una cátedra como a un trono los de un rey. Sin embargo esta vez el columpio supo tentarle: trémulo, halagador, una potra con ansias de galopar. Sin pensárselo más se acercó, rozó con el dedo el borde de la silla, la empujó para que oscilara con mayor amplitud. La mirada que dirigió a su alrededor, suspicaz, no le reveló presencias o indicios de vida, salvo en el horizonte el punto inmóvil de una barca de altura y, a dos pasos, un inocuo pavo real, surgido de la parte trasera de la casa con toda la vanidad de su rueda. No le hizo falta más para desembarazarse del tricornio, arremangarse los faldones de la levita y, con un impulso del que nunca se habría creído capaz, saltar sobre la máquina mecedora.

Era agosto. Moscas azules, o más bien moscardones carnosos, le zumbaban en torno. Severino reía.

El columpio le subía y bajaba. Había empuñado con fuerza las cuerdas, como las riendas desesperadas de una carrera ecuestre o las sábanas de una evasión. Pero a la vez que, despellejándose

duramente las palmas y corriendo el riesgo de precipitarse, imprimía al carrusel un movimiento cada vez más temerario —sin dejar por ello de arrebatar al cielo y a la tierra todo lo que su vista podía alcanzar—, la sangre, trastornada por la insólita fiesta, se le subió a la cabeza y le obligó a una tregua. Fue entonces cuando, decrecido el ritmo de la navecilla a impulsos más suaves, de cuna o de hamaca, Severino comenzó a sentirse presa de una súbita languidez y confusamente conmovido por la belleza de todas las cosas. Tampoco este sentimiento se limitó a estancársele tranquilo en la intimidad, sino que, a semejanza de un mosto que fermenta en la cuba, burbujeó en sus labios en espumosa marejada de sonidos, y luego se los abrió hasta convertirse en incontenible cántico y hosanna.

—¡Oh, cielo! —entonó, pues, con voz perceptible—. Eres bello. Archibello. Tú y tus nubes, de las cuales no se sabe si son simulacros, y de qué. Si cifras jeroglíficas y pedagógicas, o restos de altos castillos, o desfiles de flotas reales, o procesiones de sueños… Hasta que una mañana, hoy por ejemplo, un viento las deshace, un calor las derrite, y tú de golpe vuelves a ser este puro cristal de roca, este duro círculo de azul, la pupila de un tuerto, omnividente dios…

Se quitó suavemente con un soplido el polvillo de caspa que había caído sobre el hombro y prosiguió:

—¡Cómo me gustaría, insondable cielo, ser tu centinela durante el tiempo que me resta! Desde una garita de la torre, con un vaso de agua y un pan como única compañía. Para llagar a saber si eres esmeralda sin tacha o perla imperfecta, vísceras del todo o fauces de la nada… De ti se dice que no tienes fronteras, pero otros afirman que te curvas y estiras hasta morderte la flameante cola… Y anillas lunas con soles, y entrelazas albas y crepúsculos, atraviesas con zigzagueantes relámpagos el follaje de las galaxias… Serpiente cielo. Árbol cielo. Justo, arcano, bellísimo, ¡archibellísimo cielo!

No se percataba Severino de que una muchacha había llegado silenciosa entre los árboles y le espiaba, aunque con ojos todavía miopes de sueño: descalza, vestida con un tenue camisón que apenas le cubría las piernas, pero coronada con el trigo increíble de sus cabellos, de un color más amarillo que rubio. Una muchacha llamada Rosina, pupila en casa del noble tío, en la que había

crecido silvestre y perezosa, pese al celo de aquél en querer sacarla adelante con más empeño que si hubiera sido su hija. Encargado después de muchos de desbastarla, Severino, aunque célebre en la comarca por doctrina y autoridad, no había servido más que los otros para cautivar su atención. Cualquier menudencia podía robarle el corazón a la alumna: destello del sol en los cristales, perfume de agua de azahar en un jarro, do re mi de espineta lejana…

Él solía predicar sobre accidentes y sustancias, conjugar nasales verbos incoativos y narrar, por desesperación, alguna fábula antigua. No sin turbación, las veces que una u otra licencia de Júpiter suscitaba interpelaciones que le atormentaban; estupefacto, especialmente, por la rodilla extraña que bajo la mesa osadamente buscaba la suya. Porque Rosina se había jurado a sí misma reavivarle, si es que en los cuarteles de invierno restaba algún vestigio, el fueguecillo de los sentidos. Para poner al preceptor en apuros, permaneciendo ella protegida por aquella aplomada indiferencia a la que recurría en los momentos más peligrosos, enarcando una sola e irónica ceja y apartando con la larga uña del meñique las espigas de oro que le abofeteaban la mejilla…

Ahí estaba, pues, la madrugadora muchacha, agazapada en el verdor de los bojes, toda oídos: al principio por espontánea indiscreción femenina, y con la usual intención de reírse del pedante; después afectada por el estupor, y no sólo estupor sino inexplicable alegría, de escuchar tantas abstrusas y persuasivas sublimidades. En cuanto a Paceco, había llegado a expansionarse hasta tal punto, y con tal estro de inéditos espíritus, en el catálogo y panegírico de todo el mundo creado, que no la vio, y de nuevo dio impulso a su balanceo, volublemente, llevándolo a veces del adagio al brío, y rebajándolo otras hasta una monotonía de metrónomo. De modo que entre las ramas sus vaivenes parecían servir de acompañamiento al solfeo de las palabras. A no ser que fuera cierto lo contrario: que la elocuencia era la que secundaba, comentándolo, el movimiento.

—¡Tú, mar! —recomenzó el hombre la arenga. No pudiendo hacerlo con las manos, aferradas a las cuerdas, señaló con la barbilla la línea azul más allá del seto—. Tú, mar, innumerable lengua. Que te conformas con lamer las más pequeñas concavidades

del escollo no menos que los golfos amplísimos de los continentes. Y unas veces susurras, halagador y blando, otras ruges con todos los cuernos y las trompetas del fin del mundo. Gran cúpula de húmeda tiniebla sobre la frente del ahogado; complaciente regazo ofrecido al arriesgado bañista… Mar, ¿qué puedo decirte, si no que, salvaje, me fascinas, y, tierno, me enamoras? ¿Y que cada vez me parece, mirándote, que nada, mejor que tu ser y no ser y volver a ser, se asemeja a la naturaleza de Dios…?

Quién sabe qué habría seguido diciendo del fuego y de la tierra, y de los minerales, vegetales y animales que la habitan, y de las estaciones que la visten y desnudan… y de la grandeza del hombre, y de su gusto, olfato, oído y tacto; y de la vista, sobre todo, para reconocer las disipadas maravillas que se ocultan dentro de la luz. Y cómo el hombre ríe y llora, duerme y se despierta. Y recuerda… Habría nombrado sus sentimientos, Paceco, innumerables y estupendos en sus químicas de oro. Y habría discurrido acerca de los cristales y de los corales, de la lava y del agua. Y cómo se oxida una hoja caída o tiembla un retoño en el manzano; y cómo huele el heno segado después de la lluvia. Las piedras preciosas, las cadenas de montañas; el paso de los paquidermos y el aleteo de la mariposa; y el tiempo, la belleza, la muerte… Quién sabe qué habría seguido cantando y loando Severino Paceco, si la muchacha no hubiera salido del seto, a la manera de quien, temerario, afronta la extrañeza de un cuadrúpedo, para ir a su encuentro e interrumpir las idas y venidas del columpio. Lo consiguió, sí, pero sin poder evitar que el buen hombre cayera en sus brazos, rodeado, ceñido, en una confusión de desordenados linos y aromas de aliento joven y tibieza de carne que acaba de dejar el lecho. El pobre hombre se protegió como pudo, jadeante por las recientes dinámicas, pero todavía más acalorado por haberse dejado sorprender en flagrante infantilismo por la muchacha, y por la proximidad de ella, que no se le despegaba, enmudecida de repente y como atontada. Con los pies desnudos hundidos en el rocío, sueltos los escasos velos nocturnos, Rosina seguía de pie, abrazada a él, sirviéndole un poco de pantalla contra el oriente, donde el sol, que había comenzado a salir pero se demoraba con cautela de conspirador detrás de la cresta de una colina, se desenmascaró de golpe, se desparramó, como una yema de huevo que se rompe, por todos los radios de la

rosa de los vientos, invadiendo clamorosamente todas las grandezas o minucias presentes en la llanura. Y entre ellas los cabellos de la muchacha.

Es razonable suponer que aquél, para Severino, era el primer beso de su vida. Y el sabor, al principio, no fue tal como para encantarle, tan torpe él como ella en esquivar las recíprocas narices y en sorber de la manera justa labio con labio. Y tal vez se habría retirado con el arrebol en la cara, no menos desilusionado que asustado, si Rosina no le hubiera forzado a bajar de la silla e inducido a caer junto con ella en la hierba. A hacer lo que ni el uno ni la otra sabían, salvo que una corriente eléctrica pareció correr de la muchacha al hombre y convertirse en urgencia a lo largo de las venas; después, igual que en un desafío de ecos, volvió a ella multiplicada y al rojo vivo. Enseñándoles a ambos una repentina destreza en arrancar febrilmente botones de los ojales, en desceñir prendas hasta que, no menos mayúsculo que torpe, él se cierne sobre ella y cae entre sus miembros.

¡Ay, coquetuela Rosina! ¿Dónde están las ligeras peinetas, dónde el cinturón que te ceñía, qué lluvia te lleva? ¿Qué desorden es ese que te oscurece las pupilas, mientras una serpiente de lloroso placer vuelve lentamente a crecer en tu interior, justo debajo de la sombrilla de flores donde has rodado con él? ¡Rica muerte es tu morir y muriendo revivir, tu perversa delicia de no vencer para otra cosa que para sucumbir de nuevo! E inútilmente la luz te golpea la nuca con un racimo de flores; el tiempo entre tus cejas es un cúmulo de arena que lentamente se desploma…

Pero ¿y Severino? ¿Qué le sucede a Severino? Empujado por cascos extraños, le parece estar viajando por un subterráneo infinito. Y por el sumergido elíseo oye una muchedumbre de pájaros aleteando en sus sienes, y su chillido disiparse en el viento como un remoto grito de caza. Sabe ahora qué es lo que faltaba en su registro de la belleza del mundo: la miel de una respiración de Eva que se mezclara con la suya, y una blanca molicie de senos bajo los dedos, y una gruta en la que aunarse con ella, con el mismo y unánime latido, sobre el mismo tálamo de sombras…

Comprende, y sabe que de ahora en adelante todo le resultará

más claro, más tranquilo, más-

No oyeron la campanilla que les llamaba; ni, después, las voces de los criados, los ladridos de los lebreles en su busca; ni el ruido próximo de los pasos en torno al gran castaño. No vieron a don Gualterio descorrer la cortina de frondas con una mano, y en la otra llevaba una espada.

EL VIEJO Y EL ÁRBOL

Aquel junio no le pareció al principio diferente de los demás, muchísimos, que había vivido, pero el viejo no tardó en comprender que era un mes postizo, forastero, portador de misteriosos y maléficos sentidos. No resultaría fácil ser su amigo, nunca es fácil entablar amistad con las estaciones, tienes la impresión de que siempre van a contramano, qué sus flemas o nerviosismos contradicen adrede los nuestros, quiero decir de nuestro sentimiento o de nuestra mente. Sobre todo si se es viejo, y se vive solo en el campo, en una casa demasiado grande, y no se puede hablar con nadie que no sea la habitual y solitaria lagartija. Entonces se sufre la prepotencia de los meteoros, el acuerdo con el tiempo se rompe como una piedra empapada de vinagre y sal…

Así que el viejo notó de repente que su corazón estaba cansado, un corazón con más de ochenta años, y no quiso quedarse en casa, se puso el fusil en bandolera y salió a pasear por el campo.

No sabía lo que haría. Era como si le hubieran vendado la frente con una trama de espinas. Contemplaba el sol: de un rojo artificial, de tintorería, chorreante de jugos podridos, de malas hemorragias. Hasta los pájaros parecían tenerle miedo, se habían ocultado en el suelo, entre la hierba, lejos del cielo. Detrás de la viña el río, sobre el cual el talud tendía sarmientos improductivos y bastardos, que se habían resecado hasta quedar reducidos a un hilo entre dos vallas de cañas raquíticas. Le habría bastado un pequeño salto para pasar al otro lado, pero no lo dio, le resultó más natural inclinarse sobre un charco —había tantos— donde el agua se entumecía entre guijarros.

Vio, vislumbró una cara. No era la suya, la borró con el zapato, no tenía por qué creerla auténtica, era la cara de un traidor. Titubeó en acusarse con esta palabra, se absolvió: habían sido los años los que traicionaron, no él. Habían sido ellos los que le falsificaron

aquella cara, los que se la llenaron de arrugas y protuberancias. Cuántos arados habían hecho falta, de luz y sol, lluvia y viento; cuántos rastrillos de aflicciones, desengaños, vigilias; cuánta vida había transcurrido para construir aquella efigie repudiable, aquella máscara de quién sabe quién. Se tocó la frente con la mano, la sintió como un hueso desnudo, la película de la piel parecía próxima a desgarrarse de lo tensa que estaba. Un hueso, y detrás del hueso un cemento —el médico lo había llamado así—, un cemento que apretaba, estrangulaba las arterias de la memoria…

Por favor un recuerdo, imploró, sólo uno. Y acto seguido, a tientas, recuperó milagrosamente uno, un recuerdo remoto, de aquel mismo lugar y de él niño, cuando le gustaba echar al agua flotas de ramitas y seguir desde la orilla su carrera a través de remolinos, remansos, cascadas…

Todavía hoy el terreno aparecía salpicado de ramitas y leños. Los que eligió y arrojó al arroyuelo navegaron esta vez, sin embargo, con una pereza cruel, no tuvo que apretar el paso para seguir su marcha. La victoria del más pobre, una astilla de madera apolillada, le arrancó una aprobación confusa, un estertor mitad tos, mitad carcajada.

Cuando se calmó, fueron sus pies, instintivamente, los que quisieron jugar otro juego antiguo; comenzaron a girar en torno a un cernedor hundido en la orilla. Luego su voz dijo «Sí» y le entraron ganas de llorar.

No lloró, no había motivo, y lo sabía. Sin embargo algo muy desagradable le estaba ocurriendo. Tal vez mañana sabría de qué se trataba. O tal vez no, no lo entendería nunca. Ahora sentía la necesidad de vivir la jornada así: acariciando la propia desgracia, aguardando a que pasara, como una pupa de niño. Y dejaría intacto el pan en la panera, no dormiría, no dirigiría la palabra a nadie. Con el mismo malhumor orgulloso de un niño castigado. ¿No eran los caballeros quienes ayunaban cuando velaban las armas, como cuentan los libros? ¿Los caballeros o los santos? ¿O bien sólo quien está a punto de morir? No pudo establecerlo, sus pensamientos estaban fatigados, confundían deseos y memorias, era como si el espacio mínimo y volátil del presente albergase una ronda de muchos ayeres y mañanas, un remolino que era imposible aclarar… Habían pasado muchas horas, pasarían otras, pero él ya no

distinguía lo pasado de lo venidero, sus dedos sólo encontraban aire cuando trataban de palpar la nube de la existencia. Los ayunos depuran la carne, la despojan de los malos humores, había leído en cierta ocasión. Y en cambio a él le parecía cometer una infracción sin perdón, todo se le convertía en pecado, hasta su nombre, (intentó pronunciarlo) sonaba agrio de culpa, de confesión viciosa murmurada junto a la celosía de Dios.

Miró el fusil, lo había apoyado en un mojón de piedra con los cañones hacia arriba, negros: las dos órbitas de un ciego maligno. Comprobó las distancias, también esto era un juego de entonces, lo había hecho muchas veces con la carabina del guardia jurado, mil años atrás. Bastaba sentarse en el suelo, introducir en la boca el orificio del arma, probar si el índice y el pulgar derechos colgaban a distancia exacta, a un palmo del gatillo…

Fue en ese momento cuando divisó el árbol: un gran nogal quemado y solitario en un talud. Hacía ya varias semanas que en el campo ardían fuegos, prendidos por manos misteriosas. Así que ahora este árbol se veía rico y grande en el talud. El tronco, de un color mineral, le recordó los murallones de lava, descubiertos en la infancia desde la ventanilla, mientras le llevaban a Catania a ver morir a su padre, que eran no menos grises y apagados, y aparecían y desaparecían en un santiamén, según que el tren saliera o entrara en el túnel.

Se acercó. El nogal resistía en pie tiznado y lleno de cicatrices como un samurái moribundo; pero las raíces aparecían miserables, sueltas, colgaban como vísceras en el embudo de tierra donde el incendio había excavado más profundamente. No había yemas, no había señal de que de aquel conjunto de ramas secas pudiera surgir algún día una fuerza, el árbol no era más resistente que el esqueleto de un capuchino en el nicho de su cripta.

El viejo titubeó un poco, luego se movió, se arrodilló para cavar con las manos, las llenó de unos terrones oscuros, los utilizó para rellenar el agujero en torno a las raíces inertes, repetía los gestos de una piadosa inhumación.

¡Qué oscura era, cómo le gustaba tocar la tierra! La tierra nutre los árboles, los incuba en su oscuridad como hijos. También ayuda a

los animales. Los engorda con gusanos, los abriga en su letargo. ¡Nutritiva y rica tierra! Es justo que te deleguemos nuestros restos supremos, nuestra helada y huesuda nada final…

Volvió a tocarse la frente con las manos temblorosas. La piel era tan fina sobre el hueso, bastaba tan poco para que el hueso se despojara de ella: dentro de un mes sólo seré un poco de hueso, pensó, dentro de un año polvo y nada más. Un pájaro impetuoso le rozó la mejilla, se perdió entre las frondas, reapareció del fondo de un cráter carbonizado. No se movió, palpitó apenas cuando lo cubrió con la mano, y era una mano herida como la corteza del árbol. Quién sabe qué pájaro era, no se parecía a ninguno de los que conocía y cazaba. Quién sabe de dónde venía, adonde iba. El viejo abrió la mano: el pájaro permaneció un instante inmóvil, luego batió las alas, penetró en un rayo de luz, al momento dejó de verse.

También el sol desapareció, se ocultó detrás de una nube. Y qué paz, entonces, inesperadamente, qué silencio. El viejo volvió a arrodillarse, abrazó el tronco, apretó sobre una arruga los labios cerrados como si pretendiera besar en ella una esperanza de hoja.

Cuando recuperó el fusil y se encaminó a casa, su paso era el tranquilo paso de un rey. Si una piedra le obstruía el camino, caída de un muro, se agachaba a recogerla, la devolvía a su alvéolo con manos ligeras. Y mientras tanto cantaba en voz baja un aleluya sin palabras.

DOSSIER LO CICERO

Fragmento

Relación del doctor Fritz Bernasconi

Al presentar a la atención de esta asamblea de expertos y médicos del alma los papeles secretos del difunto Serafino Lo Cicero, expaciente mío, no puedo silenciar una vacilación. En primer lugar por su carácter fantástico y delirante, como cabía esperar de un fabulista de profesión y embrollador por naturaleza; luego porque siendo yo, el que os habla, a pesar mío y sin saberlo, el destinatario y el blanco de tantos desahogos, soliloquios y vaniloquios, temía no sin motivo algún perjuicio para la intimidad de mi vida y para mi seriedad de estudioso. Hasta el punto de que varias veces estuve tentado, sus señorías no tardarán en entender por qué, de eliminar aquí y allá alguna línea, donde más groseramente veía calumniadas mis intenciones o se me atribuían palabras nunca dichas o pensadas. Pero prevaleció, como es natural, la misión del docto y el escrúpulo de la verdad, con la idea de que no debía sustraer ninguna partícula del documento, aunque yo sienta fuertes dudas de que se pueda sacar de tal galimatías, como otras veces se ha hecho fructuosamente de diarios y escritos de enfermos nerviosos, un diagnóstico cualquiera. Al cual, sin embargo, si se llega alguna vez, no creo que sea con la ayuda de esta sola relación, sino con las notas anamnésicas y clínicas redactadas durante el tratamiento, además de las noticias de tipo humano que con todo detalle y fidelidad me apresto a comunicaros,

respecto al enfermo y a cada una de sus pasiones durante los meses (seis) que le tuve en el «Robert Walser», en el Valle de los Grisones.

Me pareció, el llamado Lo Cicero, cuando le vi por primera vez en mi estudio, el 7 de septiembre de 1956, de robusta complexión, aunque de rostro turbado y como deforme, con ojos ovoidales, de los que casi sólo se conseguía observar el blanco, en los escasos instantes en que un tic no los hacía parpadear y entornarse hasta desaparecer; cojo, me contó, por un grave accidente en Roma atravesando un cruce, como peatón, con la mirada hacia arriba en persecución de una nube extraña; autor de muchos textos de variado humor, todos ellos desconocidos para mí; viudo sin hijos, convivió durante muchos años con una pintora de Ciociaria, de la que luego se separó; neurasténico desde la infancia; inepto para dormir más de tres horas por la noche; presión alta; una diabetes misteriosa, volátil; accesos de satiriasis, seguidos de mortificadoras apatías; 50 años; dos o tres conatos de suicidio sin motivo, por impulso irrefrenable, pero siempre frustrados por evidente ineptitud, cuando no doloso (ipse dixit) descuido del aspirante. Venía aquí atraído, amabilidad suya, por mi nombre, y por ser yo del Ticino, ya que él era absolutamente incapaz de hablar otra lengua que el italiano.

Pretendía, con mi ayuda, reconciliarse en cierto modo consigo mismo. Dinero, después de que dos novelas suyas fueran llevadas al cine, tenía mucho; paciencia menos, pero suficiente para soportar mis métodos, acerca de los que había leído en una revista de psiconeurología.

Prescribí los análisis habituales, y le alojé en una habitación individual del primer piso, con vista al bosque de abetos, permitiéndole desde el principio, como pidió reiteradas veces, seguir escribiendo a su capricho. En cuanto a leer, sin prohibírselo explícitamente, le aconsejé moderación y prudentes elecciones, de clásicos o en cualquier caso de buenos autores, que abundaban, traducidos a su lengua, en nuestra biblioteca y en la mía personal. De los análisis, a excepción de una antigua afección venérea inactiva, pero causa, me temo, de sus trastornos, no salió nada importante. Sólo me preocupó el electrocardiograma, por una T en caída vertical, de la que dijo sonriendo (tenía una sonrisa dulcísima) que copiaba la curva descendente de sus erecciones. Esto

fue motivo de broma cuando días después, en un posterior control, la curva apareció positiva y de armonioso trazado, como en un indemne corazón deportivo. Tuve que concluir en aquella ocasión que, aun siendo a medias su mal de origen orgánico, era sin duda en la otra mitad voluntario y mental, y por consiguiente bastante vulnerable, con la única condición de una decidida alianza de Lo Cicero conmigo. En ese momento él realizó su primera extravagancia; sin decir palabra me mostró, con las palmas hacia arriba, sus dos manos: húmedas, pálidas, heladas, como de alguien próximo a las convulsiones. Habiéndole yo preguntado qué quería decir con eso, inopinadamente me preguntó si no veía los estigmas, luego, sin esperar respuesta, sacó del bolsillo un cuadernillo y escribió en una hoja, no sé si improvisando o sacándolas de la memoria, unas coplillas de obsceno tono, que menos la decencia que el aburrimiento me impide repetir: goliárdicas retahílas, de muy dudosa relevancia diagnóstica, disponibles en cualquier caso en fotocopia (anexo A) al pie del fascículo que acaba de ser distribuido a todos. Pretendió finalmente regresar a su habitación y quiso mucho papel, más lo necesario para escribir. A la mañana siguiente, después de la extravagancia antes descrita, su comportamiento ya había cambiado. Entabló en pocas horas amistad con todos, camilleros, ayudantes, enfermeras. Con una de éstas, Gretchen, aventuró galanterías de delicado y tierno gusto, hasta el punto de aturullar un poco, me parece, a la moza. A mí se me brindó como benévolo conejillo de indias, queriendo, me dijo, o sanar o enfermar del todo, sin más tira y afloja entre mareo y bonanza.

A partir de aquel día comenzaron las sesiones de investigación profunda, cuyos detalles no voy a referir, todos ellos minuciosamente descritos en los anexos B y C. Fue en uno de esos encuentros cuando se me ocurrió sugerirle (pero más en broma que otra cosa) que escribiera, él, un escritor tan intimista, una novela policíaca de acción, si era capaz, quién sabe, de canalizar en inocuos homicidios de papel los reiterados impulsos suicidas. Me contestó que lo intentaría, pero que, en su caso, le parecía más saludable desahogar sobre una simbólica niña enmascarada su rencor de enamorado engañado y desengañado. Fue la única alusión que dedicó a sus peripecias sentimentales privadas; en el curso de

las jornadas que he mencionado no había hecho ningún tipo de alusión.

En cuanto a la marcha y a los resultados de las sesiones, confesaré sin ambages que se burló de mí desde el principio, vendiéndome como auténticos casos suyos de infancia y de juventud experiencias de héroes trágicos y novelescos, cuya naturaleza falsificada yo no sospeché, en parte por haber hecho de ellos lectura remota, en parte por desarme confiado de la mente. Hasta el día en que una excesivamente palmaria semejanza entre una turbación suya del colegio y las aventuras del joven Törless me abrió los ojos. No me valió para nada fingir que lo había entendido todo desde mucho antes y que le había dejado libertad de impostura para descubrir eventuales mecanismos identificatorios. Con burlona sonrisa me contestó que no había elegido los textos acuciado por las urgencias del inconsciente, sino siguiendo el orden alfabético, de Amleto [19] a Zeno, de un diccionario de personajes. A partir de entonces sólo me vi con él para charlas sueltas, sin limitaciones de horario o de materia, pero coaguladas en su mayoría sobre dos temas: la mujer y la muerte.

Había llegado mientras tanto enero, y él, sin hacerme leer una línea, escribía y parecía contento de lo que escribía. Me dijo en cierta ocasión que en el plazo de pocos meses esperaba matar tres pájaros de un tiro, o sea, vengarse, sonar y, de pontífice máximo y severo de la novela, convertirse en su sublime destructor. Estas palabras me preocuparon un poco; en efecto, le estaba invadiendo una cierta vanagloria y manía de grandeza. Había intentado matarse dos veces más, pero casi siempre por hacer honor a su reputación, de una manera más torpe de lo habitual: introduciendo un dedo en un enchufe de mínimo voltaje, insuficiente para matar una mosca, y atando a una viga un flojo nudo de cordel, en el que introdujo la cabeza un segundo antes de que Gretchen llegara a traerle el puntualísimo té de las cinco. Chiquilladas, de las que él fue el primero en sonreír. Un síntoma más serio me pareció la reciente actitud soberbia en el caminar y en el mirar; el proclamarse a cada momento hombre grandísimo, nuevo Lucifer, Cristo y Sócrates en la tierra; y el hecho de llevar siempre consigo, e incluso tenerla abrazada durante el sueño, la carpeta del libro que iba escribiendo. Al cabo de un tiempo, sus cabellos habían encanecido,

con alguna franja amarillenta, como si se hubieran desteñido; arrastraba a veces la pierna, aunque en cierta ocasión le vi arrastrar la derecha en lugar de la habitual izquierda, cosa que me dejó desconcertado. Hacía ya tiempo, de todos modos, que había dejado de ocuparme especialmente de él. Refractario a cualquier ayuda, ahora, pero tranquilo, un pensionista. Rechazaba cualquier terapia que no fuera la inyección nocturna suavemente sedativa. A veces di en pensar que tal vez estuviera mejor que yo y que interpretara aquellos miedos y prosopopeyas con el único objetivo de fingirse enfermo y poder acariciarse como tal; o incluso que se hubiera introducido en mi casa con engaños a fin de estudiar de cerca una comunidad de alienados y débiles mentales que le proporcionaría modelos para sus narraciones. Cuando desapareció una mañana, confieso que fue más la curiosidad que la alarma lo que me turbó, si bien una partida sin equipaje no era algo para ser tomado a la ligera. La noticia, al cabo de tres días, de su muerte en el paso cebra de la plaza de Santa Susana, bajo una ambulancia que se dirigía al «Gemelli», sólo pudo parecerme entonces una irónica y más que ambigua culminación de una vida muy desigual, pudiendo ser juzgada como el resultado de un fortuito accidente o también de un consciente y premeditado sacrificio de sí mismo, o incluso de una ficción fatal y desgraciadamente destinada a la tragedia.

Fue, por consiguiente, con ansia, temblor y un vago remordimiento como me decidí a hojear el manuscrito hallado después de la fuga debajo del colchón de su cama, en una carpeta de piel artificial, y del que, antes de leéroslo, os describiré su aspecto exterior.

El manuscrito consta de 117 hojas grandes, numeradas y sueltas, escritas a mano con un grueso lápiz bicolor de corrección, la caligrafía es impetuosa, casi insolente. Prevalece con mucho, entre los dos colores, el azul, salvo para unas pocas frases y palabras y, en raras ocasiones, páginas con sentido acabado, que, en rojo, rompen de vez en cuando el monólogo, y hay que entenderlas, creo, como fragmentos de una novela o no sé qué, que ha sido castrada o borrada casi del todo, y con el cuidado necesario para impedir por completo su restauración; dejando sobrevivir, para intrigar al lector, sólo una pocas y confusas minucias sueltas. En cuanto al ya mencionado discurso en azul, aunque también convulso y

entrecortado, parece tener no obstante un desarrollo coherente. Dirigido, lo confieso con embarazo y amargura, a quien os habla, pero siempre en un tono o de airada súplica o de perorata y blasfemia; y siempre con una pizca de indiscreción, por no decir lisa y llanamente de mofa. Hasta el punto de que estuve tentado, ya lo he admitido, de suprimir aquí y allá unas cuantas líneas para tutela de mi intimidad calumniada, aunque no sé si debería decir honor. Pero, repito, siempre pesó más la lealtad del estudioso y el amor a la verdad. Por lo que ahora, a las puertas de la lectura, gozo del derecho de dejar dos cosas en claro, y en voz muy alta. Y no serían únicamente éstas, pero sí las que más me importan: no es cierto que yo haya aconsejado a Lo Cicero, salvo en broma y fugazmente, que escriba para curarse, ya que mi método excluye terapias de este tipo, y no acostumbro yo prometer panaceas a quien dolorosamente expía en su turbado pensamiento antiguas lacras de los padres (en este caso concreto, una lúes). Segundo, mis relaciones con la enfermera Gretchen, acerca de las cuales en el manuscrito se habla o insinúa con malignidad, son de una cristalina pureza profesional.

Finalmente, y para la mejor comprensión de todos, adelanto que los fragmentos rojos del relato parecen, a juzgar por algunos indicios sueltos, los residuos de la novela policíaca de que se había hablado, aunque humorística y extravagante, como todo el mundo verá.

Me refuerza en dicha creencia la lista de los libros pedidos por Lo Cicero a la biblioteca del Hospital, todos ellos del género policíaco de evasión o textos de medicina legal, que aparecen apostillados en los márgenes de acuerdo con criptografías resistentes a cualquier investigación. Obra de otro tipo, por él retirada y nunca devuelta, es *Le chef d'oeuvre inconnu*, de Balzac, que no veo, sin embargo, de qué podía servirle, porque está en versión alemana, y era por tanto ininteligible para él…

LAMENTOS DESDE UNA LITERA DE SLEEPING—CAR

Entonces, Señor…

Estoy en esta cabina, «individual especial» la llaman, una caja de un metro y medio por dos, y de dos metros y cuarto, digamos, de altura. Desnudo y solo en la noche, conducido por una ciega vía a una más ciega ciudad, a la que me dirijo sólo para abandonarla. Desnudo y solo en la noche, tumbado en un colchón con los brazos cruzados sobre el pecho, esperando, yo, a quien nadie espera en ningún lugar del mundo, esperando… ¿a quién sino a Ti?

Ti, Tú… La mayúscula Te pertenece por derecho, inmenso ausente que estás en la tiniebla, inexistente que me existes dentro por metáfora de inexistencia, invisible al que veo en cada resplandor de estación que escapa, en cada acetileno de túnel que llamea, en cada destello rojo o verde de semáforos y bifurcaciones; al que oigo en la letanía de las ruedas, tatatum, tatatum, *Honky Tonky blues*, Odeon de 78 revoluciones, y en el prado estaba la luna… Señor, qué palabras desgrano sin medida ni sentido, tan sólo para sentirme acompañado, para estar menos solo soliloquiando Contigo…

He regulado a mi capricho la aguja del termostato. He apagado las tres luces de la cabina: la *veilleuse* detrás de la nuca, el gran neón del techo, el pequeño tubo encima del espejo. He titubeado como siempre delante de la placa de los pulsadores, temeroso de apretar por distracción el que sirve para pedir el café. He bajado los visillos sobre el cristal de la ventanilla. He hecho girar herméticamente el pomo de la puerta, el revisor me lo ha recomendado con tanta insistencia, hay delincuentes nocturnos que después de una rociada de spray roban a los indefensos viajeros. No sabe lo mucho que a mí me gustaría dormir, aunque me robaran;

cuán gustosamente cambiaría mi dolorosa soledad por la visita de un ladrón…

Aquí me tienes, pues, hundido en la lobreguez de la noche, salvo la fosforescencia superviviente del reloj de la pulsera; al abrigo de todo, pero no del tiempo; oculto a todos, salvo a la arbitrariedad de Tu mirada y a Tu distraída videncia.

¿Y ahora? Señor, cuántos años llevamos batiéndonos sin vernos…, como un perro que combate con la sombra de su cola. Y uno contra el otro empuñamos armas inconfrontables y por ello mismo una y otra invencibles: Tú el privilegio Tuyo de no existir; yo el contrario, de existir, de ocupar con mis miembros este aleatorio cubo de oxígeno y de hidrógeno que hace las veces de vacío… Un altercado entre sordo y mudo, de palabras contra silencio. Aunque luego las mías no sean ni siquiera palabras, sino un lamento, un mugido, un grito que se confunde con el silbido del tren, con este miserere infinito…

Una vez creí haber estado a punto de atraparte. Había oído un rumor de pasos, una respiración ronca detrás de la puerta de mi habitación. Me arrodillé para mirar por el ojo de la cerradura, me pareció descubrir, al otro lado de la madera, muy cerca pero separada por el breve espesor, una glacial pupila. Abrí de golpe: naturalmente, no había nadie.

No es por vanagloriarme, Señor, pero me estoy muriendo. No existe, si recorro alfabéticamente el diccionario de la medicina, una enfermedad que yo no haya tenido o no desee tener. Coleccionista empedernido, quisiera poseerlas todas a un tiempo, del asma a la zoantropía. Quisiera que mi cuerpo se rebelara por entero contra la necia veleidad de estar bien. Estoy muriéndome, Señor, y he tardado incluso demasiado, me han adelantado, una mano extranjera ha falseado turnos y plazos. Cuando todo parecía incitarme a dejar mi disparidad y hacerme igual en la inminente y pastosa ecuanimidad de la muerte. Porque, aunque sólo a unos pocos de los muchos llamados está reservada la anticipación, yo estaba muy ilusionado con poder pasar la aduana: como era justo

para alguien a quien empujaron a nacer en flagrante incapacidad de entender y de querer; y que albergaron *au pair* en la tierra, aunque alejadísimo de los indígenas y de sus leyes y costumbres.

Tatatum, tatatum… Como ves, Señor, yo no duermo. Mis insomnios debieron de empezar en el vientre materno, me escapé del coma amniótico. Se ve que estaba impaciente, ¡vete a saber por qué! O bien fue prudencia, es tan peligroso dormir: una rendición, atado de pies y manos, a un espía, un melifluo enemigo. Yo, las veces que caigo en el sueño, vivo esos escasos minutos con secreta alarma, repitiéndome, en una cavidad de la inconsciencia, que cualquiera de mis más inocentes pedacitos de éxtasis podrá ser utilizado mañana contra mí, más decisivo que la huella de un pulgar en la culata de una pistola. Es posible que la culpa sea del médico, que me interroga al despertar, y pretende que todos los ríos que vadeo en el sueño, y las cunetas en las que ronco, encubren mi arraigada y notoria tanatofilia… Y yo replico que todos, desde que nacemos, estamos preñados de nuestra muerte; y que es cosa razonable, aparte de natural, querer parirla muriendo… Un parto es la muerte, o, si se prefiere, una evacuación. Por lo que no dejo de sorprenderme de que todos los hombres no se sientan, como yo me siento de pies a la cabeza, redundantes en la tierra. Más extraño aún me parece que él, un científico, no advierta que en su interior revientan constantemente los millones de células de que está hecho, ni la burla final de rayarle funestamente de negro las uñas; y que no tenga olfato para oler, en su aliento y en el mío, el hedor de un aspirante a cadáver… Señor, dile que lo creado sólo es balbuceo, imprecisión, y lo mismo él y yo, e incluso Tú… ¡Mientras que vivir es una tan centelleante y febril extrañeza!

(Respecto, luego, a la sospecha de que Tú seas únicamente un sicario y que el mandante sea otro…, esto, como se dice ahora, es pura retrología…)

Andrea Gothelf, el moribundo de sueño, a quien conocí en una

clínica de Coira, uno de estos años, y con el cual, en una voluntariosa lengua macarrónica, charlábamos cada noche hasta la saciedad de nuestro mal común, me dijo a Tu respecto cosas poco agradables, que no quiero repetir. Recuerdo que me invitó a su habitación, y se puso a sus anchas, fue casi una lección de ortopedia: ojo de cristal en la mesilla de noche, dentadura postiza en el vaso… Temí que se desmontara del todo, hasta desaparecer. No fue así, pero en cierto modo se disolvió, se quitó de en medio. Hablando, por lo menos. Sobre su vida estropeada, un caldo fermentado, un imbebible vino avinagrado. Pronto moriría de sueño, su caso era desesperado, se desmoronaba por todos los lados. Yo le devoraba con los ojos: la muerte, como cualquier otra exageración, me apasiona infinitamente. Tanto más la suya, que era una muerte especial, un preestreno de la mía. Así que le miraba, me movía entre sus cosas como en un simulador para aprendices de astronautas, intentando habituarme a ese aire de delicada catástrofe… Me mostraba los sellos de su colección, Luxemburgos, Montecarlos, Andorras, las emisiones más raras. Yo no sabía qué decir, silbaba un *Ranz des vaches* para adular a la nación anfitriona. Y él dijo lentamente: «Mi enemistad con mi cuerpo es total. No veo la hora de que el cuerno alpino me llame».

A decir verdad, yo tampoco veía la hora. Él tenía la habitación más bonita, con moqueta y vista a los Alpes, no me habría disgustado, y a nadie, ocuparla.

Señor, divago, pero en realidad a ninguno de los dos nos sirve fingir que no pasa nada: Tú estás tan en cuestión como yo, Tu suerte y Tu salud están en mis manos… Ya que, si bien es cierto que a mí sólo me corresponde el papel de títere vociferante, movido por Tus manos y doblado por Tus labios de ventrílocuo maquinista, no es menos cierto que, apenas yo Te falto, Tú también te eclipsas, te deshinchas, te reduces a un espectro de humo, a un eco intermitente y fugitivo. Ten pues piedad de mí: la misma que yo siento por Ti. Y hazme compañía, finalmente sin desprecio, en esta noche corsaria que cruzo, heterodirigido, hacia el nombre y el centro de un punto. Es lo que deseaba: que el torbellino que me gobierna tomara una decisión… Aunque después me pregunto: ¿Tú eres aquel torbellino

o aquel punto, el blanco de mi trayectoria o el arquero que acierta en él?

En espera de saberlo, sigo escribiendo carteles de desafío y arrancándolos. Afronto como un desertor mi guerra de posiciones. Adultero los hechos, falsifico el lenguaje. Me niego, pero como se niegan las mujeres debajo de una farola. Me abandono, pero cruzando los dedos detrás de la espalda…

Señor, hazme dormir. O bien hazme morir.

Gretchen, el día antes de separarnos, que fue el domingo de Pascua, me enseñó el juego del huevo que practicaba de niña. Se envuelve un huevo alargado y puntiagudo en una piel de cebolla y luego se faja con una cinta. Se pone a hervir hasta que queda duro y se expone, bajo tierra, a los viscosos jugos de un hormiguero. Con ello el huevo se acoraza y es capaz de medirse a golpes con cualquier cáscara rival. «Lo mismo —me dijo Gretchen— tendrías que haber hecho tú con tu corazón, antes de jugar a la vida».

Es posible que no estuviera equivocada. Señor, si todavía estoy a tiempo, envuelve esta yema y esta blanda clara que soy yo en un velo de cebolla, y encapúchalo todo con un trozo de seda; y enciende debajo una llama; y entiérralo cerca de una mata, dentro de un nido de amistosas hormigas…

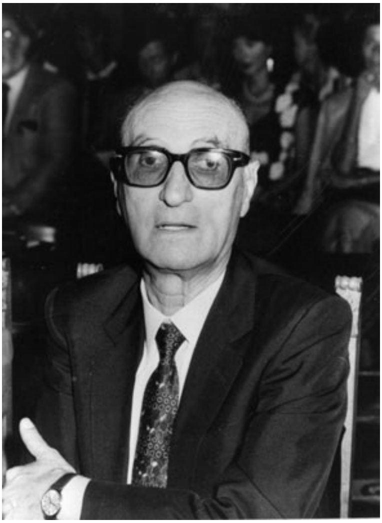
Intestatus obiit… De mí no podrá decirse, no hago más que soltar declaraciones de intenciones, charlas para futura memoria. Sin temer que el estruendo acabe por estorbar al pacífico cero en que me convertiré. Estos son los cheques sin fondos con que recompenso Tus dones. Moneda falsa a cambio de papel de estraza, es imposible, saber cuál de los dos habrá defraudado al final más al otro… Aunque no sea esto lo importante… Ya que yo por mi parte creo que, al fin y al cabo, he triunfado. Oponiendo a cualquier fracaso y quimera, a cualquier absurdo, sinrazón o dado desparejado, a cualquier meteorismo y deformidad de lo posible… oponiendo, intentando oponer, el puño cerrado de la Razón

Suficiente y su cuádruple nudillo. ¿Qué podía hacer, sin embargo, si en cada ocasión, como en el juego de la oca, alguien me devolvía a la casilla inicial? ¿Si me sentía desgarrado, dividido, no menos gaseoso que un ángel o que un ave fénix? ¿Si de tantos bocados y mendrugos, no conseguía hacerme con ninguno? Qué difícil ha sido ser yo, qué misterioso ha sido. A veces incluso hermoso, aunque yo mismo haya pensado otra cosa o dicho lo contrario. Es cierto que cien veces, como en una mala película o en un sueño lunático, me habría gustado irme a medias. Interrumpir, interrumpirse es saludable. ¿Qué mejor que romper un acuerdo? ¿Es pues necesario que te diga que la presente postal inacabada, escrita con los dedos de los pies, acabará con los habituales puntos suspensivos?

Señor, me duele la vida. Como una caries, como un trigémino. Y busco por todas partes tampones, éter, vendas. Pero la cuerda se acorta, se estrecha el ojo de la aguja, ya no suben ni bajan las figuras de mi teatro de loco. Ojalá consiguiera, sentado a Tus pies, hacer de bufón. Con los cascabeles, el traje ajedrezado, los zapatos, uno rojo y otro negro…

Señor, ayúdame. Dentro de una o dos paradas nos abandonamos…

Señor, Señor…



GESUALDO BUFALINO (Comiso, Sicilia, 1920-1996) estudió literatura en Catania y Palermo. En 1942 fue llamado a filas; capturado en 1943 por los alemanes, logró fugarse. Tuvo que hospitalizarse en 1944; en 1946 abandonó el sanatorio de la Conca d’Oro, en Palermo. Desde entonces hasta su jubilación, en 1976, fue profesor de instituto en Sicilia. Totalmente apartado del mundo literario, fue «descubierto» por su instrucción a un volumen de fotografías de Comiso; a partir de entonces fue acosado por la editorial siciliana Sellerio para que les pasara algún «manuscrito del cajón». Tras muchas reticencias, entregó *Perorata del apestado*, que se convirtió inmediatamente en el «caso literario» de 1981, por el que obtuvo el prestigioso Premio Campiello, otorgado por un jurado de 300 lectores a la mejor obra editada en 1981, y se convirtió en uno de los bestsellers del año, a pesar de sus exigentes características.

Notas

[1] Personaje de *Il Trovatore* de G. Verdi. *(N. del T.)* < <

[2] Los versos pertenecen al *Orfeo* de Gluck. *(N. del T.)* < <

[3] Personaje de *Dialoghi dei morti* de Luciano. *(N. del T.)* < <

[4] *Sagrada Real Familia / todo ha terminado / está la Libertad abatida / ya no temáis. (N. del T.)* < <

[5] *Cantemos todos a toro / todos alegres gritemos / ¡Viva Ferdinando / nuestro invicto rey! (N. del T.)* < <

[6] *Giufà, duerme. Giufà, haz «nonón» / Este hijo tiene sueño y le voy a dormir… (N. del T.)* < <

[7] Postumie es una famosa gruta italiana próxima a Trieste. *(N. del T.)* < <

[8] El pastor errante hace referencia a un poema de Leopardi. *(N. del T.)* <<

[9] Fleba es un personaje de *The Waste Land* de T. S. Eliot. *(N. del T.)* < <

[10] Personaje del cineasta Renoir *(Boudu sauvé des eaux). (N. del T.)* < <

[11] Dos autores de canciones, famosos en Italia hace unos años. *(N. del T.)* <<

[12] La alusión hace referencia al pintor Friedrich. *(N. del T.)* < <

[13] Una de las advocaciones por las que se conocía a Diana, diosa lunar. *(N. del T.)* < <

[14] «El surtidor». Poema n.º 74 de *Las flores del mal* de Baudelaire. Traducción en lengua castellana de Antonio Martínez Sarrión. Alianza, 1982. *(N. del T.)* < <

[15] Célebre protagonista de un caso judicial francés del siglo xviii. *(N. del T.)* < <

[16] Dos poetas sicilianos de Catania. *(N. del T.)* <<

[17] Libros de Sienkiewicz, Ponson du Terrail y Fogazzaro respectivamente. *(N. del T.)* <<

[18] Siete de diamantes o de oros que en el juego de la *scopa* vale un punto. *(N. del T.)* < <

[19] Hamlet en italiano. *(N. del T.)* < <